



Universidad de Valladolid

Facultad de Filosofía y Letras.

TRABAJO DE FINAL DE GRADO

**El papel del lector: Análisis
comparativo entre una lectura
estilométrica y una lectura tradicional**

Alumno: Samuel Marina Franco

Tutor: Francisco Javier Blasco
Pascual

Curso académico: 2023- 2024

Resumen

El objetivo del presente trabajo es realizar una comparación entre la lectura tradicional y la lectura estilométrica, mostrando las carencias y fortalezas de cada una de ellas. Denominamos lectura tradicional la realizada por el humano y estilométrica aquella que a través de las herramientas de procesamiento de lenguaje natural realiza un ordenador. Para ello se seleccionará un corpus de textos que tanto personas como una inteligencia artificial leerán respondiendo después una serie de preguntas. A través de sus respuestas interpretaremos los datos, que mostrarán que no existe una lectura infinitamente superior a la otra y que la filología necesita ambas para un correcto análisis textual.

Palabras clave

Lectura tradicional, distant reading, corpus, RStudio, dendrograma, encuesta, análisis comparativo.

Summary

The objective of this study is to make a comparison between traditional reading and stylometric reading, highlighting the strengths and weaknesses of each approach. We refer to traditional reading as the one performed by humans, and stylometric reading as the one carried out by a computer using natural language processing tools. To achieve this, a corpus of texts will be selected for both humans and an artificial intelligence to read, followed by answering a series of questions. By interpreting their responses, we will demonstrate that there is no reading method vastly superior to the other, and that philology requires both approaches for a proper textual analysis.

Keywords

Traditional reading, distant reading, corpus, Rstudio, dendrogram, survey, comparative analysis.

Índice

1. Introducción.....	1
2. Marco teórico.....	3
3. Metodología.....	5
3.1. Encuesta.....	5
3.1.1. Uso de la encuesta en personas.....	7
3.2. Corpus.....	8
3.2.1. Objetivos del corpus.....	8
3.2.2. Elaboración del corpus.....	8
3.2.3. Normativización.....	12
3.3. Uso de gráficos.....	14
4. Resultados y discusión.....	16
4.1. Distant Reading.....	16
4.1.1. Género y edad del autor.....	16
4.1.2. Legibilidad.....	18
4.1.3. Análisis de sentimientos.....	19
4.1.4. Tema: Nubes de palabras.....	23
4.2. Gráficos.....	27
4.3. Lectura tradicional.....	30
4.3.1. Lector poco avezado.....	30
4.3.2. Lector promedio.....	31
4.3.3. Lector experimentado.....	33
5. Conclusiones.....	35
6. Bibliografía.....	36
7. Anexo.....	38
7.1 Corpus completo.....	38
7.2. Resultados estilométricos.....	134
7.3. Resultados de lectura tradicional.....	154

1. Introducción

Decía el icono de las letras españolas en el prólogo de su mejor obra: *Desocupado lector...* Un adjetivo que ha llamado concurrentemente la atención de la crítica, pero que, no será nuestro foco de estudio. Nuestro trabajo indagará en la figura del *lector* con todo lo que eso conlleva: ¿Quién es el lector? ¿Cómo se articula la mente del lector ante una obra? ¿Qué sucede cuando un lector carece de la suficiente conciencia como para estar desocupado?... ¿Sigue siendo este último un lector válido y fiable?

La historia de la literatura se ha articulado siempre alrededor de un tándem cíclico compuesto por la figura del lector y el autor; si bien durante algunos periodos se han añadido pequeños eslabones como el del mecenas o el editor, lo cierto es que tanto autor como lector han sido constantes en la historia. Por supuesto la manera de lectura ha variado a lo largo de los siglos (no lee igual un duque del siglo XIV que un doctor del siglo XXI) y es aquí donde queremos poner nuestra atención, pues hoy en día no es solo que las formas de lectura sean distintas, sino que hay distintos tipos de lector. Con la revolución tecnológica ha llegado al mundo de la filología una nueva forma de lectura, un nuevo acompañante en la travesía literaria: las inteligencias artificiales¹, que a través de la exactitud matemática muestran al filólogo resultados de aquello que quiera buscar (palabras más repetidas, temas subyacentes...)

Sin embargo, como todo avance en una disciplina, esta nueva forma de lectura no es mirada con buenos ojos por parte del gremio² filológico que considera una amenaza, dentro del *status quo* del análisis textual, la intervención de herramientas que pretendan escapar de la visión tradicionalista de la literatura. Uno de nuestros objetivos será poner en valor las herramientas tecnológicas para el estudio de obras literarias y mostrar que estos útiles en su medida justa y sin empañar el criterio del lector pueden ser la clave que durante años el estudio literario lleva buscando a favor de una lectura más objetiva. Tal y como sucedió con la imprenta de Gutenberg, con el tiempo se verá la utilidad de las variadas herramientas que hoy pueden aplicarse en el Procesamiento de Lenguaje Natural en favor de la historia literaria.

¹ Alternaremos entre la secuencia *Inteligencia artificial* e *IA*

² Léase con la quinta acepción que ofrece el DRAE: *En las universidades, cuerpo de doctores y catedráticos.*

Para mostrar esto realizaremos una comparación entre la lectura estilométrica y la lectura tradicional cuyo objetivo primordial y principal en este trabajo es mostrar las habilidades y carencias de cada una de ellas.

Vinculado a esto y relacionado con la forma de análisis de la lectura tradicional que haremos, queremos centrar nuestra atención en cómo el lector convencional (aquel que lee por ocio y pasatiempo) y el lector analítico (con estudios filológicos) abordan un mismo texto sin conocer su procedencia, autor, fecha o temática. Creemos que, de esta manera, podemos observar el razonamiento humano ante el análisis de obras literarias.

Queremos mencionar desde la introducción el incansable esfuerzo que supone para una disciplina como la filología deshacerse de los tabúes que acompañan a la modernización y a la actualidad. Por este motivo, queremos mencionar también el libro *Estilometría y análisis de texto con R para filólogos* obra del profesor y catedrático en la Universidad de Valladolid José Manuel Fradejas que ha sido de gran ayuda para nosotros para abordar un tema tan amplio y desconocido como es la programación en R con aplicación para la estilometría. Descubrir las profundidades abisales de una materia se hace más sencillo si un libro de este calibre ilumina el fondo.

Este trabajo de final de grado tiene como propósito último ser un pequeño campo de laboratorio. Nuestras conclusiones serán a pequeña escala, pero consideramos que al no existir ningún trabajo de este tipo podemos realizar un pequeño aporte a la investigación con estos resultados.

2. Marco teórico

Denominamos estilometría a la disciplina que une los conocimientos que proporcionan otras disciplinas como la informática, la estadística y la filología. Los programas informáticos se encargan de leer y procesar grandes porciones y cantidades de textos para ofrecer resultados (usualmente cuantitativos y relacionados con la frecuencia) que servirán al filólogo en la interpretación de los textos que seleccionó.

Gracias a la estilometría podemos realizar la identificación del autor de un texto con una probabilidad muy alta. Estas identificaciones se basan en porcentajes y con las circunstancias adecuadas puede llegar a darse una identificación cercana al 100%. Por supuesto, este apartado de la estilometría ha sido de gran utilidad para otras disciplinas como es el caso de la lingüística forense que se sirve de estos datos para poder señalar posibles responsables de la autoría de un texto, objeto de pesquisa judicial.

También podemos encontrar patrones o definir peculiaridades en la escritura de cada persona, es decir, podemos descubrir las alternancias en la formulación oracional que realiza una persona debido a su idiolecto. Denominamos idiolecto al conjunto de los usos de la lengua característico de un individuo en concreto³. Un breve ejemplo podría ser la alternancia entre los hablantes ante la conjunción adversativa. Existe una lista finita de conjunciones adversativas que el hablante tiene en su lexicón y cada vez que ha de formular una construcción de este tipo deberá elegir una de ellas. Esta elección reiterada nacida del idiolecto genera patrones de frecuencia que un lenguaje de programación como R es capaz de captar.

Otras aplicaciones que podemos encontrar (con un índice de acierto considerable, siempre que se cumplan las circunstancias para ello) son la identificación de género, edad, estado de ánimo del autor cuando realizó la muestra escrita o la captación de emociones presentes en un texto, entre otras. Muchos de estos datos (aunque no todos) se consiguen gracias a la lectura supervisada que permite “adiestrar” a una IA a través de la búsqueda de patrones en un corpus que le insertemos, así, cuando introduzcamos un texto nuevo, siguiendo los patrones aprendidos, será capaz de mostrarnos posibles resultados.

En cuanto a la historia de la estilometría tenemos que remontarnos al siglo XIX para encontrar la obra de Lutoslawsky *Principios de estilometría*, libro que daría inicio y mostraría las bases de esta disciplina. Gracias a la frecuencia de palabras en un texto fue

³ Según Jorge J. Sánchez Iglesias.

capaz no solo de ser uno de los primeros en identificar un autor basándose en técnicas estilométricas, sino también de hallar, usando métodos estadísticos, distintos enfoques basados en el aprendizaje automático. Para Kaufman Raschka⁴ estos enfoques son la ciencia de los algoritmos que dan sentido a los datos.

No fue hasta la década de 1960 cuando el reverendo A.Q. Morton logró distinguir seis autores distintos en las catorce epístolas atribuidas a San Pablo. Esta identificación la realizó a través de un análisis computacional y si bien para el momento era uno de los mayores avances de la estilometría, el tiempo y la práctica han logrado afinar los métodos estilísticos llegando a conclusiones mucho más acertadas.

Uno de los primeros logros fue identificar la autoría de los Federalist Papers. Alrededor de estos documentos existía una gran controversia en cuanto a su autoría y por supuesto su resolución llamó mucho la atención de académicos y público asiduo de la revista *Times* que publicó en portada cómo a través de la metodología estadística se resolvió que los autores de doce de estos archivos fueron Frederick Mostellar y David Wallace, dando fin a uno de los mayores enigmas de la historia estadounidense.

La evolución del aprendizaje automático o *Machine Learning* ha permitido el avance en disciplinas que no están necesariamente relacionadas con la informática. Así, la biología, ingeniería o, en nuestro caso, la filología se sirven de la búsqueda de patrones proporcionado por algoritmos y que tan útil ha sido para la estilometría.

La inteligencia artificial tiene un papel muy importante dentro de la estilometría pues esta última tiene raíces en los estudios realizados a mediados del siglo pasado en lo que hoy conocemos como inteligencia artificial. Fueron Walter Pitts, matemático, y Warren McCulloch, neurofísico, quienes indagaron primeramente en esta disciplina que luego el filósofo, científico y matemático Alan Mathison Turing avanzó al crear el “Test de Turing” cuyo propósito era medir la posible inteligencia de una computadora. Finalmente, en 1979 desarrolló un algoritmo capaz de detectar patrones dando lugar así al aprendizaje automático que tan útil ha sido desde entonces para la disciplina estilométrica.

⁴ Consultar: Raschka, S., Kaufman, B.: Aprendizaje automático y enfoques basados en IA para la ligadura y el descubrimiento bioactivos y el reconocimiento de ligandos GPCR. (2020). <https://doi.org/10.1016/j.ymeth.2020.06.016>

3. Metodología

3.1. Encuesta

Primeramente creamos una encuesta a la que lectores humanos e informáticos pueden responder. Ambas encuestas contienen la misma lista de preguntas, de este modo la comparación es más fiable. En el caso de la lectura tradicional se realizaron encuestas personales y anónimas en las que el lector no pudiese buscar información externa para responder, de este modo garantizamos la sinceridad de sus respuestas. Las preguntas fueron las siguientes:

- ¿El autor es hombre o mujer?: Esta pregunta busca ver cuál es el criterio que sigue un lector para dictaminar el género del autor. Para la lectura estilométrica hemos usado la herramienta uClassify, que si bien no muestra el código por el cual se decanta por una opción u otra, sabemos que su criterio se basa en la lectura supervisada. La lectura supervisada, como introducimos en el marco teórico, se refiere a un enfoque de análisis de texto donde se utiliza un conjunto de datos etiquetados previamente para entrenar un modelo o algoritmo de aprendizaje automático. Una vez que el modelo ha estado entrenado con los datos etiquetados, se puede utilizar para predecir o clasificar nuevos textos no etiquetados en función de las características aprendidas anteriormente. En este caso, uClassify⁵ ha sido entrenado con textos pertenecientes a blogs.
- En cuanto a la lectura del texto, ¿cuál es su dificultad?: Sabemos que cada lector lleva un bagaje y está acostumbrado a un léxico, por ello queremos comprobar como cada lector cataloga subjetivamente la dificultad del texto. Luego será comparado con la escala de legibilidad⁶ de Fernández Huerta que ofrece la página Legible⁷. Esta escala es una herramienta que se utiliza para medir el nivel de dificultad de un texto en español. Se basa en la longitud de las palabras y de las frases, y en la complejidad de la sintaxis. Proporciona una medida numérica que indica la facilidad o dificultad que un lector puede tener para comprender el texto. Esta medida se expresa en términos de edad, lo que

⁵ <https://www.uclassify.com/>

⁶ También llamada Escala de lecturabilidad, aunque este nombre no nos parece acertado al usar incorrectamente una palabra que no existe.

⁷ <https://legible.es/>

indica el nivel educativo aproximado de la persona que podría comprender el texto con facilidad.

- ¿Qué sentimientos se plasman en el texto?: Identificar subjetivamente las emociones que un texto posee lo consideramos tarea compleja para un lector tradicional promedio tal y como dice Fradejas: *Si ya es difícil conseguir que dos personas se pongan de acuerdo acerca de si un texto es más o menos positivo, más o menos negativo, puesto que pueden influir aspectos culturales y la experiencia anterior de cada uno de ellos, mucho más difícil es que un ordenador pueda establecerlo, pues para una máquina un texto cualquiera es una mera secuencia de ceros y unos*. Queremos poner a prueba a ambos lectores y forzar a los humanos a sacar conclusiones de aquello que leen. En cuanto a la lectura estilométrica queremos que, a través de Rstudio, nos proporcione una curva de sentimientos gracias a la asignación de valencias positivas, negativas o neutras a las palabras o secuencia de palabras (*n-grams*) que conforman el texto que analizará.
- ¿Cuál es la edad del autor?: Del mismo modo que en la pregunta referente al género, encontrar la edad del autor de un texto es altamente subjetivo (por encima incluso de los sentimientos), es por este motivo que de nuevo nos ayudaremos de uClassify para poder ver cómo una IA busca patrones en la forma escritural de un escritor novel o consagrado en la producción literaria para dictaminar su edad.
- ¿Cuál es el tema del texto?: Hallar el tema de un texto tiende a ser complicado para un lector tradicional que, de nuevo, se basa en sus propias experiencias para poder dilucidar algún patrón dentro de los textos que lee. En cuanto a la lectura estilométrica usaremos la nube de palabras que ofrece la herramienta Voyant Tools⁸. Las nubes de palabras se utilizan para resumir el contenido de un texto, destacando las palabras clave y para identificar temas y patrones en el mismo, entre otras funciones.

Es importante remarcar que para conseguir esta nube de palabras debemos eliminar las palabras función, puesto que no aportan significado al texto presentado. Para ello se redacta una *stopword-list* o lista de palabras función.

⁸ <https://voyant-tools.org/>

Nosotros hemos seleccionado la siguiente al estar pensada y diseñada para el español: Savand, A. (2023). *Stop Words*. <https://github.com/Alir3z4/stop-words/blob/6dedf5e1413733ae9e2fec4564da69db5b1f9e8b/spanish.txt> (Obra original publicada en 2014). Además, para textos de la Edad Media hemos añadido la palabra *vos* con su variante *vós* que son la versión medieval del pronombre personal de segunda persona singular *tú*.

Los resultados son imágenes donde las palabras que son más grandes son aquellas que más se repiten. Nosotros hemos seleccionado las imágenes con las ciento cinco palabras más repetidas, de este modo podremos hallar el tema con mayor facilidad.

3.1.1. Uso de la encuesta en personas

Seis han sido las personas encuestadas. Entendemos que puede parecer un número escaso de encuestados, pero, como dijimos en la introducción, este trabajo es un mero proyecto a pequeña escala, por lo cual estos participantes han sido la muestra de laboratorio. La selección de entrevistados no ha sido dejado al azar, tras la lectura del artículo de Faciolince *Panegírico y diatriba de los premios literarios* hemos percibido que en el modo de lectura es posible identificar tres tipos de lectores, los cuales son:

El lector que Abad llamaba el sucio o dejado lo hemos visto reflejado en los lectores poco avezados, aquellos que solo leen lo estrictamente necesario y no entienden la lectura ni como un ocio. Han sido seleccionados dos lectores de este conjunto.

El lector según Abad poco prolijo lo hemos reinterpretado como el lector promedio, aquel que sus lecturas son ociosas y que consume una literatura de mercado. Estos baremos no miden el número de libros leídos sino el esfuerzo como lector que ha requerido leer estos libros. De nuevo, dos lectores han sido seleccionados.

Finalmente, el lector con conocimientos, crítico y experimentado en la labor de la lectura lo hemos visto reflejado en lo que Abad denomina como el lector acucioso y metódico. Estos lectores suelen encontrar patrones en las lecturas que hacen y generan redes de unión entre ellas lo que facilita el conocimiento literario. Los dos lectores restantes pertenecen a este conjunto.

3.2. Corpus

3.2.1. Objetivos del corpus

El corpus de textos es fundamental para el resultado final. Nuestro principal objetivo ha sido encontrar un equilibrio entre ambos tipos de lectura. Un breve ejemplo fue encontrar las proporciones justas de los textos que conforman el corpus; pues si bien un texto largo beneficia al distant Reading (lectura distante) que ensaya la estilometría, para la lectura tradicional se vuelve tedioso y aburrido leer textos de grandes proporciones, lo que perjudica al resultado de las encuestas.

Otros objetivos reseñables y que marcaron la elección del corpus fueron los siguientes.

- Buscar una visión diacrónica de la historia de la literatura: Como hemos comentado en la introducción, la figura del lector ha variado a lo largo del tiempo. Queremos comprobar como un lector moderno se enfrenta a textos medievales sin conocer su origen o como cataloga textos románticos con un espíritu actual dentro de su imaginero folclórico y cultural. En cuanto a la lectura estilométrica, queremos comprobar como una IA se enfrenta a conceptos tan en desuso como el honor y la honra o como aborda el tema de lo femenino (tan en boga en las últimas décadas).
- Sincretismos genérico: Si bien en un inicio buscábamos articular un corpus alrededor de los tres géneros hegelianos (lírico, épico y dramático), finalmente nos decantamos por solo uno: el género épico⁹. Realizar este cambio nos proporciona encontrar un mayor equilibrio en el tamaño de los textos (debido a lo escueta que tiende a ser la lírica) y la posibilidad de profundizar en el material abordado al no tener que regirnos por las pautas y reglas internas que tienen el resto de géneros y de los cuales la narrativa prescinde, como la métrica en el lírico o las didascalias del teatro.

3.2.2. Elaboración del corpus

El corpus creado está conformado por un total de 41.213 palabras (*tokens*), con 7.469 palabras distintas entre sí (*type-tokens*)¹⁰ repartidas en diecisiete fragmentos distintos de entre las 2000 y 2800 palabras. Estos fragmentos pertenecen a obras clásicas

⁹ El lector puede leer también género narrativo.

¹⁰ Datos obtenidos gracias a la página Contawords: <http://contawords.iula.upf.edu/>

del canon español y los expondremos en orden cronológico (en el corpus al azar presentado a los lectores¹¹ tradicionales, cada obra ocupa un lugar distinto que comentaremos para que se pueda encontrar sin dificultad).¹² (Corregir al analizar en ContaWords el nuevo corpus)

Comenzando por la Edad Media encontramos tres fragmentos pertenecientes al *Conde Lucanor* de Don Juan Manuel. Hemos seleccionado estos debido a su brevedad y al estilo narrativo de *exemplum* tan típico en este periodo histórico. Hallar un tema en una obra sapiencial lo consideramos un reto y es por ello que introducimos estos breves fragmentos dispersos en el corpus al azar en: Texto 2, Texto 9, Texto 17. Otro motivo de selección de estos textos es la estructura marco que poseen¹³. Esta permite generar patrones en la lectura y queremos ver si ambos tipos de lectores son capaces de captarlos y emparentar los textos.

En estos fragmentos y solo en el corpus de textos al azar entregado a los lectores tradicionales se ha ocultado el nombre *Lucanor* y *Patronio* para que el lector no los asocie con la obra y pueda responder desde la ignorancia.

Continuando con el Renacimiento encontramos tres fragmentos pertenecientes a *El Patrañuelo* de Juan de Timoneda. Frente a las lecturas didácticas que ofrece *El Conde Lucanor*, *El Patrañuelo* ofrece una lectura ociosa, graciosa y entretenida de los fragmentos o patrañas que lo forman; hallar ese componente humorístico será clave en la correcta lectura de los textos. Estos se encuentran en el texto 5, texto 10 y texto 15.

Respecto al Barroco, dos textos conforman el corpus. Ambos pertenecientes a la obra más representativa de las letras castellanas: *El Quijote* o mejor llamado *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Estos fragmentos pertenecen a uno de los cuentos insertos en la obra¹⁴, el de Grisóstomo y Marcela. Este cuento se ha separado en dos partes. La primera es el cuento que el cabrero cuenta a Don Quijote sobre la relación entre Grisóstomo y Marcela; la segunda parte contiene el alegato a la libertad amorosa que Marcela dice a los pastores, Quijote y Sancho.

¹¹ Incluido también en anexos.

¹² La referencia bibliográfica de los textos presentado se encontrará en el apartado de bibliografía.

¹³ Según Juan Paredes: La función didáctica del marco se articula en dos planos. Está por un lado el plano diegético del relato propiamente dicho, el cuento; y por otro, externo al cuento pero interno al ejemplo, el de Patronio y el conde, y el del autor, que interfiere a su vez en el plano de la obra.

¹⁴ Tal y como propone el profesor Javier Blasco

La dificultad de estos textos no solo se encuentra en poder emparentarlos (en el corpus al azar se encuentran en el texto 4 y el texto 12), sino en no asignar el segundo fragmento una autoría femenina. Esto se debe a que la reivindicación del amor desde la óptica de la mujer es un tema muy actual y en boga en lo que críticos actuales, como Juan Cano Ballesta, ha denominado literatura femenina¹⁵. Un lector poco avezado puede pecar de cotidianeidad y asignar, según su criterio enciclopédico, este tipo de temas a una óptica femenina y por ende a una autora mujer.

Al igual que en el *Conde Lucanor*, se ha ocultado el nombre de Don Quijote y Sancho Panza con el propósito de que estos nombres no interfirieran en el conocimiento enciclopédico o popular de la tradición literaria. Conocer estos nombres ubicaría la obra en un contexto histórico y social haciendo más fácil la resolución de algunas cuestiones como el género del autor.

El siglo XVIII lo conforman dos textos pertenecientes a obras distintas. El primero perteneciente a la obra de José Cadalso *Cartas marruecas*, ubicado en el corpus al azar como Texto 6 y el segundo perteneciente al Padre Isla (José Francisco de Isla) en su obra *Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas, alias Zote*, ubicada en el corpus como Texto 7. Una obra didáctica en búsqueda de la conciencia social a través de la muestra realista de cuadros de costumbres españoles frente a una obra satírica y que busca el continuo ridículo de los cuestionables valores y procedimientos del sector religioso. Dos formas opuestas de abordar el mismo espíritu que inundó el siglo XVIII (la razón frente a las costumbres) y que quizás no todo lector es capaz de emparentar.

Cuatro fragmentos conforman el siglo XIX. Tres son tres leyendas distintas del autor romántico Bécquer, ubicadas como Texto 11, Texto 13 y Texto 16 en el corpus y uno perteneciente a *Fortunata y Jacinta* de Benito Pérez Galdós (Texto 1). Hemos querido incluir ambos estilos narrativos propios del s. XIX para mostrar la gran diferencia que existe entre ambos. Un subjetivismo patético frente al objetivismo austero realista (siempre que se acepte la valoración “humana” tradicional).

Queremos comprobar si existe un hilo temático propio del romanticismo en las tres leyendas que el lector pueda identificar (sea independientemente humano o informático). En cuanto al fragmento de *Fortunata y Jacinta* queremos comprobar, al

¹⁵ Cano Ballesta, Juan. 2005. Poesía española reciente (1980-2000). Cátedra.

igual que en el segundo fragmento del Quijote, si algún lector confunde la visión femenina con la autoría de una mujer.

Por último, el siglo XX está conformado por tres fragmentos de tres obras distintas. Texto 3 pertenece a *Niebla* de Miguel de Unamuno, Texto 8 a *Nada* de Carmen Laforet y finalmente Texto 14 es obra de Pío Baroja con su novela *La dama errante*. Cada fragmento ha sido seleccionado por un motivo en específico; comenzando por *Niebla*, nos encontramos ante una de las obras más trasgresoras de los límites teóricos en lo que a novela se refiere (de ahí el nombre unamuniano de *nivola*) tal y como dice la crítica: *es en ella donde Unamuno habilita el término nivola, y no para sistematizar o para referirse a un nuevo género divorciado de la novela según su codificación decimonónica, sino para disidir de cualquier formulación estática*. Esta voluntariedad de ensanchar los límites novelescos resuena entre los ecos de la literatura posmoderna que ahonda en el sincretismo genérico¹⁶ y con temas tan sonados como el del personaje autor. Con la saturación editorial de este tipo de novelas no creemos que sea un problema para el lector tradicional ubicar el tema de la novela: un personaje contra su creador...la metaficción brotando desde los poros del género, pero ¿una IA será capaz de lo mismo?

Como ya hemos hecho en otros fragmentos, a los lectores tradicionales se les ha omitido el nombre de Don Miguel (autor y personaje de la obra) con el fin de que no sea reconocible y por tanto puedan responder condicionados la encuesta.

En *Nada* hemos querido seguir jugando con la ambigüedad autorial. Si nos damos cuenta, es la única autora que está en el corpus y esto no es al azar. *Nada* presenta, desde la óptica femenina, una experiencia poco agradable en la Barcelona franquista. Esta perspectiva, como hemos mencionado anteriormente, se refleja en otros fragmentos del corpus. ¿Serán los lectores capaces de distinguir entre una narración autoral femenina y homodiegética?, y ¿una narración autoral masculina heterodiegética? Presentamos el inicio de la novela, de este modo el lector ajeno a la diégesis de la obra (puesto que todavía no hay) deberá cuestionar sus modelos de escritura por géneros y decidir.

Finalmente, *La dama errante* ha sido elegido por el tema que trata: los nacionalismos, o más específicamente, la aversión hacia la búsqueda constante de la

¹⁶Según Lipovetsky: *El posmodernismo es sincrético a la vez cool y hard, convivencial y vacío, psi y maximalista, una vez más se trata de la cohabitación de los contrarios que caracteriza nuestro tiempo, no la pretendida cultura desenfadada hipdrug-rock.*

independencia catalana. Este tema es muy propio de España (otros países como Inglaterra posee una disputa parecida con la región de Gales, pero el tema exacto de este fragmento es el independentismo catalán) y no es muy lejano para un lector promedio tradicional español, pero dudados si una IA, diseñada desde el extranjero, es capaz de mostrar un lema tan común en la sociedad española.

3.2.3. Normativización¹⁷

La comprensión en ambos tipos de lectura supone un reto para textos de siglos anteriores. Por ello hemos decidido usar modernizaciones en textos de la Edad Media, Renacimiento, Barroco y Siglo XVIII. Para el resto de textos, influenciados por la imposición de normativa ortográfica de la Real Academia de la Lengua, no ha sido necesario recurrir a este proceso. Para las obras de *El Patrañuelo*, *El Quijote*, *Cartas Marruecas* y *Fray Gerundio de Campazas* hemos seleccionado las modernizaciones que ofrece la Biblioteca Cervantes Virtual. Para *El Conde Lucanor* no hemos usado la que ofrece la biblioteca ya nombrada puesto que consideramos que se aleja considerablemente a la obra original. Por ello, hemos tomado el texto base y lo hemos modernizado en base a las siguientes normas:

1. Regularización de F inicial a H en palabras que la contengan, así, *Fablaba* → *Hablaba*.
2. Regularización moderna del patrón alternante B/V.
3. Corrección de errores ortográficos, así, *vés* → *vós*.
4. Sustitución de la palabra *visqué* (arcaísmo) por *viví*.
5. Sustitución la grafía x por la actual J en palabras que la contengan.
6. Sustitución de *plogar* por *rogar*.
7. Actualización de la conjunción *et* por *y*.
8. Omisión de n final en palabras como *non*.
9. Regularización fonológica del sistema palatal sibilante medieval al paradigma actual.

¹⁷ También llamada canonicalización consiste en purgar los textos de elementos anómalos para la lectura informática.

10. Corrección gráfica del diptongo decreciente *-ey* en plural escrito como *-eys* y no *-eyes*.
11. Sustitución de *seyendo* por *creyendo*.
12. Simplificación de grafías dobles.
13. Modernización de *so* (en desuso) por *sobre*.
14. Separación de cópulas adverbiales como *comoquier* (entre otras).
15. Sustitución de *otrosí* por *además*.
16. Cierre inflexivo de aquellas palabras que todavía no lo han sufrido. Así *sopiesen* → *supiese*.
17. Eliminación de apocope extrema.
18. Regularización moderna del patrón alternante N/M.
19. Concluir la evolución de palabras en estado medieval. Así *Asconder* → *Esconder*.
20. Sustitución de la grafía I por Y si esta primera actúa a inicio absoluto de palabra como semiconsonante.
21. Corrección actual de lambdacismos y rotacismos.
22. Adición de H inicial en palabras que la requieran debido a la modernización. Así *avía* → *había*.
23. Adición de preposición a locuciones que lo necesiten.
24. Ampliación de adverbios apocopados. *Do* → *donde*.
25. Sustitución de conjunción *ca* (arcaísmo) por *porque*.
26. Regularización del patrón alternante en las grafías G/J
27. Actualización del género de las palabras. Así, *del escalera* → *de la escalera*
28. Desambiguación de la palabra *omne* usada como adverbio o sustantivo con resultados actuales muy distintos.
29. Corrección de metátesis: *leadtal* → *lealtad*.

30. En cuanto al punto intermedio que encontramos en *grand* hemos concluido continuar el proceso de evolución y dejarlo como adverbio y no como adjetivo.
31. Modernización de la preposición *de* y sus variantes.
32. Sustitución de arcaísmo *convusco* a *con vos*.
33. Actualización de locuciones que varían en la Edad Media y en la actualidad.
34. Regularización moderna del patrón alternante S/X. Así *estrañadlo* → *extrañadlo*.

Además hemos trabajado con scripts de R que, para su análisis proceden previamente a la tokenización del texto, a la eliminación de números de mayúsculas, etc.

3.3. Uso de gráficos.

Con motivo de emparentar los textos que conforman el corpus, consideramos que no solo la temática o asequibilidad del texto era suficiente como para engordar, bajo nuestra percepción, una secuencia lógica de obras entrelazadas entre sí. Por esto mismo nos hemos servido de la tecnología y hemos elaborado un dendrograma y un gráfico donde podemos observar mejor la cercanía entre obras.

Estos se han realizado gracias a Stylo, librería perteneciente al lenguaje de programación R. Siguiendo nuevamente los pasos ofrecidos por el profesor Fradejas en la obra ya mencionada, generamos un análisis de cluster con distancia *Delta Eder* y revisión cada 50 palabras. Esta revisión debía abarcar textos de entre 1700 y 2000 palabras. Para realizar este dendrograma la librería Stylo debía trabajar con las 1000 palabras más frecuentes. Cumplidas todas estas especificaciones, logramos el dendrograma.

Para el gráfico realizamos realizamos un análisis de *PCA*. Las especificaciones para este gráfico fueron las mismas: distancia *Delta Eder*, revisión cada 50 palabras que abarque textos de entre 1700 y 2000 palabras y una comparación de las 1000 palabras más frecuentes de los textos.

El análisis de cluster es una técnica estadística utilizada para agrupar objetos similares en un conjunto de datos en grupos diferentes o "clusters". En el análisis de estilo literario, se utiliza el análisis de cluster para agrupar textos similares en un corpus basado en las similitudes y diferencias en el uso de las palabras. Por otra parte, *PCA* significa

"Análisis de Componentes Principales" (en inglés, Principal Component Analysis), y es una técnica estadística utilizada para reducir la complejidad de los datos mediante la identificación de patrones y relaciones entre variables. En el análisis de estilo literario, se utiliza el PCA para reducir la dimensionalidad de los datos de los textos y analizar los patrones de similitud y diferencias en el uso de las palabras.

4. Resultados y discusión

4.1. Distant Reading

Los resultados que nos ofrece la estilometría son muy variados¹⁸. Iremos repasando los resultados como un conjunto dentro de cada apartado, de este modo, podremos tener un juicio respecto a la utilidad de las herramientas usadas para una correcta lectura estilométrica.

4.1.1. Género y edad del autor

Comenzando por los resultados que ofrece UClassify (género y edad del autor), nos encontramos con que los datos que ofrece no son fiables. Esto se debe a los siguientes motivos.

En cuanto al género, UClassify nos proporciona una mayoría de resultados donde el género del autor es identificado como femenino. Dos textos del corpus (*Quijote2* y *Leyenda3*) no han cumplido este patrón; sin embargo, el resultado tampoco es alentador, pues muestra una igualdad del 50% entre un autor masculino y femenino. Es cierto que el porcentaje de autoría femenina que muestra es, en casi todos los textos, alrededor del 50 y 60%, pero estos resultados no son fidedignos, pues no es hasta porcentajes cercanos al 75% que debemos validar la lectura ofrecida.

Dos obras se escapan de esto: *Niebla* y *Nada*. *Niebla* ha sido clasificada con un porcentaje del 83% como un texto de autoría femenina. Este resultado es sorprendente pues es el más alto que UClassify nos ha proporcionado en cuanto a género de autor y es en una obra que ha pasado al canon literario como íntegramente masculina. A la vista de los resultados anteriores, podríamos dudar de la autoría de Unamuno; sin embargo, consideramos (como expondremos más adelante) que no hemos de confiar en los resultados de UClassify.

Por otra parte, *Nada* recibió un 72% de autoría femenina. Es el segundo porcentaje más alto en cuanto a autoría y, en este caso, parece acertar con los datos que la tradición literaria nos ofrece. Es posible que exista una diferencia escritural entre hombres y mujeres que la estilometría sea capaz de captar, pues es el único texto femenino uno de los que más porcentaje ha logrado en la clasificación; sin embargo, a la vista de los

¹⁸ Los resultados netos se encontrarán en el anexo.

resultaos anteriores, consideramos que UClassify no es la herramienta idónea para esta labor.

En cuanto a la edad del autor, UClassify vuelve a no ser congruente con los resultados. Dieciséis de los diecisiete textos del corpus han sido clasificados con mayor porcentaje como textos escritos por una persona entre los sesenta y cinco y los cien años. Este baremo está muy relacionado con el léxico empleado y la sintaxis, pues, en contraparte, nos encontramos, de nuevo, con *Niebla* que ha sido clasificado con un 37% como una obra escrita por una persona entre los trece y diecisiete años.

El fragmento seleccionado de la *novela* contiene muchos diálogos, palabras reiteradas (como veremos en la nube de palabras) y oraciones que se repiten (súplicas que el personaje le hace al autor por vivir). Esta aparente simplicidad léxica y sintáctica vuelve al texto objeto de una clasificación errónea al contrario que las otras obras del corpus. Estas por el uso de la lengua de una forma cambiante y sin tanta reiteración son clasificadas como obras de personas muy longevas, yéndose por el camino opuesto a la misma respuesta errónea.

Los porcentajes no son muy elevados (rondan entre el 13 y el 30%) por ello hemos interpretado los datos con la segunda opción que UClassify nos proporciona. Esta, en casi todas las obras, es la inmediatamente anterior a la que ronda los sesenta y cinco y cien años, es decir, entre cincuenta y un años hasta los sesenta y cinco. Estos datos reiteran a idea de un autor maduro y experimentado que en obras como *Cartas Marruecas* pueden ser lógicos y estar acorde al conocimiento literario que poseemos, pero que en casos como el de Carmen Laforet, Pio Baroja o el propio Don Juan Manuel quedan muy alejados de la realidad al ser autores jóvenes catalogados como personas en senectud.

Tres fragmentos no coinciden con esto: *Luc2 (El conde Lucanor)*, *Patramuelo3* y *Quijote1* que como segundo resultado muestran un autor entre los trece y diecisiete años, treinta y seis y cincuenta y trece y diecisiete años respectivamente. Los porcentajes son bajos: 16, 18 y 17%. Con esto concluimos que es posible que el lenguaje antiguo sea catalogado como algo propio de los jóvenes. Tal y como decía Borges en una de sus entrevistas: *Los jóvenes son tímidos. Piensan que si dicen lo que quieren, la gente se va a dar cuenta de que es una bobería. Entonces buscan ser arcaicos o modernos o contemporáneos.* De nuevo, resultados no fiables.

Expuestas estas causas, concluimos que debido al método de aprendizaje que ha tenido UClassify, al ser entrenada con miles de textos de blogs y no de obras literarias, no es una herramienta estilométrica que ofrezca resultados relevantes a la filología. Consideramos que una IA que haya sido entrenada a través de la lectura supervisada con obras pertenecientes al canon literario (y otras miles que se quedan en literatura de mercado) podrá ofrecer mejores resultados.

4.1.2. Legibilidad

Legible, como su nombre indica, muestra la legibilidad de un texto. Los resultados obtenidos no nos parecen descabellados, sin embargo hay una serie de resultados que debemos comentar.

Según los datos proporcionados por Legible, la obra de una mayor dificultad en la lectura es *Patramuelo1* con una legibilidad de 50,53 puntos (algo difícil). Si lo comparamos con el resto de fragmentos seleccionados de la misma obra, este resultado no nos parece extraño. Los tres fragmentos rondan una legibilidad que va entre los 50 a 60 puntos, por lo que podemos entender que es el tipo de escritura o el empleo del lenguaje que hace Timoneda lo que vuelve esta obra compleja para los lectores.

Un caso en especial nos llama la atención, *Zote*, obra bastante irónica con su tiempo, emplea dentro del texto latinismos para mostrar la irreverencia del estanco sector eclesiástico. Estos latinismos se encuentran en el fragmento seleccionado y nos resulta curioso que para Legible la dificultad del texto sea normal con un puntaje de 66,38. Si lo comparamos con otros fragmentos *Zote* se encuentra muy cercano al fragmento seleccionado de *Fortunata y Jacinta (For_Jac)* que tiene 67,67 puntos y no consideramos que tenga tantas dificultades en la lectura.

Con estos datos llegamos a la conclusión de que Legible distingue muy bien la diferencia entre legibilidad y comprensión de un texto. *Zote* puede ser leído sin dificultad a pesar de sus latinismos, pero la comprensión de los mismos (y más en un contexto irónico) se vuelve una tarea ardua para el lector. Del mismo modo sucede con *Niebla*, como ya comentamos, su léxico y estructura sintáctica no solo lo catalogan como obra infantil, sino que según Legible su facilidad de lectura tiene una puntuación de 91,56. Consideramos que la dificultad de la obra nace de el concepto que quiere transmitir y no del lenguaje que usa para contarlo.

Expuestos los resultados más relevantes, concluimos que Legible sí es una herramienta válida para la lectura estilométrica. Legible ofrece resultados lógicos y que tienen una explicación con fundamentos filológicos y no con fundamentos basados en el azar.

4.1.3. Análisis de sentimientos

En cuanto al análisis de sentimientos, la herramienta de programación R ha sido de gran utilidad. La mayor ventaja que tiene sobre otro tipo de herramientas es que es el filólogo, estadista o informático (partiendo de las disciplinas que conforman la estilometría) quien sabe en todo momento lo que está haciendo con los elementos que conforman el corpus. Ver el código de programación y saber qué se está haciendo en todo momento aporta una sensación de seguridad frente a los datos que el lenguaje de programación muestra. La parte negativa de este proceso es que hay que tener unos mínimos conocimientos informáticos para realizar este tipo de análisis.

Los resultados que ofrecen las librerías *tidytext* y *tidiverse* vienen en forma de gráfico de barras, lo que facilita bastante el comentario de los datos al trazarse una curva de sentimientos que podemos percibir.

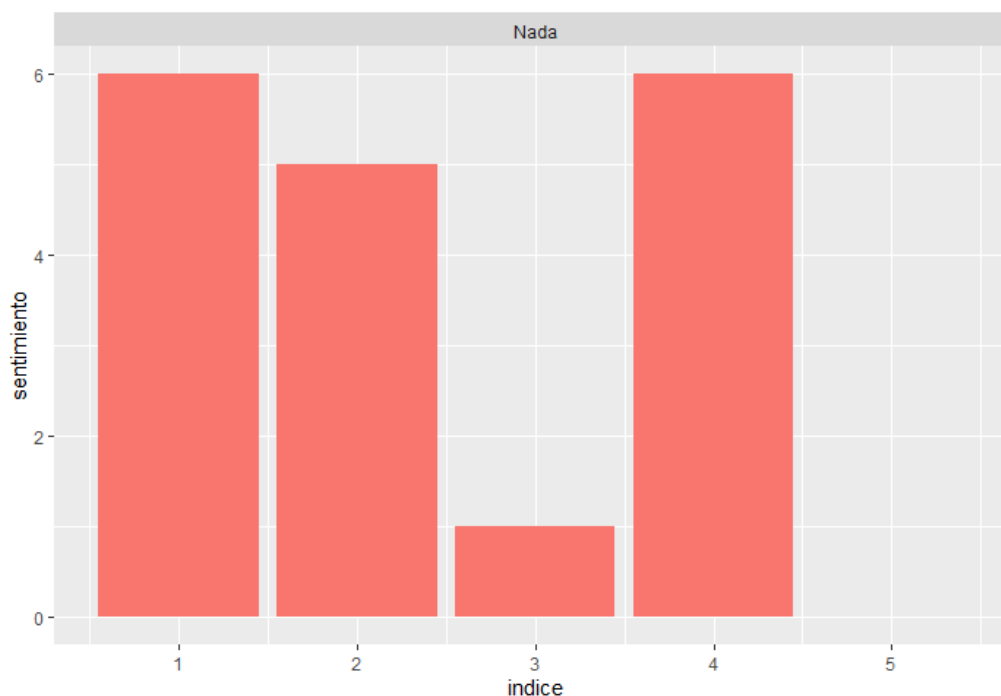


Gráfico 1

Usaremos este gráfico de *Nada* para mostrar la lectura que realizamos de los datos. El eje vertical muestra la valencia emocional de cada fragmento; cuanto mayor sea el

número positiva y negativamente quiere decir que se encuentra una mayor cantidad de sentimientos en la página en cuestión. El eje horizontal muestra el número de página en la que se encuentra esos sentimientos. Cada página está conformada por quinientas palabras, es decir, cada barra está formada por el valor asignado a las quinientas palabras del fragmento.

Conociendo esto, comentamos el gráfico de *Nada*. Esta parte inicial de la obra se caracteriza por ser el momento en el que las ilusiones de Andrea, protagonista de la obra, se ven rotas al llegar a la casa que será su hogar durante su periodo de estudios en la Barcelona de postguerra. Como podemos ver, las valencias de sentimientos son muy bajas, con un máximo de seis, y alternantes. Esto quiere decir que se sigue una constancia emocional en el texto. No hay sobresaltos, abundancia de adjetivos que puedan provocar un aumento o disminución de las valencias o rupturas de horizontes de expectativas que trastornen el transcurso del fragmento.

Este resultado es acorde a lo que la obra ha transmitido a la crítica que ha catalogado *Nada* como un cuadro impresionista donde no suceden cosas relevantes y que la maestría de la obra nace de retratar escenarios cambiantes y crueles (sin llegar al tremendismo) de la manera más aséptica posible. Esta barrera entre realidad y forma de narración llega a su culmen en la quinta página del Gráfico 1. Aquí, los valores positivos y negativos están tan a la par que como resultado generan un resultado cero. Es decir, la forma más neutra de expresión de sentimientos y que muestra el vacío que Laforet quería dar a su obra ya desde el título. La ausencia de sentimientos; *Nada*.

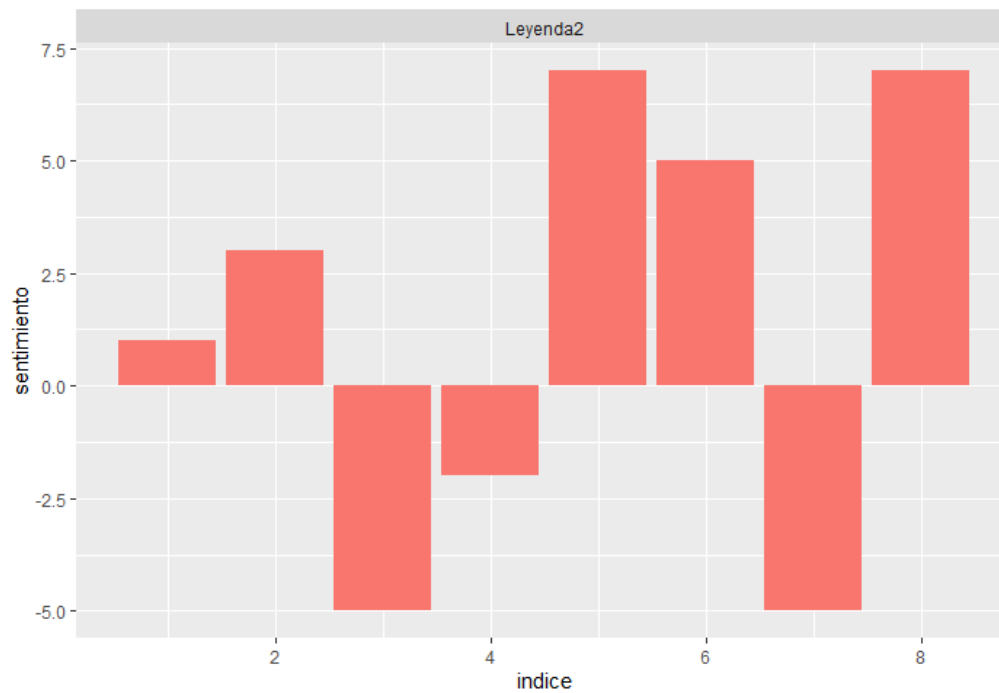


Gráfico 2

Un caso bastante distinto encontramos en *Leyenda2 (El rayo de luna)*. Esta leyenda becqueriana narra la aventura de Manrique en búsqueda de una dama de la que se enamora, pero nunca alcanza. La persigue por las calles de Soria hasta que finalmente triste y derrotado se da por vencido; sin embargo en su tristeza se da cuenta de lo aquello que veía y creía ser una mujer solo era un rayo de luna, una ilusión, un espejismo.

Como podemos observar en el gráfico los sentimientos en el texto son bastante variables con valencias dispares tanto positiva como negativamente. Es importante como el estado de ánimo del protagonista durante su búsqueda de la dama es el que marca en gran medida los resultados ofrecidos. Cuando Manrique se encuentra esperanzado y con energía de encontrar a su amor las barras son positivas, por el contrario cuando ve ante sus ojos a la dama escapar de su búsqueda en barca las barras son negativas.

Queremos detenernos en las dos últimas páginas que muestra el gráfico. Estas dos barras marcan a la perfección una ruptura de horizonte de expectativas, pues el tono pesimista que tiene la leyenda tras la supuesta derrota de Manrique en la página siete se ve cortado súbitamente en la página ocho con una positividad que viene dada tras la comprensión del error en la que se encontraba el protagonista. Entre una página y otra encontramos una diferencia de once puntos; si lo comparamos con el gráfico anterior, donde la mayor diferencia entre páginas son seis puntos, podemos observar cómo se busca

una mayor expresión de sentimientos al alternar constantemente entre emociones positivas y negativas. Como apunte, las tres leyendas siguen el mismo patrón que la leyenda mostrada. Con esto podemos concluir que la estética romántica (más específicamente en Bécquer) sigue unos patrones buscando la expresión de sentimiento a partir del contraste.

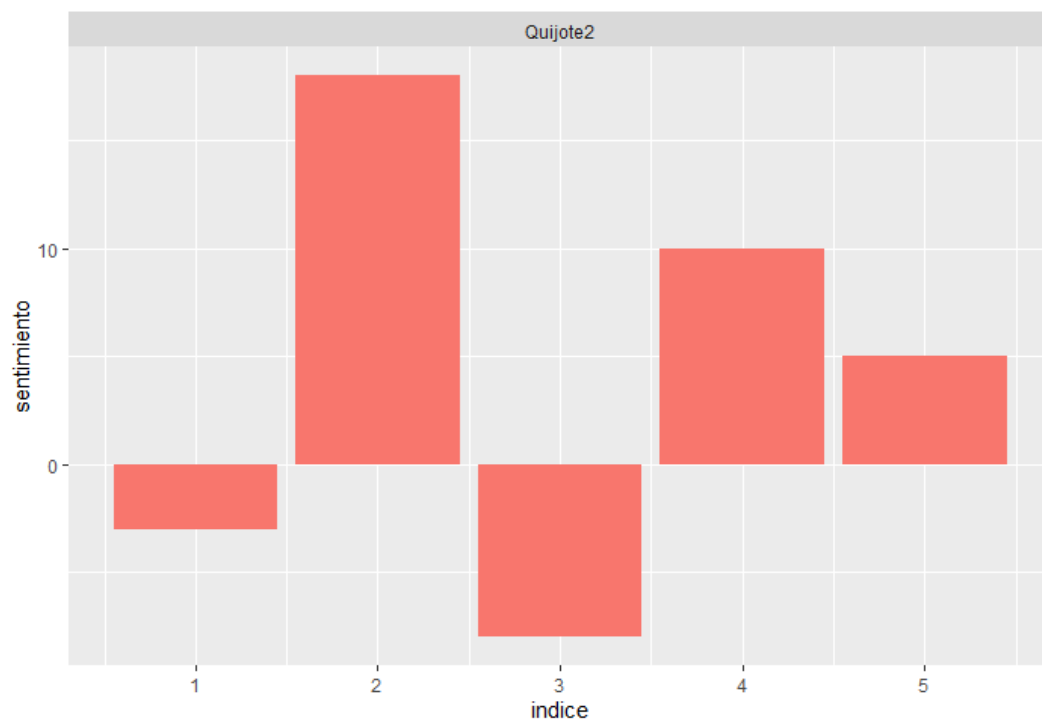


Gráfico 3

Quizás un gráfico intermedio entre los dos anteriormente mostrados es este. Perteneciente al *Quijote*, narra el momento en el que durante el entierro de Grisóstomo, Marcela se deja ver y realiza un encomio a la belleza femenina libre de atadura e imposiciones amorosas.

El gráfico muestra como el fragmento comienza con aspectos negativos. Esto lo podemos encontrar lógico al tratarse de un entierro al que los amigos de Grisóstomo asisten. Sin embargo, las valencias emocionales cambian drásticamente cuando Marcela aparece y es que la segunda página dispara la barra de emoción hasta casi los veinte puntos.

Como veremos más adelante, en este fragmento palabras como *belleza*, *hermosa*, *hermosura*... se repiten constantemente lo que dota al texto de un carácter muy positivo.

Obviamente, estas palabras son usadas con las dos connotaciones, pues para los pastores amigos de Grisóstomo esa belleza es una ruina que condena a la desesperación. Para Marcela, quien la defiende, esta belleza solo es un don de la naturaleza y muestra que ella no tiene la culpa de cargar con ella por más que le pese tener a todos los hombres detrás.

Es curioso ver como la irrupción de Marcela en el entierro cambia por completo el tono del mismo. Su figura trastorna el funeral y trastorna la gráfica siendo el momento con una mayor valencia emocional que posteriormente volverá a asentarse y a discurrir como es propio de los entierros. Con pesar (página tres), pero con alabanzas y elegías al difunto (páginas cuatro y cinco).

Tras el análisis de lo que consideramos tres de los gráficos más relevantes, concluimos que realizar este tipo de curva emocional o análisis de sentimientos es muy útil para la filología y una buena herramienta de apoyo en la que argumentar objetivamente cuáles son las emociones que percibe un lector ante una obra. Es cierto que no entender la ironía o el carácter despectivo de las palabras genera casos como el visto en el Gráfico 3, pero creemos que a través de otros procesos como la lectura supervisada podemos llegar a enseñar a otros programas a identificar estos patrones.

4.1.4. Tema: Nubes de palabras

Como expusimos en la metodología las nubes de palabras son usadas para encontrar más fácilmente los temas de los textos. Nosotros trataremos de encontrar redes isotópicas en las palabras que la nube muestre. En este apartado mostraremos aquellas nubes de palabras que bajo nuestro criterio tienen algún motivo por el que han de ser comentadas. Es importante saber que las nubes de palabras por si solas no sirven para una interpretación de la temática textual. Las nubes de palabras son una herramienta de apoyo tras la lectura del texto que ha de ser comentado. Es el conocimiento del interprete el que puede dar sentido a los datos que la nube muestra.

Tras este análisis concluimos que las nubes de palabra sí son una herramienta válida para el estudio filológico de obras literarias. Sin embargo, al igual que con los datos ofrecidos por Legible y RStudio es la interpretación razonada la que da sentido a los gráficos, porcentajes o nubes que muestran. Si no se interpretan, quedan como meros iconos sin significado.

4.2. Gráficos

Dentro de estos resultados estilométricos hemos añadido los gráficos obtenidos a través de lenguaje de programación R. Estos gráficos son un dendrograma, logrado con un análisis de cluster, y un *scree plot* o diagrama de dispersión, obtenido con un análisis PCA.

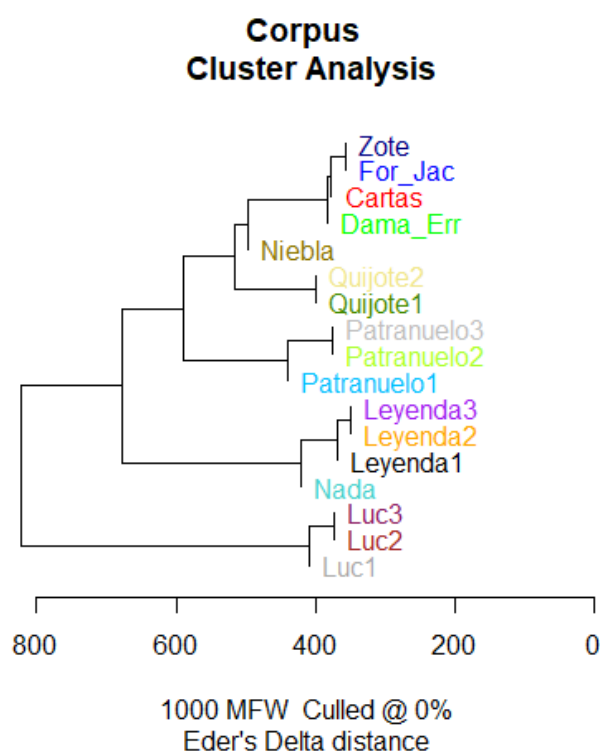


Gráfico 4

Nos encontramos ante un dendrograma generado a través de stylo, librería perteneciente a RStudio. Para la lectura de este gráfico debemos tener en cuenta, no solo los ejes del mismo, sino también la disposición de los datos. El eje horizontal muestra la distancia que encontramos entre las distintas obras que conforman el corpus. En este caso Distancia Delta Eder. Cuanto más cerca se encuentren las obras del cero, significa que más parecidas son entre sí.

En el eje vertical se ven las distintas obras (se denominan puntos u hojas) señaladas con distintos colores para que sea más fácil visualizar el gráfico. Lo importante de este eje son las uniones entre puntos que la estadística proporciona. Cuanto más cercanas sean las uniones, mayor será la similitud entre obras. Otro factor importante es la distancia respecto a la base: las uniones más cercanas a la base del dendrograma representan una mayor similitud, mientras que las uniones más altas representan una mayor distancia o diferencia entre las muestras.

Explicado esto, pasamos a comentar el gráfico. Vemos como los fragmentos pertenecientes al *Conde Lucanor* (*Luc1*, *Luc2* y *Luc3*) están alejados del resto de puntos mediante una unión muy amplia situada en la distancia ochocientos. Sin embargo, estas tres obras están muy relacionadas entre sí, pues se encuentran con uniones muy cercanas entre si tanto en el eje horizontal como en el vertical. Lo cual demuestra que a través de la estadística se han podido encontrar patrones similares en estos tres fragmentos y relacionarlos de manera directa.

Del mismo modo sucede con el resto de fragmentos que conforman un grupo. *Patranuelo1-2-3* son más similares a otros fragmentos que los pertenecientes al *Conde Lucanor*, pero aun así se encuentran separados del resto y muy unidos entre sí mostrando una mayor similitud. *Quijote1-2* sigue el mismo patrón y un caso curioso es el de *Leyenda1-2-3* que si bien conforman un grupo, muy cercano a ellos se encuentra *Nada* lo que podría indicarnos una similitud no tanto autorial, como sí en el uso de los conceptos como la soledad, el vacío o el desengaño.

En la parte superior del gráfico encontramos *Niebla* que si bien posee una distancia de quinientos en el eje horizontal posee más nodos de unión con otras obras como *Luc1*. Esto muestra que dentro de las obras relacionadas es la menos similar al resto (esta peculiaridad ya se podía ver en otros campos como en el de legibilidad). Por último, y muy relacionadas entre sí, aunque sin formar un grupo encontramos *Dama_Err* y *Cartas* que son muy similares y finalmente y para nuestra sorpresa *Zote* y *For_Jac* tienen una gran similitud, sin embargo, al situarse en la cima del dendrograma intuimos que, al contrario que con las obras de *El Conde Lucanor* que se encuentra en la base, hay una mayor distancia entre ellas.

A través del diagrama de dispersión vemos esto mejor.

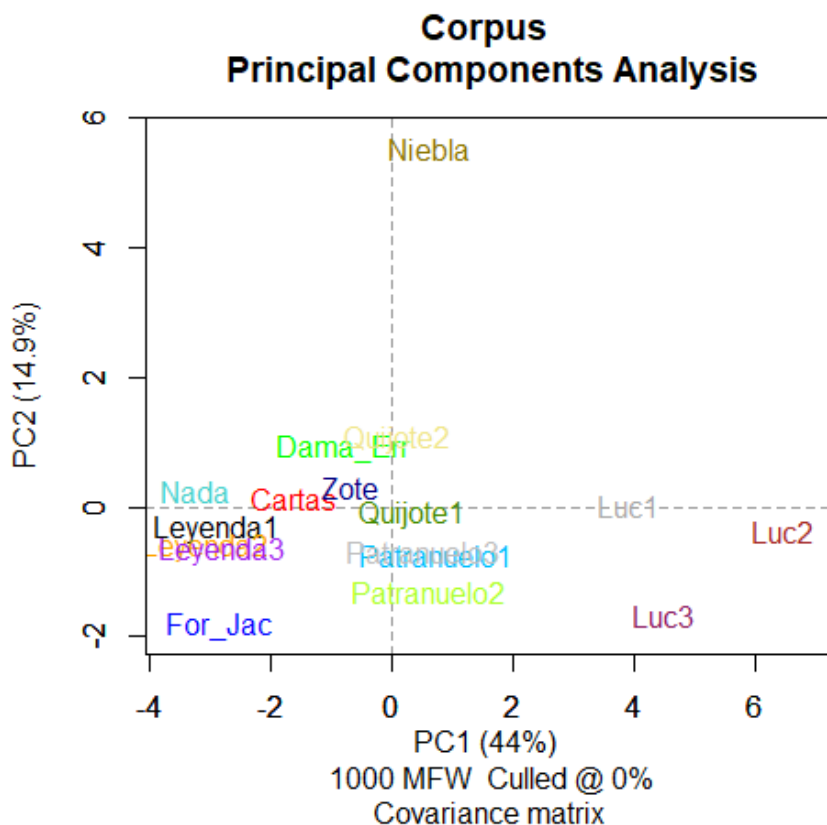


Gráfico 5

Como vemos en el eje horizontal se conforman dos grupos. A la derecha los tres fragmentos de *El conde Lucanor* y a la izquierda el resto de obras lo que muestra la diferenciación que ya explicamos en el gráfico anterior. Dentro de este grupo como hemos visto en el eje vertical vemos muy diferenciada del resto *Niebla*, es decir y tal y como explicamos antes, tiene similitud (eje horizontal), pero es la menos parecida al resto (eje vertical).

Dentro del grupo horizontal de la derecha vemos como las obras van generando grupos entre sí, llegando incluso a superponerse como en los fragmentos de *Patranuelo* y *Leyenda*. Con este gráfico, la diferencia entre *Nada* y estos tres últimos fragmentos queda más latente. Finalmente, como vimos *Zote* y *For_Jac* en el dendrograma se encuentran muy cercanos, pero con este gráfico podemos comprobar como realmente son bastante diferentes entre sí.

Tras la discusión de todos los datos ofrecidos por la Distant Reading concluimos que aunque se han obtenido resultados relevantes y coherentes en el análisis estilométrico utilizando diferentes herramientas, se han identificado limitaciones y resultados no fiables en algunas áreas. Creemos que como disciplina novedosa (sobre todo en español) todavía

quedan muchos avances por lograr; sin embargo, podemos estar muy satisfechos de los resultados ofrecidos, pues son relevantes sobre todo en los análisis estadísticos como dendrogramas o análisis de sentimientos.

4.3. Lectura tradicional

En cuanto a la lectura tradicional podemos percibir diferencias en las respuestas entre los tres tipos de lector. Algunas de estas son acertadas y otras por el contrario descabelladas. Las mayoría de respuestas incongruentes surgen de los lectores poco avezados y promedio. Consideramos que al igual que las IA son capaces de ser “entrenadas” a través de la lectura supervisada, la mente humana funciona del mismo modo y cuantas más lecturas tenga, será capaz de encontrar patrones con mayor facilidad y emparentar los textos.

Otro aspecto que queremos destacar es que frente a la lectura estilométrica (distant Reading), la lectura tradicional puede permitirse no dar respuestas antes las preguntas, es decir, todos los tipos de lector han respondido al menos una vez no saber la respuesta a la pregunta realizada. Esto quiere decir que la lectura tradicional funciona a modo de consenso. Aquellas respuestas que unos lectores no sean capaces de dar, otros sí podrán y es la suma de distintas percepciones ante una misma pregunta las que consiguen dar con la respuesta definitiva.

4.3.1. Lector poco avezado

Los lectores poco avezados han respondido la mayoría de preguntas respecto al género y edad. Las repuestas son dispares, por ejemplo en *Quijote1* uno de los lectores ha respondido que la edad de Cervantes cuando lo escribió es de unos sesenta años y por el contrario otros de los lectores ha respondido que serían unos treinta y seis o en *For_Jac* uno ha respondido que el autor es hombre y otro que es mujer. Estas respuestas dejan ver que en este tipo de preguntas no hay rasgos que permitan diferenciar la escritura masculina de la femenina o joven de anciana.

Quizás la única diferencia por la que los lectores logran distinguir algún rasgo de género es a través de la visión femenina como en *Nada* donde ambos lectores coinciden en que el autor es una mujer; pero tal y como exponíamos en la metodología, sería posible que algún lector siguiendo este patrón de género catalogase a *Quijote2* como una obra femenina y este ha sido el caso de ambos lectores poco avezados que coinciden en que el autor del fragmento de reivindicación del amor libre pertenece a una mujer.

Sin embargo, también vemos que influenciados por su conocimientos del mundo literario los lectores prefieren, ante la duda de género, catalogar al autor como hombre debido a la conciencia de que en la historia literaria han sido pocas las mujeres que han podido triunfar.

La dificultad ha sido uno de los resultados más similares entre ambos lectores que han coincidido en la mayoría de textos. Solo en algunos casos como *Patranuelo2* los lectores difieren catalogándola como dificultad media y difícil; sin embargo, no consideramos que sean respuestas extremadamente dispares. Un caso que llama nuestra atención es el de *Zote* que, en relación con la lectura estilométrica, vemos como para los lectores (en este caso en especial englobamos también a los lectores promedio) su legibilidad es compleja o muy compleja frente a la lectura estilométrica que lo cataloga como normal. Creemos que esto se debe a (como explicamos) que la IA es capaz de diferenciar legibilidad de comprensión, pero el humano necesita comprender para catalogar aquello que ha leído.

Por último, vemos como los apartados de sentimientos y tema son los más difíciles de responder para los lectores poco avezados, pues es donde se acumulan la mayoría de respuestas nulas. Esto quizás pueda deberse a la no identificación de las mismas puesto que en algunas respuestas los sentimientos y tema, para ellos, son los mismos. En *Quijote1* uno de los lectores no ha sido capaz de encontrar ni los sentimientos ni el tema y el otro ha respondido que uno de los sentimientos es el amor y el tema del mismo es el amor también.

Otro problema, no es solo la identificación del tema, sino la elaboración léxica del mismo, es decir, el lector puede percibir el tema, pero no es capaz de expresar con palabras aquello que quiere decir, por esto mismo vemos como sus respuestas son bastante escuetas: Amor, patriotismo, inutilidad, infidelidad.

4.3.2. Lector promedio

Las respuestas de este conjunto son el punto intermedio entre los otros dos opuestos, en ocasiones ofrece respuestas muy acertadas y en otras sus respuestas no son lo suficiente representativas.

En cuanto a las respuestas relacionadas con género y edad del autor vemos que hay diferencias notables. Las respuestas respecto a la edad empiezan a ser difusas, es decir, no hay un argumento por el cual se elija una edad en específico. Vemos como ambos

lectores deciden no arriesgar en sus respuestas y escoger rangos de edad entre los treinta a los cincuenta. Así en *Luc2* un lector cree que el autor tiene cincuenta y cinco años y otro cree que tiene treinta y tres. Con lo cual observamos que pese a estar en rangos de edad parecidos (incluso en casos como *Zote* muy similares con treinta y cinco y treinta y cuatro años) no hay unicidad por ambas partes. Cosa que vemos lógica al no ser algo que se pueda captar con facilidad.

Respecto al género al igual que con la edad, la diferenciación entre unos y otros comienza a ser casi imposible de distinguir. Nuestros fragmento “trampa” para intentar comprobar el género muestran que no hay unicidad. En *Quijote2* un lector cree que el autor es hombre, el otro considera que es mujer. Del mismo modo sucede en *Nada* que, donde al contrario que en el ejemplo anterior, un lector considera que es mujer y el otro hombre. Esto muestra que no hay unicidad y que los lectores ya no se dejan llevar por el enfoque masculino o femenino para dictaminar el género de la obra.

En cuanto a la legibilidad, percibimos que los lectores promedio acceden con mayor facilidad a los textos que los lectores poco avezados, es decir, en casos donde los lectores poco avezados catalogan la lectura de dificultad media o alta, los lectores promedio lo catalogan como fácil. Un ejemplo de esto es *Leyenda1* donde los lectores promedio catalogan como fácil la lectura que los poco avezados catalogan de media. Sin embargo, también suceden casos al revés como en *Luc1* donde los “peores” lectores lo catalogan como fácil mientras que los promedio lo catalogan como medio o difícil. Por lo cual concluimos que no podemos sacar una conclusión fija. Creemos que la mayor dificultad de los textos donde estos últimos lectores tienen dificultades radica en el español medieval. Sin embargo, consideramos que este debería ser una traba para todos, por lo cual podemos decir que no tenemos una respuesta que pueda amoldarse a un resultado universal y representativo.

Finalmente, vemos como en los sentimientos y temática estos lectores están más acertados. No solo generando sintagmas más amplios como: *Conversación con Dios* o *búsqueda del amor fiel* entre otros. Sino porque consiguen acertar con aquellos temas y sentimientos que comúnmente se han asignado a las obras. Vemos en *Cartas* como ambos lectores han sido capaces de percibir la crítica al estado de la educación en el momento en el que se escribió la obra con las respuestas *crítica del estancamiento de la enseñanza y la educación como estamento*. Además nos sorprende que estos lectores han sido capaces de dar la misma respuesta que logramos gracias a las nubes de palabras en el caso

de *Luc3* donde estipulamos que el tema sería la defensa del honor y los lectores han respondido: *Ayuda a los demás por honor y protección de la honra*. Con lo cual creemos que una mayor lectura ayuda a generar patrones en los temas y poder hallar mejor los sentimientos de las obras.

4.3.3. Lector experimentado

Finalmente los lectores experimentados han ofrecido una serie de respuestas que si bien son acertadas, creemos que no llegan a ser exactas por si solas, es decir, necesitan que sean contrastadas por otros lectores y así se pueda llegar a una última respuesta.

Observamos también como estos lectores son capaces de generar patrones. El ejemplo más obvio es en *El conde Lucanor* donde mantienen el género, la edad y en cuanto al tema siempre comienzan como *consejo*. Con esto entendemos que los lectores son capaces de percibir similitudes en la estructura marco, pero también hacen lecturas siguiendo los nombres como en los fragmentos de *El Quijote* donde se repite el nombre de Grisóstomo y Marcela y por tanto intuyen que perteneces al mismo autor.

En el aspecto referente a edad y género vemos como las catalogaciones se vuelven caóticas al no percibirse patrones en los autores. Así, parece que los lectores, en lo referente a la edad, prefieren no dar resultados polarizados y en casi todos los fragmentos responden que el autor están entre los treinta y los cuarenta años. Del mismo modo sucede con el género que al no encontrarse patrones de identificación entre la escritura de mujer o de hombre genera resultados dispersos catalogando a *Leyenda1* o *For_Jac* como una obra femenina.

En cuanto a la dificultad, vemos como los resultados de este tipo de lectura concuerdan en la mayoría de casos con los datos que Legible nos había proporcionado. Ninguna obra ha sido catalogada como difícil en este apartado y observamos como en *Zote* se ha buscado esa diferencia de la que hablamos entre legibilidad y comprensión.

Por último, los lectores experimentados proponen para los sentimientos y tema respuestas amplias que no radican en una visión únicamente. Por ejemplo, en *Patranuelo3* (donde Acrio y Octavio, pertenecientes a la alta nobleza, descubren que sus respectivas mujeres le son infieles, por ello se alían y viajan por el mundo buscando una mujer fiel encontrándola como una hija de un posadero) los lectores experimentados son capaces de hallar no solo el dolor de la traición sino también la seguridad de que existe fidelidad en el mundo o el entusiasmo por la aventura en búsqueda de alguien fidedigno. Por último,

los temas pese a ser en la mayoría bastante específicos, hay caso como en *Leyenda2* donde el tema de *amor irracional* nos parece que se queda corto. Aun así, a pesar de estos pequeños detalles, la mayoría de respuestas son enjundiosas y de calidad.

Como conclusión, en la lectura tradicional se observa que los lectores poco avezados presentan respuestas dispares en cuanto al género y la edad de los autores. Aunque algunos patrones son acertados, en general no hay rasgos distintivos claros para diferenciar la escritura masculina de la femenina o la joven de la anciana. Además, estos lectores encuentran dificultades para identificar los sentimientos y temas de las obras.

En cuanto a los lectores promedio, sus respuestas están en un punto intermedio entre los lectores poco avezados y los experimentados. Aunque logran identificar mejor los sentimientos y temas de las obras, aún tienen dificultades para discernir el género y la edad de los autores. La legibilidad de los textos también varía y por ello no es congruente.

Finalmente, los lectores experimentados ofrecen respuestas más acertadas en general. Tienen dificultades para identificar patrones claros en cuanto al género y la edad de los autores, pues no están condicionados por las percepciones de género y sus respuestas en cuanto a los sentimientos y temas de las obras son más enriquecedoras y abarcan aspectos más amplios.

5. Conclusiones

Tras haber visto cómo funcionan ambos tipos de lectura sacamos las siguientes diferencias.

1. La Distant Reading ofrece una serie de datos que necesitan del raciocinio humano para poder tener sentido, mientras que la lectura tradicional genera resultados que necesitan ser comprobados y refutados para denominarse ciertos.
2. La lectura estilométrica siempre va a ofrecer resultados, sean estos útiles o no. Por ello, debemos de buscar siempre la herramienta que conozcamos su fiabilidad y resultados acertados. Del mismo modo sucede con la lectura tradicional, donde debemos buscar los resultados en aquellos lectores que sean experimentados y puedan ofrecer una respuesta lógica.
3. La lectura distante permite abordar obras y fragmentos de manera mucho más rápida que la lectura tradicional que necesita más tiempo para generar respuestas.
4. La lectura distante muestra a través de gráficos las redes y uniones que genera el lenguaje de programación por medio de la estadística. Lo cual permite observar de manera física los patrones que siguen las obras. La lectura tradicional no puede proporcionar datos así.

Con estas diferencias llegamos a la conclusión de que ninguna de las dos lecturas es perfecta por sí sola. Es la unión de ambas la que genera mejores resultados, pues la lectura tradicional interpreta los datos que ofrece la lectura distante y, al revés, los resultados de la lectura tradicional son contrastados con la lectura estilométrica.

Gracias a las nuevas tecnologías somos capaces de generar avances en el estudio literario. Afincarse en una lectura u otra es negar los avances que la filología necesita. Por esto mismo, es necesaria la concienciación y difusión de este tipo de medios entre nuevos y viejos filólogos. La estilometría es una herramienta, jamás un arma.

6. Bibliografía

Bibliografía estilométrica

Análisis de textos. (s. f.). *Estilometría*. <https://www.estilometria.com/analisis-de-textos/>

Blasco Pasucal, J. Blasco, Ruiz Urbon, Cristina. (2023). *Análisis de textos desde la estilometría*. Universidad de Salamanca

Fradejas Rueda, José Manuel. (2020). *Cuentapalabras. Estilometría y análisis de texto con R para filólogos*. Universidad de Valladolid

Lutoslawski, W.(1898) *Principes de stylométrie appliqués à la chronologie des œuvres de Platon*. Rev Etud Grec 11, 61–81 <https://doi.org/10.3406/reg.1898.5847>

McCulloch, WS, Pitts, W. (1943) *Un cálculo lógico de las ideas inmanentes a la actividad nerviosa*. *El boletín de biofísica matemática*. 5 (4), 115–133. https://doi.org/10.1007/BF0247_8259

Mosteller, F., Wallace, DL. (1963) *Inferencia en un problema de autoría*. J Am Stat Assoc 58, 275–309

O'Rourke, JJ, Morton, AQ, McLeman, J. (1967) *Paul, el hombre y el mito: un estudio sobre la autoría de la prosa griega*. J. Biblia. Iluminado. 86, 110 <https://doi.org/10.2307/3263256>

Raschka, S., Kaufman, B.(2020). *Aprendizaje automático y enfoques basados en IA para la ligadura y el descubrimiento bioactivos y el reconocimiento de ligandos GPCR*. <https://doi.org/10.1016/j.ymeth.2020.06.016>

Saygin, AP, Cicekli, I., Akman, V. (2000) *Test de Turing: 50 años después*. *Mentes y máquinas* 10(4), 463–518. <https://doi.org/10.1023/A:1011288000451>

Bibliografía literaria

Abad Faciolince, Héctor. (2018) *Diatriba y panegírico de los premios literarios* Cuadernos Hispanoamericanos, 812 pp. 174-180.

A fondo: Jorge Luis Borges (1980) | RTVE Play. (2018, enero 14). <https://www.rtve.es/play/videos/a-fondo/entrevista-a-jorge-luis-borges-en-a-fondo-1980/1058440/>

Baroja, Pío (1995). *La dama errante*. Caro Raggio

Cervantes, B. V. M. de. (s. f.). *Cartas marruecas*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. <https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/cartas-marruecas--0/html/p0000001.htm>

Cervantes, B. V. M. de. (s. f.). *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. <https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/el-ingenioso-hidalgo-don-quijote-de-la-mancha-6/html/>

Cervantes, B. V. M. de. (s. f.). *El patrañuelo*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. <https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/el-patranuelo--0/html/>

Cervantes, B. V. M. de. (s. f.). *Fortunata y Jacinta: (Dos historias de casadas)*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. <https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/fortunata-y-jacinta-dos-historias-de-casadas--0/html/>

Cervantes, B. V. M. de. (s. f.). *Fray Gerundio de Campazas*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. <https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/fray-gerundio-de-campazas--0/html/>

Cervantes, B. V. M. de. (s. f.). *Rimas y leyendas*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. <https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/rimas-y-leyendas--0/html/>

Conde Lucanor—Wikisource. (s. f.). Recuperado 14 de junio de 2023, de https://es.wikisource.org/wiki/Conde_Lucanor

De Unamuno, Miguel (2004). *Niebla*. EL PAÍS Clásicos Españoles.

Laforet, Carmen. (2004). *Nada*. EL PAÍS Clásicos Españoles.

Ortega, B. R. (s. f.). *Posmoliteratura: Los nuevos parámetros de la creación en la era posmoderna*. Universidad de Granada

Paredes, J. (1970). *La memoria literaria. Mecanismos alegóricos y cognitivos en la cuentística medieval (del exemplum al Conde Lucanor)*. Revista de Poética Medieval, 29, 245-262. <https://doi.org/10.37536/RPM.2015.29.0.53287>

Prieto De Paula, Á. L. (2010). *Unamuno: La abolición del género novela*. Anales de Literatura Española, 22, 33. <https://doi.org/10.14198/ALEUA.2010.22.03>

7. Anexo

7.1 Corpus completo

Se adjunta también un enlace por el cual se puede ver el corpus en formato .txt UTF-8: [Corpus.txt](#)

Texto 1: *For_Jac*

Nació Barbarita Arnaiz en la calle de Postas, esquina al callejón de San Cristóbal, en uno de aquellos oprimidos edificios que parecen estuches o casas de muñecas. Los techos se cogían con la mano; las escaleras había que subirlas con el credo en la boca, y las habitaciones parecían destinadas a la premeditación de algún crimen. Había moradas de estas, a las cuales se entraba por la cocina. Otras tenían los pisos en declive, y en todas ellas oíase hasta el respirar de los vecinos. En algunas se veían mezquinos arcos de fábrica para sostener el entramado de las escaleras, y abundaba tanto el yeso en la construcción como escaseaban el hierro y la madera. Eran comunes las puertas de cuarterones, los baldosines polvorosos, los cerrojos imposibles de manejar y las vidrieras emplomadas. Mucho de esto ha desaparecido en las renovaciones de estos últimos veinte años; pero la estrechez de las viviendas subsiste.

Creció Bárbara en una atmósfera saturada de olor de sándalo, y las fragancias orientales, juntamente con los vivos colores de la pañolería chinesca, dieron acento poderoso a las impresiones de su niñez. Como se recuerda a las personas más queridas de la familia, así vivieron y viven siempre con dulce memoria en la mente de Barbarita los dos maniquís de tamaño natural vestidos de mandarín que había en la tienda y en los cuales sus ojos aprendieron a ver. La primera cosa que excitó la atención naciente de la niña, cuando estaba en brazos de su niñera, fueron estos dos pasmarotes de semblante lelo y desabrido, y sus magníficos trajes morados. También había por allí una persona a quien la niña miraba mucho, y que la miraba a ella con ojos dulces y cuajados de candoroso chino. Era el retrato de Ayún, de cuerpo entero y tamaño natural, dibujado y pintado con dureza, pero con gran expresión. Mal conocido es en España el nombre de este peregrino artista, aunque sus obras han estado y están a la vista de todo el mundo, y nos son familiares como si fueran obra nuestra. Es el ingenio bordador de los pañuelos de Manila, el inventor del tipo de rameado más vistoso y elegante, el poeta fecundísimo de esos madrigales de crespón compuestos con flores y rimados con pájaros. A este ilustre chino deben las españolas el hermosísimo y característico chal que tanto favorece su belleza, el mantón de Manila, al mismo tiempo señorial y popular, pues lo han llevado en sus hombros

la gran señora y la gitana. Envolverse en él es como vestirse con un cuadro. La industria moderna no inventará nada que iguale a la ingenua poesía del mantón, salpicado de flores, flexible, pegadizo y mate, con aquel fleco que tiene algo de los enredos del sueño y aquella brillantez de color que iluminaba las muchedumbres en los tiempos en que su uso era general. Esta prenda hermosa se va desterrando, y solo el pueblo la conserva con admirable instinto. Lo saca de las arcas en las grandes épocas de la vida, en los bautizos y en las bodas, como se da al viento un himno de alegría en el cual hay una estrofa para la patria. El mantón sería una prenda vulgar si tuviera la ciencia del diseño; no lo es por conservar el carácter de las artes primitivas y populares; es como la leyenda, como los cuentos de la infancia, candoroso y rico de color, fácilmente comprensible y refractario a los cambios de la moda.

Pues esta prenda, esta nacional obra de arte, tan nuestra como las panderetas o los toros, no es nuestra en realidad más que por el uso; se la debemos a un artista nacido a la otra parte del mundo, a un tal Ayún, que consagró a nosotros su vida toda y sus talleres. Y tan agradecido era el buen hombre al comercio español, que enviaba a los de acá su retrato y los de sus catorce mujeres, unas señoras tiesas y pálidas como las que se ven pintadas en las tazas, con los pies increíbles por lo chicos y las uñas increíbles también por lo largas.

Las facultades de Barbarita se desarrollaron asociadas a la contemplación de estas cosas, y entre las primeras conquistas de sus sentidos, ninguna tan segura como la impresión de aquellas flores bordadas con luminosos torzales, y tan frescas que parecía cuajarse en ellas el rocío. En días de gran venta, cuando había muchas señoras en la tienda y los dependientes despleaban sobre el mostrador centenares de pañuelos, la lóbrega tienda semejaba un jardín. Barbarita creía que se podrían coger flores a puñados, hacer ramilletes o guirnaldas, llenar canastillas y adornarse el pelo. Creía que se podrían deshojar y también que tenían olor. Esto era verdad, porque despedían ese tufillo de los embalajes asiáticos, mezcla de sándalo y de resinas exóticas que nos trae a la mente los misterios budistas.

Más adelante pudo la niña apreciar la belleza y variedad de los abanicos que había en la casa, y que eran una de las principales riquezas de ella. Quedábase pasmada cuando veía los dedos de su mamá sacándolos de las perfumadas cajas y abriéndolos como saben abrirlos los que comercian en este artículo, es decir, con un desgaire rápido que no los estropea y que hace ver al público la ligereza de la prenda y el blando rasgueo de las varillas. Barbarita abría cada ojo como los de un ternero cuando su mamá, sentándola

sobre el mostrador, le enseñaba abanicos sin dejárselos tocar; y se embebecía contemplando aquellas figuras tan monas, que no le parecían personas, sino *chinos*, con las caras redondas y tersas como hojitas de rosa, todos ellos risueños y estúpidos, pero muy lindos, lo mismo que aquellas casas abiertas por todos lados y aquellos árboles que parecían matitas de albahaca... ¡Y pensar que los árboles eran el té nada menos, estas hojuelas retorcidas, cuyo zumo se toma para el dolor de barriga...!

Ocuparon más adelante el primer lugar en el tierno corazón de la hija de D. Bonifacio Arnaiz y en sus sueños inocentes, otras preciosidades que la mamá solía mostrarle de vez en cuando, previa amonestación de no tocarlos; objetos labrados en marfil y que debían de ser los juguetes con que los ángeles se divertían en el Cielo. Eran al modo de torres de muchos pisos, o barquitos con las velas desplegadas y muchos remos por una y otra banda; también estuchitos, cajas para guantes y joyas, botones y juegos lindísimos de ajedrez. Por el respeto con que su mamá los cogía y los guardaba, creía Barbarita que contenían algo así como el Viático para los enfermos, o lo que se da a las personas en la iglesia cuando comulgan. Muchas noches se acostaba con fiebre porque no le habían dejado satisfacer su anhelo de coger para sí aquellas monerías. Hubiérase contentado ella, en vista de prohibición tan absoluta, con aproximar la yema del dedo índice al pico de una de las torres; pero ni aun esto... Lo más que se le permitía era poner sobre el tablero de ajedrez que estaba en la vitrina de la ventana enrejada (entonces no había escaparates), todas las piezas de un juego, no de los más finos, a un lado las blancas, a otro las encarnadas.

Barbarita y su hermano Gumersindo, mayor que ella, eran los únicos hijos de D. Bonifacio Arnaiz y de doña Asunción Trujillo. Cuando tuvo edad para ello, fue a la escuela de una tal doña Calixta, sita en la calle Imperial, en la misma casa donde estaba el Fiel Contraste. Las niñas con quienes la de Arnaiz hacía mejores migas, eran dos de su misma edad y vecinas de aquellos barrios, la una de la familia de Moreno, del dueño de la droguería de la calle de Carretas, la otra de Muñoz, el comerciante de hierros de la calle de Tintoreros. Eulalia Muñoz era muy vanidosa, y decía que no había casa como la suya y que daba gusto verla toda llena de unos pedazos de hierro *mu grandes, del tamaño de la caña de doña Calixta*, y tan pesados, tan pesados que ni cuatrocientos hombres los podían levantar. Luego había un sin fin de martillos, garfios, peroles *mu grandes, mu grandes...* «más anchos que este cuarto». Pues, ¿y los paquetes de clavos? ¿Qué cosa había más bonita? ¿Y las llaves que parecían de plata, y las planchas, y los anafres, y otras cosas lindísimas? Sostenía que ella no necesitaba que sus papás le comprasen muñecas,

porque las hacía con un martillo, vistiéndolo con una toalla. ¿Pues y las agujas que había en su casa? No se acertaban a contar. Como que todo Madrid iba allí a comprar agujas, y su papá se carteaba con el fabricante... Su papá recibía miles de cartas al día, y las cartas olían a hierro... como que venían de Inglaterra, donde todo es de hierro, hasta los caminos... «Sí, hija, sí, mi papá me lo ha dicho. Los caminos están embaldosados de hierro, y por allí encima van los coches echando demonios».

Llevaba siempre los bolsillos atestados de chucherías, que mostraba para dejar bizcas a sus amigas. Eran tachuelas de cabeza dorada, corchetes, argollitas pavonadas, hebillas, pedazos de papel de lija, vestigios de muestrarios y de cosas rotas o descabaladas. Pero lo que tenía en más estima, y por esto no lo sacaba sino en ciertos días, era su colección de etiquetas, pedacitos de papel verde, recortados de los paquetes inservibles, y que tenían el famoso escudo inglés, con la jarretiera, el leopardo y el unicornio. En todas ellas se leía: Birmingham. «Veis... este señor *Bermingán* es el que se cartea con mi papá todos los días, en inglés; y son tan amigos, que siempre le está diciendo que vaya allá; y hace poco le mandó, dentro de una caja de clavos, un jamón ahumado que olía como a chamusquina, y un pastelón así, mirad, del tamaño del brasero de doña Calixta, que tenía dentro muchas pasas chiquirrininas, y picaba como la guindilla; pero *mu rico*, hijas, *mu rico*».

La chiquilla de Moreno fundaba su vanidad en llevar papelejos con figuritas y letras de colores, en los cuales se hablaba de píldoras, de barnices o de ingredientes para teñirse el pelo. Los mostraba uno por uno, dejando para el final el gran efecto, que consistía en sacar de súbito el pañuelo y ponerlo en las narices de sus amigas, diciéndoles: *goled*. Efectivamente, quedábanse las otras medio desvanecidas con el fuerte olor de agua de Colonia o de los *siete ladrones*, que el pañuelo tenía. Por un momento, la admiración las hacía enmudecer; pero poco a poco íbanse reponiendo, y Eulalia, cuyo orgullo rara vez se daba por vencido, sacaba un tornillo dorado sin cabeza, o un pedazo de talco, con el cual decía que iba a hacer un espejo. Difícil era borrar la grata impresión y el éxito del perfume. La ferretera, algo corrida, tenía que guardar los trebejos, después de oír comentarios verdaderamente injustos. La de la droguería hacía muchos ascos, diciendo: «¡Uy, cómo apesta eso, hija, guarda, guarda esas ordinarieces!».

Al siguiente día, Barbarita, que no quería dar su brazo a torcer, llevaba unos papelitos muy raros de pasta, todos llenos de garabatos chinescos. Después de darse mucha importancia, haciendo que lo enseñaba y volviéndolo a guardar, con lo cual la curiosidad de las otras llegaba al punto de la desazón nerviosa, de repente ponía el papel en las narices de sus amigas, diciendo en tono triunfal: «¿Y eso?». Quedábanse Castita y

Eulalia atontadas con el aroma asiático, vacilando entre la admiración y la envidia; pero al fin no tenían más remedio que humillar su soberbia ante el olorcillo aquel de la niña de Arnaiz, y le pedían por Dios que las dejase catarlo más. Barbarita no gustaba de prodigar su tesoro, y apenas acercaba el papel a las respingadas narices de las otras, lo volvía a retirar con movimiento de cautela y avaricia, temiendo que la fragancia se marchara por los respiraderos de sus amigas, como se escapa el humo por el cañón de una chimenea. El tiro de aquellos olfatorios era tremendo. Por último, las dos amiguitas y otras que se acercaron movidas de la curiosidad, y hasta la propia doña Calixta, que solía descender a la familiaridad con las alumnas ricas, reconocían, por encima de todo sentimiento envidioso, que ninguna niña tenía cosas tan bonitas como la de la tienda de Filipinas.

Texto 2: *Luc1*

Un día se apartó el conde Lucanor con Patronio, su consejero, y díjole así:

-Patronio, yo fío mucho en el vuestro entendimiento, y sé que lo que vós no entendiéredes, o a lo que no pudiéredes dar consejo, que no a ningún otro hombre que lo pudiese acertar; por ende, vos ruego que me consejedes lo mejor que vós entendiéredes en lo que ahora vos diré:

Vós sabedes muy bien que yo no soy ya muy mancebo, y acaeciόμε así: que desde que fui nascido hasta ahora, que siempre me crié y viví en muy grandes guerras, a veces con cristianos y a veces con moros, y lo demás siempre lo tuve con reis, mis señores y mis vecinos. Y cuando lo tuve con cristianos, como quiera que siempre me guardé que nunca se levantase ninguna guerra a mi culpa, pero no se podía excusar de tomar muy gran daño muchos que lo no merecieron. Y lo uno por esto, y por otros hierros que yo hice contra nuestro señor Dios, y además, porque veo que por hombre del mundo, ni por ninguna manera, non puedo un día solo ser seguro de la muerte, y soy cierto que naturalmente, según la mi edad, non puedo vivir muy luengamente, y sé que he de ir ante Dios, que es tal juez de que no me puedo excusar por palabras ni por otra manera, ni puedo ser juzgado sino por las buenas obras o malas que hubiere hecho; y sé que si por mi desventura fuere fallado en cosa porque Dios con derecho halla de ser contra mí, sé cierto que en ninguna manera no pudiere excusar de ir a las penas del Infierno en que sin fin habré a fincar, y cosa del mundo no me podía y tener pro, y si Dios me hiciere tanta merced porque Él halle en mí tal merecimiento, porque me deba escoger para ser compañero de los sus siervos y ganar el Paraíso, sé por cierto que a este bien y a este placer y a esta gloria, non se puede comparar ningún otro placer del mundo. Y pues este bien y este mal tan grande non se cobra sino por las obras, ruégovos que, según el estado que yo tengo, que cuidedes y me consejedes la manera mejor que entendiéredes porque pueda hacer enmienda a Dios de los hierros que contra Él hice, y pueda haber la su gracia.

-Señor conde Lucanor -dijo Patronio-, mucho me place de todas estas razones que habedes dicho, y señaladamente porque me dijistes que en todo esto vos consejase según el estado que vós tenedes, porque si de otra guisa me lo dijeredes, bien cuidaría que lo dijéredes por me probar según la prueba que el rey hizo a su privado que vos conté el otro día en el ejemplo que vos dije; mas pláceme mucho porque decides que queredes hacer enmienda a Dios de los hierros que hiciestes, guardando vuestro estado y vuestra honra; porque ciertamente, señor conde Lucanor, si vós quisiéredes dejar vuestro estado y tomar

vida de orden o de otro apartamiento, no podríades excusar que vos no acaeciesen dos cosas: la primera, que seríades muy mal juzgado de todas las gentes, porque todos dirían que lo hacíades con mengua de corazón y vos despagávades de vivir entre los buenos; y la otra es que sería muy gran maravilla si pudiédeses sufrir las asperezas de la orden, y si después la hubiédeses a dejar o vivir en ella, no la guardando como debíades, seervos ya muy gran daño para el alma y gran vergüenza y gran denuesto para el cuerpo y para el alma y para la fama. Mas pues este bien queredes hacer, placeme ya que supiédeses lo que mostró Dios a un ermitaño muy santo de lo que había de acontecer a él y al rey Ricardo de Inglaterra.

El conde Lucanor le rogó que le dijiese que cómo fuera aquello.

-Señor conde Lucanor -dijo Patronio-, un ermitaño era hombre de muy buena vida, y hacía mucho bien, y sufría grandes trabajos por ganar la gracia de Dios. Y por ende, hízole Dios tanta merced que le prometió y le aseguró que habría la gloria de Paraíso. El ermitaño agradeció esto mucho a Dios; y creyendo ya de esto seguro, pidió a Dios por merced que le mostrase quién había de ser su compañero en Paraíso. Y como quiera que el Nuestro Señor le enviase decir algunas veces con el ángel que no hacía bien en le demandar tal cosa, pero tanto se afincó en su petición, que tuvo por bien nuestro señor Dios de responderle, y envióle decir por su ángel que el rey Ricardo de Inglaterra y él serían compañeros en Paraíso.

De esta razón no rogo mucho el ermitaño, porque él conocía muy bien al rey y sabía que era hombre muy guerrero y que había muertos y robados y desheredados muchas gentes, y siempre le viera hacer vida muy contraria de la suya, y aun, que parecía muy alongado de la carrera de salvación; y por esto estaba el ermitaño de muy mal talante.

Y desde que nuestro señor Dios lo vio así estar, envióle decir con él su ángel que no se quejase ni se maravillase de lo que le dijera, porque cierto fuese que más servicio hiciera a Dios y más meresciera el rey Ricardo en un salto que saltara, que el ermitaño en cuantas buenas obras hiciera en su vida.

El ermitaño se maravilló ende mucho, y preguntole cómo podía esto ser.

Y el ángel le dijo que supiese que el rey de Francia y el rey de Inglaterra y el rey de Navarra pasaron a Ultramar. Y el día que llegaron al puerto, yendo todos armados para tomar tierra, vieron en la ribera tanta muchedumbre de moros, que tomaron duda si podrían salir a tierra. Entonces el rey de Francia envió decir al rey de Inglaterra que

viniese a aquella nave a donde él estaba y que acordarían cómo habían de hacer. Y el rey de Inglaterra, que estaba en su caballo, cuando esto oyó, dijo al mandadero del rey de Francia que le dijese de su parte que bien sabía que él había hecho a Dios muchos enojos y muchos pesares en este mundo y que siempre le pidiera merced que le trajese a tiempo que le hiciese enmienda por el su cuerpo, y que, loado a Dios, que veía el día que él deseaba mucho; porque si allí muriese, pues había hecho la enmienda que pudiera ante que de su tierra se partiese, y estaba en verdadera penitencia, que era cierto que le habría Dios merced al alma, y que si los moros fuesen vencidos, que tomaría Dios mucho servicio, y serían todos muy de buena ventura.

Y de que esta razón hubo dicha, acomodó el cuerpo y el alma a Dios y pidió le merced que le acorriese, y signóse del signo de la santa Cruz y mandó a los suyos que le ayudasen. Y luego dio de las espuelas al caballo y saltó en la mar contra la ribera donde estaban los moros. Y como quiera que estaban cerca del puerto, no era la mar tan baja que el rey y el caballo no se metiesen todos sobre el agua en guisa que no pareció de ellos ninguna cosa; pero Dios, así como señor tan piadoso y de tan gran poder, y acordándose de lo que dijo en el Evangelio, que no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva, acorrió entonces al rey de Inglaterra, librole de muerte para este mundo y dióle vida perdurable para siempre, y escapole de aquel peligro del agua; y enderezó a los moros.

Y cuando los ingleses vieron hacer esto a su señor, saltaron todos en la mar en pos de él y enderezaron todos a los moros. Cuando los franceses vieron esto, tuvieron que les era mengua grande, lo que ellos nunca solían sufrir, y saltaron luego todos en la mar contra los moros. Y desde que los vieron venir contra sí, y vieron que no dudaban la muerte, y que venían contra ellos tan bravamente, no les osaron esperar, y dejáronles el puerto de la mar y comenzaron a huir. Y desde que los cristianos llegaron al puerto, mataron muchos de los que pudieron alcanzar y fueron muy bien andantes, e hicieron de ese camino mucho servicio a Dios. Y todo este bien vino por aquel salto que hizo el rey Ricardo de Inglaterra.

Cuando el ermitaño esto oyó, rogole ende mucho y entendió que le hacía Dios muy gran merced en querer que fuese él compañero en Paraíso de hombre que tal servicio hiciera a Dios, y tanto ensalzamiento en la fe católica.

Y vós, señor conde Lucanor, si queredes servir a Dios y hacerle enmienda de los enojos que le habedes hecho, guísate que, ante que partades de vuestra tierra, enmendedes lo que habedes hecho a aquellos que entendedes que hiciestes algún daño. Y haced penitencia de vuestros pecados, y no paredes al ufana del mundo sin pro, y que es toda vanidad, ni

creades a muchos que vos dirán que hagades mucho por la valía. Y esta valía dicen ellos por mantener muchas gentes, y no catan si han de que lo pueden cumplir, y no paran cómo acabaron o cuántos fincaron de los que no cataron sino por esta que ellos llaman gran valía o cómo son poblados los sus solares. Y vós, señor conde Lucanor, pues decides que queredes servir a Dios y hacerle enmienda de los enojos que le hiciestes, no querades seguir esta carrera que es de ufana y llena de vanidad. Mas, pues Dios vos pobló en tierra que le podades servir contra los moros, tan bien por mar como por tierra, haced vuestro poder porque seades seguro de lo que dejades en vuestra tierra. Y esto fincando seguro, y habiendo hecho enmienda a Dios de los hierros que hiciestes, porque estedes en verdadera penitencia, porque de los bienes que hiciertes hallades de todos merecimiento, y haciendo esto podedes dejar todo, y estar siempre en servicio de Dios y acabar así vuestra vida. Y haciendo esto, tengo que ésta es la mejor manera que vós podedes tomar para salvar el alma, guardando vuestro estado y vuestra honra. Y debes creer que por estar en servicio de Dios no moriréis antes, ni viviredes más por estar en vuestra tierra. Y si muriéredes en servicio de Dios, viviendo en la manera que vos yo he dicho, seredes mártir y muy bien aventurado, y aunque no murades por armas, la buena voluntad y las buenas obras vos harán mártir, y aun los que mal quisieren decir, no podrían; porque ya todos ven que no dejades nada de lo que debes hacer de caballería, mas queredes ser caballero de Dios y dejades de ser caballero del diablo y de la ufana del mundo, que es fallecedera.

Ahora, señor conde, vos he dicho el mío consejo según me lo pedistes, de lo que yo entiendo cómo podedes mejor salvar el alma según el estado que tenedes. Y semejaredes a lo que hizo el rey Ricardo de Inglaterra en el santo y buen hecho que hizo.

Al conde Lucanor rogó mucho del consejo que Patronio le dio, y rogó a Dios que le guisase que lo pueda hacer como él lo decía y como el conde lo tenía en corazón.

Y veyendo don Johan que este ejemplo era bueno, mandólo poner en este libro, e hizo estos versos en que se entiende abreviadamente todo el ejemplo. Y los versos dicen así:

Quien por caballero se tuviere,
más debe desear este salto
que no si en la orden se metiere,
o se encerrase tras muro alto.

Texto 3: *Niebla*

Al oír esto quedóse el pobre hombre mirándome un rato con una de esas miradas perforadoras que parecen atravesar la mira a ir más allá, miró luego un momento a mi retrato al óleo que preside a mis libros, le volvió el color y el aliento, fue recobrándose, se hizo dueño de sí, apoyó los codos en mi camilla, a que estaba arrimado frente a mí y, la cara en las palmas de las manos y mirándome con una sonrisa en los ojos, me dijo lentamente:

—Mire usted bien, don Miguel... no sea que esté usted equivocado y que ocurra precisamente todo lo contrario de lo que usted se cree y me dice.

—Y ¿qué es lo contrario? —le pregunté alarmado de verle recobrar vida propia.

—No sea, mi querido don Miguel —añadió—, que sea usted y no yo el ente de ficción, el que no existe en realidad, ni vivo, ni muerto... No sea que usted no pase de ser un pretexto para que mi historia llegue al mundo...

—¡Eso más faltaba! —exclamé algo molesto.

—No se exalte usted así, señor de Unamuno —me replicó—, tenga calma. Usted ha manifestado dudas sobre mi existencia...

—Dudas no —le interrumpí—; certeza absoluta de que tú no existes fuera de mi producción novelesca.

—Bueno, pues no se incomode tanto si yo a mi vez dudo de la existencia de usted y no de la mía propia. Vamos a cuentas: ¿no ha sido usted el que no una sino varias veces ha dicho que don Quijote y Sancho son no ya tan reales, sino más reales que Cervantes?

—No puedo negarlo, pero mi sentido al decir eso era...

—Bueno, dejémonos de esos sentires y vamos a otra cosa. Cuando un hombre dormido a inerte en la cama sueña algo, ¿qué es lo que más existe, él como conciencia que sueña, o su sueño?

—¿Y si sueña que existe él mismo, el soñador? —le repliqué a mi vez. —En ese caso, amigo don Miguel, le pregunto yo a mi vez, ¿de qué manera existe él, como soñador que se sueña, o como soñado por sí mismo? Y fíjese, además, en que al admitir esta discusión conmigo me reconoce ya existencia independiente de sí.

—¡No, eso no!, ¡eso no! —le dije vivamente—. Yo necesito discutir, sin discusión no vivo y sin contradicción, y cuando no hay fuera de mí quien me discuta y contradiga invento dentro de mí quien lo haga. Mis monólogos son diálogos.

—Y acaso los diálogos que usted forje no sean más que monólogos...

—Puede ser. Pero te digo y repito que tú no existes fuera de mí...

—Y yo vuelvo a insinuarle a usted la idea de que es usted el que no existe fuera de mí y de los demás personajes a quienes usted cree haber inventado. Seguro estoy de que serían de mi opinión don Avito Carrascal y el gran don Fulgencio...

—No mientes a ese...

—Bueno, basta, no le moteje usted. Y vamos a ver, ¿qué opina usted de mi suicidio?

—Pues opino que como tú no existes más que en mi fantasía, te lo repito, y como no debes ni puedes hacer sino lo que a mí me dé la gana, y como no me da la real gana de que te suicides, no te suicidarás. ¡Lo dicho!

—Eso de no me da la real gana, señor de Unamuno, es muy español, pero es muy feo. Y además, aun suponiendo su peregrina teoría de que yo no existo de veras y usted sí, de que yo no soy más que un ente de ficción, producto de la fantasía novelesca o nivolesca de usted, aun en ese caso yo no debo estar sometido a lo que llama usted su real gana, a su capricho. Hasta los llamados entes de ficción tienen su lógica interna...

—Sí, conozco esa cantata.

—En efecto; un novelista, un dramaturgo, no pueden hacer en absoluto lo que se les antoje de un personaje que creen; un ente de ficción novelesca no puede hacer, en buena ley de arte, lo que ningún lector esperaría que hiciese...

—Un ser novelesco tal vez...

—¿Entonces?

—Pero un ser nivolesco...

—Dejemos esas bufonadas que me ofenden y me hieren en lo más vivo. Yo, sea por mí mismo, según creo, sea porque usted me lo ha dado, según supone usted, tengo mi carácter, mi modo de ser, mi lógica interior, y esta lógica me pide que me suicide...

—¡Eso te crearás tú, pero te equivocas!

—A ver, ¿por qué me equivoco?, ¿en qué me equivoco? Muéstreme usted en qué está mi equivocación. Como la ciencia más difícil que hay es la de conocerse uno a sí mismo, fácil es que esté yo equivocado y que no sea el suicidio la solución más lógica de mis desventuras, pero demuéstremelo usted. Porque si es difícil, amigo don Miguel, ese conocimiento propio de sí mismo, hay otro conocimiento que me parece no menos difícil que el...

—¿Cuál es? —le pregunté. Me miró con una enigmática y socarrona sonrisa y lentamente me dijo:

—Pues más difícil aún que el que uno se conozca a sí mismo es el que un novelista o un autor dramático conozca bien a los personajes que finge o cree fingir...

Empezaba yo a estar inquieto con estas salidas de Augusto, y a perder mi paciencia. —E insisto —añadió— en que aun concedido que usted me haya dado el ser y un ser ficticio, no puede usted, así como así y porque sí, porque le dé la real gana, como dice, impedirme que me suicide.

—¡Bueno, basta!, ¡basta! —exclamé dando un puñetazo en la camilla— ¡cállate!, ¡no quiero oír más impertinencias...! ¡Y de una criatura mía! Y como ya me tienes hartos y además no sé ya qué hacer de ti, decido ahora mismo no ya que no te suicides, sino matarte yo. ¡Vas a morir, pues, pero pronto! ¡Muy pronto!

—¿Cómo? —exclamó Augusto sobresaltado—, ¿que me va usted a dejar morir, a hacerme morir, a matarme?

—¡Sí, voy a hacer que mueras!

—¡Ah, eso nunca!, ¡nunca!, ¡nunca! —gritó. —¡Ah! —le dije mirándole con lástima y rabia—. ¿Conque estabas dispuesto a matarte y no quieres que yo te mate? ¿Conque ibas a quitarte la vida y te resistes a que te la quite yo?

—Sí, no es lo mismo...

—En efecto, he oído contar casos análogos. He oído de uno que salió una noche armado de un revólver y dispuesto a quitarse la vida, salieron unos ladrones a robarle, le atacaron, se defendió, mató a uno de ellos, huyeron los demás, y al ver que había comprado su vida por la de otro renunció a su propósito.

—Se comprende —observó Augusto—; la cosa era quitar a alguien la vida, matar un hombre, y ya que mató a otro, ¿a qué había de matarse? Los más de los suicidas son homicidas frustrados; se matan a sí mismos por falta de valor para matar a otros...

—¡Ah, ya, te entiendo, Augusto, te entiendo! Tú quieres decir que si tuvieses valor para matar a Eugenia o a Mauricio o a los dos no pensarías en matarte a ti mismo, ¿eh?

—¡Mire usted, precisamente a esos... no!

—¿A quién, pues?

—¡A usted! —y me miró a los ojos.

—¿Cómo? —exclamé poniéndome en pie—, ¿cómo? Pero ¿se te ha pasado por la imaginación matarme?, ¿tú?, ¿y a mí?

—Siéntese y tenga calma. ¿O es que cree usted, amigo don Miguel, que sería el primer caso en que un ente de ficción, como usted me llama, matara a aquel a quien creyó darle ser... ficticio?

—¡Esto ya es demasiado —decía yo paseándome por mi despacho—, esto pasa de la raya! Esto no sucede más que... —Más que en las novelas —concluyó él con sorna.

—¡Bueno, basta!, ¡basta!, ¡basta! ¡Esto no se puede tolerar! ¡Vienes a consultarme, a mí, y tú empiezas por discutirme mi propia existencia, después el derecho que tengo a hacer de ti lo que me dé la real gana, sí, así como suena, lo que me dé la real gana, lo que me salga de...

—No sea usted tan español, don Miguel...

—¡Y eso más, mentecato! ¡Pues sí, soy español, español de nacimiento, de educación, de cuerpo, de espíritu, de lengua y hasta de profesión y oficio; español sobre todo y ante todo, y el españolismo es mi religión, y el cielo en que quiero creer es una España celestial y eterna y mi Dios un Dios español, el de Nuestro Señor Don Quijote, un Dios que piensa en español y en español dijo: ¡sea la luz!, y su verbo fue verbo español...

—Bien, ¿y qué? —me interrumpió, volviéndome a la realidad.

—Y luego has insinuado la idea de matarme. ¿Matarme?, ¿a mí?, ¿tú? ¡Morir yo a manos de una de mis criaturas! No tolero más. Y para castigar tu osadía y esas doctrinas disolventes, extravagantes, anárquicas, con que te me has venido, resuelvo y fallo que te mueras. En cuanto llegues a tu casa te morirás. ¡Te morirás, te lo digo, te morirás!

—Pero ¡por Dios!... —exclamó Augusto, ya suplicante y de miedo tembloroso y pálido.

—No hay Dios que valga. ¡Te morirás!

—Es que yo quiero vivir, don Miguel, quiero vivir, quiero vivir...

—¿No pensabas matarte?

—¡Oh, si es por eso, yo le juro, señor de Unamuno, que no me mataré, que no me quitaré esta vida que Dios o usted me han dado; se lo juro... Ahora que usted quiere matarme quiero yo vivir, vivir, vivir...

—¡Vaya una vida! —exclamé.

—Sí, la que sea. Quiero vivir, aunque vuelva a ser burlado, aunque otra Eugenia y otro Mauricio me desgarran el corazón. Quiero vivir, vivir, vivir...

—No puede ser ya... no puede ser...

—Quiero vivir, vivir... y ser yo, yo, yo...

—Pero si tú no eres sino lo que yo quiera...

—¡Quiero ser yo, ser yo!, ¡quiero vivir! —y le lloraba la voz.

—No puede ser... no puede ser...

—Mire usted, don Miguel, por sus hijos, por su mujer, por lo que más quiera...

Mire que usted no será usted... que se morirá. Cayó a mis pies de hinojos, suplicante y exclamando:

—¡Don Miguel, por Dios, quiero vivir, quiero ser yo!

—¡No puede ser, pobre Augusto —le dije cogiéndole una mano y levantándole—, no puede ser! Lo tengo ya escrito y es irrevocable; no puedes vivir más. No sé qué hacer ya de ti. Dios, cuando no sabe qué hacer de nosotros, nos mata. Y no se me olvida que pasó por tu mente la idea de matarme...

—Pero si yo, don Miguel...

—No importa; sé lo que me digo. Y me temo que, en efecto, si no te mato pronto acabes por matarme tú.

—Pero ¿no quedamos en que...?

—No puede ser, Augusto, no puede ser. Ha llegado tu hora. Está ya escrito y no puedo volverme atrás. Te morirás. Para lo que ha de valerte ya la vida...

—Pero... por Dios...

—No hay pero ni Dios que valgan. ¡Vete!

—¿Conque no, eh? —me dijo—, ¿conque no? No quiere usted dejarme ser yo, salir de la niebla, vivir, vivir, vivir, verme, oírme, tocarme, sentirme, dolerme, serme: ¿conque no lo quiere?, ¿conque he de morir ente de ficción? Pues bien, mi señor creador don Miguel, ¡también usted se morirá, también usted, y se volverá a la nada de que salió...! ¡Dios dejará de soñarle! ¡Se morirá usted, sí, se morirá, aunque no lo quiera; se morirá usted y se morirán todos los que lean mi historia, todos, todos, todos sin quedar uno! ¡Entes de ficción como yo; lo mismo que yo! Se morirán todos, todos, todos. Os lo digo yo, Augusto Pérez, ente ficticio como vosotros, nivolesco lo mismo que vosotros. Porque usted, mi creador, mi don Miguel, no es usted más que otro ente nivolesco, y entes nivolescos sus lectores, lo mismo que yo, que Augusto Pérez, que su víctima...

—¿Víctima? —exclamé.

—¡Víctima, sí! ¡Crear me para dejarme morir!, ¡usted también se morirá! El que crea se crea y el que se crea se muere. ¡Morirá usted, don Miguel, morirá usted, y morirán todos los que me piensen! ¡A morir, pues!

Este supremo esfuerzo de pasión de vida, de ansia de inmortalidad, le dejó extenuado al pobre Augusto. Y le empujé a la puerta, por la que salió cabizbajo. Luego se tanteó como si dudase ya de su propia existencia. Yo me enjuagué una lágrima furtiva.

Texto 4: *Quijote I*

-¿Sabéis lo que pasa en el lugar, compañeros?

-¿Cómo lo podemos saber? -respondió uno dellos.

-Pues sabed -prosiguió el mozo- que murió esta mañana aquel famoso pastor estudiante llamado Grisóstomo, y se murmura que ha muerto de amores de aquella endiablada moza de Marcela, la hija de Guillermo el rico, aquélla que se anda en hábito de pastora por esos andurriales.

-¿Por Marcela dirás? -dijo uno.

-Por ésa digo -respondió el cabrero-. Y es lo bueno que mandó en su testamento que le enterrasen en el campo, como si fuera moro, y que sea al pie de la peña donde está la fuente del alcornoque, porque, según es fama, y él dicen que lo dijo, aquel lugar es adonde él la vio la vez primera. Y también mandó otras cosas, tales, que los abades del pueblo dicen que no se han de cumplir, ni es bien que se cumplan, porque parecen de gentiles. A todo lo cual responde aquel gran su amigo Ambrosio, el estudiante, que también se vistió de pastor con él, que se ha de cumplir todo, sin faltar nada, como lo dejó mandado Grisóstomo, y sobre esto anda el pueblo alborotado; mas, a lo que se dice, en fin se hará lo que Ambrosio y todos los pastores sus amigos quieren; y mañana le vienen a enterrar con gran pompa adonde tengo dicho. Y tengo para mí que ha de ser cosa muy de ver; a lo menos, yo no dejaré de ir a verla, si supiese no volver mañana al lugar.

-Todos haremos lo mismo -respondieron los cabreros-, y echaremos suertes a quién ha de quedar a guardar las cabras de todos.

-Bien dices, Pedro -dijo uno de ellos-; aunque no será menester usar de esa diligencia: que yo me quedaré por todos. Y no lo atribuyas a virtud y a poca curiosidad mía, sino a que no me deja andar el garrancho que el otro día me pasó este pie.

-Con todo eso, te lo agradecemos -respondió Pedro.

Y don Quijote rogó a Pedro le dijese qué muerto era aquél y qué pastora aquélla; a lo cual Pedro respondió que lo que sabía era que el muerto era un hijodalgo rico, vecino de un lugar que estaba en aquellas sierras, el cual había sido estudiante muchos años en Salamanca, al cabo de los cuales había vuelto a su lugar, con opinión de muy sabio y muy leído.

-Principalmente, decían que sabía la ciencia de las estrellas, y de lo que pasan, allá en el cielo, el sol y la luna; porque puntualmente nos decía el cris del sol y de la luna.

-*Eclipse* se llama, amigo, que no *cris*, el escurecerse esos dos luminares mayores -dijo don Quijote.

Mas Pedro, no reparando en niñerías, prosiguió su cuento diciendo:

-Asimesmo adivinaba cuándo había de ser el año abundante o estil.

-*Estéril* queréis decir, amigo -dijo don Quijote.

-*Estéril* o *estil* -respondió Pedro-, todo se sale allá. Y digo que con esto que decía se hicieron su padre y sus amigos, que le daban crédito, muy ricos, porque hacían lo que él les aconsejaba, diciéndoles: «Sembrad este año cebada, no trigo; en éste podéis sembrar garbanzos, y no cebada; el que viene será de guilla de aceite; los tres siguientes no se cogerá gota».

-Esa ciencia se llama Astrología -dijo don Quijote.

-No sé yo cómo se llama -replicó Pedro-; mas sé que todo esto sabía, y aún más. Finalmente, no pasaron muchos meses después que vino de Salamanca, cuando un día remaneció vestido de pastor, con su cayado y pellico, habiéndose quitado los hábitos largos que como escolar traía, y juntamente se vistió con él de pastor otro su grande amigo, llamado Ambrosio, que había sido su compañero en los estudios. Olvidábaseme de decir como Grisóstomo, el difunto, fue grande hombre de componer coplas; tanto, que él hacía los villancicos para la noche del Nacimiento del Señor, y los autos para el día de Dios, que los representaban los mozos de nuestro pueblo, y todos decían que eran por el cabo. Cuando los del lugar vieron tan de improviso vestidos de pastores a los dos escolares, quedaron admirados, y no podían adivinar la causa que les había movido a hacer aquella tan extraña mudanza. Ya en este tiempo era muerto el padre de nuestro Grisóstomo, y él quedó heredado en mucha cantidad de hacienda, así en muebles como en raíces, y en no pequeña cantidad de ganado, mayor y menor, y en gran cantidad de dineros; de todo lo cual quedó el mozo señor desoluto, y en verdad que todo lo merecía: que era muy buen compañero y caritativo y amigo de los buenos, y tenía una cara como una bendición. Después se vino a entender que el haberse mudado de traje no había sido por otra cosa que por andarse por estos despoblados en pos de aquella pastora Marcela que nuestro zagal nombró denantes, de la cual se había enamorado el pobre difunto de Grisóstomo. Y quiéroos decir agora, porque es bien que lo sepáis, quién es esta rapaza:

quizá, y aun sin quizá, no habréis oído semejante cosa en todos los días de vuestra vida, aunque viváis más años que sarna.

-Decid *Sarra* -replicó don Quijote, no pudiendo sufrir el trocar de los vocablos del cabrero.

-Harto vive la sarna -respondió Pedro-; y si es, señor, que me habéis de andar zaheriendo a cada paso los vocablos, no acabaremos en un año.

-Perdonad, amigo -dijo don Quijote-; que por haber tanta diferencia de *sarna* a *Sarra* os lo dije; pero vos respondistes muy bien, porque vive más *sarna* que *Sarra*; y proseguid vuestra historia, que no os replicaré más en nada.

-Digo, pues, señor mío de mi alma -dijo el cabrero-, que en nuestra aldea hubo un labrador aún más rico que el padre de Grisóstomo, el cual se llamaba Guillermo, y al cual dio Dios, amén de las muchas y grandes riquezas, una hija, de cuyo parto murió su madre, que fue la más honrada mujer que hubo en todos estos contornos. No parece sino que ahora la veo, con aquella cara que del un cabo tenía el sol y del otro la luna; y, sobre todo, hacendosa y amiga de los pobres, por lo que creo que debe de estar su ánima a la hora de ahora gozando de Dios en el otro mundo. De pesar de la muerte de tan buena mujer murió su marido Guillermo, dejando a su hija Marcela, muchacha y rica, en poder de un tío suyo sacerdote y beneficiado en nuestro lugar. Creció la niña con tanta belleza, que nos hacía acordar de la de su madre, que la tuvo muy grande; y, con todo esto, se juzgaba que le había de pasar la de la hija. Y así fue que cuando llegó a edad de catorce a quince años, nadie la miraba que no bendecía a Dios, que tan hermosa la había criado, y los más quedaban enamorados y perdidos por ella. Guardábala su tío con mucho recato y con mucho encerramiento; pero, con todo esto, la fama de su mucha hermosura se extendió de manera, que así por ella como por sus muchas riquezas, no solamente de los de nuestro pueblo, sino de los de muchas leguas a la redonda, y de los mejores dellos, era rogado, solicitado e importunado su tío se la diese por mujer. Mas él, que a las derechas es buen cristiano, aunque quisiera casarla luego, así como la vía de edad, no quiso hacerlo sin su consentimiento, sin tener ojo a la ganancia y granjería que le ofrecía el tener la hacienda de la moza dilatando su casamiento. Y a fe que se dijo esto en más de un corrillo en el pueblo, en alabanza del buen sacerdote; que quiero que sepa, señor andante, que en estos lugares cortos de todo se trata y de todo se murmura; y tened para vos, como yo tengo para mí, que debía de ser demasidamente bueno el clérigo que obliga a sus feligreses a que digan bien dél, especialmente en las aldeas.

-Así es la verdad -dijo don Quijote-, y proseguí adelante; que el cuento es muy bueno, y vos, buen Pedro, le contáis con muy buena gracia.

-La del Señor no me falte, que es la que hace al caso. Y en lo demás sabréis que, aunque el tío proponía a la sobrina y le decía las calidades de cada uno, en particular, de los muchos que por mujer la pedían, rogándole que se casase y escogiese a su gusto, jamás ella respondió otra cosa sino que por entonces no quería casarse, y que, por ser tan muchacha, no se sentía hábil para poder llevar la carga del matrimonio. Con estas que daba, al parecer justas excusas, dejaba el tío de importunarla, y esperaba a que entrase algo más en edad y ella supiese escoger compañía a su gusto. Porque decía él, y decía muy bien, que no habían de dar los padres a sus hijos estado contra su voluntad. Pero hételo aquí, cuando no me cato, que remanece un día la melindrosa Marcela hecha pastora; y, sin ser parte su tío ni todos los del pueblo, que se lo desaconsejaban, dio en irse al campo con las demás zagalas del lugar, y dio en guardar su mismo ganado. Y así como ella salió en público y su hermosura se vio al descubierto, no os sabré buenamente decir cuántos ricos mancebos, hidalgos y labradores, han tomado el traje de Grisóstomo y la andan requebrando por esos campos; uno de los cuales, como ya está dicho, fue nuestro difunto, del cual decían que la dejaba de querer, y la adoraba. Y no se piense que porque Marcela se puso en aquella libertad y vida tan suelta y de tan poco, o de ningún recogimiento, que por eso ha dado indicio, ni por semejas, que venga en menoscabo de su honestidad y recato; antes es tanta y tal la vigilancia con que mira por su honra, que de cuantos la sirven y solicitan ninguno se ha alabado, ni con verdad se podrá alabar, que le haya dado alguna pequeña esperanza de alcanzar su deseo. Que, puesto que no huye ni se esquivo de la compañía y conversación de los pastores, y los trata cortés y amigablemente, en llegando a descubrirle su intención cualquiera dellos, aunque sea tan justa y santa como la del matrimonio, los arroja de sí como con un trabuco. Y con esta manera de condición hace más daño en esta tierra que si por ella entrara la pestilencia; porque su afabilidad y hermosura atrae los corazones de los que la tratan a servirla y a amarla; pero su desdén y desengaño los conduce a términos de desesperarse, y así, no saben qué decirle, sino llamarla a voces cruel y desagradecida, con otros títulos a éste semejantes, que bien la calidad de su condición manifiestan. Y si aquí estuviédes, señor, algún día, veríades resonar estas sierras y estos valles con los lamentos de los desengañados que la siguen. No está muy lejos de aquí un sitio donde hay casi dos docenas de altas hayas, y no hay ninguna que en su lisa corteza no tenga grabado y escrito el nombre de Marcela, y encima

de alguna, una corona grabada en el mismo árbol, como si más claramente dijera su amante que Marcela la lleva y la merece de toda la hermosura humana. Aquí sospira un pastor, allí se queja otro; acullá se oyen amorosas canciones, acá desesperadas endechas. Cuál hay que pasa todas las horas de la noche sentado al pie de alguna encina o peñasco, y allí, sin plegar los llorosos ojos, embebecido y transportado en sus pensamientos, le halló el sol a la mañana, y cuál hay que, sin dar vado ni tregua a sus suspiros, en mitad del ardor de la más enfadosa siesta del verano, tendido sobre la ardiente arena, envía sus quejas al piadoso cielo. Y déste y de aquél, y de aquéllos y de éstos, libre y desenfadadamente triunfa la hermosa Marcela, y todos los que la conocemos estamos esperando en qué ha de parar su altivez, y quién ha de ser el dichoso que ha de venir a domeñar condición tan terrible y gozar de hermosura tan extremada. Por ser todo lo que he contado tan averiguada verdad, me doy a entender que también lo es la que nuestro zagal dijo que se decía de la causa de la muerte de Grisóstomo. Y así, os aconsejo, señor, que no dejéis de hallaros mañana a su entierro, que será muy de ver, porque Grisóstomo tiene muchos amigos, y no está de este lugar a aquél donde manda enterrarse media legua.

-En cuidado me lo tengo -dijo don Quijote-, y agradézcoos el gusto que me habéis dado con la narración de tan sabroso cuento.

-¡Oh! -replicó el cabrero-; aún no sé yo la mitad de los casos sucedidos a los amantes de Marcela; mas podría ser que mañana topásemos en el camino algún pastor que nos los dijese. Y por ahora, bien será que os vais a dormir debajo de techado, porque el sereno os podría dañar la herida; puesto que es tal la medicina que se os ha puesto, que no hay que temer de contrario accidente.

Sancho Panza, que ya daba al diablo el tanto hablar del cabrero, solicitó, por su parte, que su amo se entrase a dormir en la choza de Pedro. Hízolo así, y todo lo más de la noche se le pasó en memorias de su señora Dulcinea, a imitación de los amantes de Marcela. Sancho Panza se acomodó entre Rocinante y su jumento, y durmió, no como enamorado desfavorecido, sino como hombre molido a coces.

Texto 5: *Patranuelo*1

Para entendimiento de la presente patraña, es de saber que hay en Roma, dentro de los muros de ella, al pie del monte Aventino, una piedra a modo de molino grande, que en medio de ella tiene una cara, casi la media de león y la media de hombre, con una boca abierta, la cual hoy en día se llama la Piedra de la Verdad. Es el caso, pues, que en el tiempo que en tan famosísima ciudad reinaba la gentilidad y en sus oráculos y templos se regían y gobernaban por caracteres y respuestas de demonios, que encerrados en los ídolos a sus propósitos e invenciones tenían dedicados, de esta misma manera estaba encerrado un demonio en la dicha Piedra de la Verdad; la cual tenía tal propiedad, que los que iban a jurar para hacer alguna salva o satisfacción de lo que le inculpaban, metían la mano en la boca, y si no decían la verdad de lo que les era interrogado, el ídolo o piedra cerraba la boca y les apretaba la mano, de tal manera que era imposible poderla sacar hasta que confesaban el delito en que habían caído; y si no tenían culpa, ninguna fuerza les hacía la piedra, y así eran salvos y sueltos del crimen que les era impuesto, y con gran triunfo les volvían su fama y libertad; y por el consiguiente, si eran culpados, les castigaban según el caso y las leyes romanas con todo rigor lo permitían.

Durante este rito y ceremonia diabólica por muy gran tiempo, acaeció que había en Roma un famosísimo capitán romano llamado Cepión Torcato, de la línea Cesarina. Este tenía por mujer una matrona romana, la más afamada en virtudes y gentileza que había en toda Roma, de la casa Sabela, llamada Enea Sabelina, de edad de veintitrés años, en toda perfección mujeril según naturaleza. En esta sazón, como se rebelasen contra los romanos los del Danubio y Transilvania, fue forzado a los romanos enviar ejército contra ellos para reducirlos a la obediencia suya, y con él fue elegido que fuese este capitán Cepión Torcato, en la cual jornada estuvo algún tiempo, que las cosas de la guerra no se definieron tan presto como acaecer suelen. En este comedio vino del estudio de Atenas un mancebo de edad de veintitrés años, muy famosísimo doctor de medicina, así en letras como en toda experiencia de plática. Era patricio y natural romano de la casa Ursina, llamado Arsenio Rufo, hombre de muy gentil gracia y afable conversación, y sabio, que por tal era tenido en toda Roma. En esta coyuntura vino nueva cómo el ejército de los romanos que había ido sobre los del Danubio y Transilvania, era casi roto y muchos de los principales capitanes muertos; por la cual nueva y sobresalto esta gentil matrona cayó muy mala. En tal extremo vino, que todos los médicos que curaban de ella dudaban de su salud, y siendo conocida la ventaja que a todos los médicos de Roma este Arsenio Rufo

tenía, fue importunado por algunos parientes y amigos que visitase esta dicha señora Enea Sabelina; el cual en sus visitas fue cautivo (el bueno del doctor) de sus amores, y cuanto más ponía diligencia en su salud, tanto cada día iba más empeorando en su ciega codicia y vano pensamiento. Y con la frecuentación de las visitas y menudas pláticas, estando ya buena, tuvo el doctor lugar de manifestarle el secreto de su afligido corazón, lo cual a ella no le pesó mucho viéndole tan apasionado por sus amores, por verle tan gentilhombre en todas sus cosas y casi de su edad, y que el linaje de los dos era conforme. Tanteando todo esto, vínole también al pensamiento que si su marido en la guerra fuese muerto, que no podía casar con otro que mejor le cuadrase que con él; y por otra parte se le ponía delante cuán abominable y vituperable cosa era a las matronas romanas caer en semejantes delitos; y así, vagueando con estos pensamientos, y el doctor continuando con sus molestias, vino ella a conceder a la petición de su requebrado, con tal que esto fuese muy secreto, porque no cayese en la infamia y pena que las romanas matronas caían que semejante caso de adulterio cometían, en especial estando los maridos ausentes en la guerra o en otro cualquier lugar que en servicio fuese de la república. Él, como no deseaba cosa más que poner en efecto su deseo y enamorada pasión, con muchos juramentos y promesas vanas, como hoy en día suelen hacer los mundanos hombres en semejantes casos a las mujeres livianas, vino a ponerse por obra lo que los dos tanto deseaban.

Turó algún tiempo esta conversación y todo lo más secreto que fue posible, aunque no tanto como convenía en caso tan peligroso, pues habiendo sentimiento los parientes del marido de este negocio, por los indicios y apariencias que en tal caso suelen acontecer, avisaron al capitán Cepión Torcato que con algún achaque demandase licencia para venir a Roma a un cierto caso que le importaba, que era cosa que le iba mucho en ello, que muy presto se volvería al campo. Y como los romanos ya tenían recuperado lo perdido y sujetado a sus enemigos y tratado cierta tregua con ellos para darse concierto en la paz, hubo lugar y sazón para concederle al dicho capitán Torcato licencia de venir a Roma y lo más presto que pudiese, se volviese al campo. Y así, vino a Roma y fue muy bien recibido, así de su mujer como de todos sus parientes y amigos, aunque no del señor doctor Arsenio Rufo, por la cesación de la accidental gloria que gozaba de sus amores, ni tampoco de su mujer en lo intrínseco y secreto de su corazón, por el amor que ya tenía puesto con el doctor y temor de lo hecho, no fuese por alguna manera descubierto. El dicho capitán, informado de sus parientes del caso y de los indicios y apariencias que para esto la sospecha les había puesto, como hombre prudente y sagacísimo, por mucho que quería a su mujer y por la gran confianza que de ella tenía, no dio del todo crédito a la

información que le dieron, pero recatadamente miraba si en algo podía ver o sentir alguna señal que le hiciese cierto del caso sin dar parte a ninguna persona, ni tampoco a la mujer de cosa alguna, antes la acariciaba y mostraba más amor y voluntad que nunca. Y con esta disimulación, pasaba el tiempo sin ver ni sentir cosa de que certificado estuviese. Y llegándose ya cerca el tiempo y término que le habían dado para volver al ejército, estando una noche con su mujer, con todo regocijo y pasatiempo, con la mayor disimulación y sentimiento que pudo, le comenzó de proponer de esta suerte:

-Muy amada y querida mujer: saben los dioses cuánta pasión, pena y tormento llevó mi triste y afligido corazón y ha pasado en todo este tiempo que de vuestra presencia ha estado ausente; y aun de nuevo ahora me recrece en esta tornada que me es forzado de volver al campo y ejercitar mi oficio y gobierno según que por el senado me es encomendado. Y porque, según el común proverbio dice, que no hay mejor medicina para curar cualquier llaga que está escondida que es manifestarla, yo, señora mía, he determinado de manifestaros una, que, por sospecha, lastima en grandísima manera mi corazón.

La astuta romana, con gran disimulación, en el momento fue al cabo de su proposición, y con toda serenidad y audacia, proveyendo a todos sus sentidos que estuviesen sobre aviso porque no diesen ninguna señal de alteración con que se pudiese tomar algún conocimiento de su yerro y culpa, disimulando, dijo:

-Por cierto, mi señor y marido, que ya sabéis vos lo que tenéis en esta vuestra Enea Sabelina, que vuestra pena, pasión y trabajo o fatiga es mía propia; y por eso, con razón sería muy feo caso y muestra muy evidente de gran desamor entre dos personas que tanto se aman y en todo son tan conformes, no manifestarse lo que sienten. Por eso, señor mío, os suplico que no me pongáis en términos que de vos algo sospeche, sino pues que sabéis que los dos somos una misma cosa, mucha razón es que entre nosotros no haya cosa celada ni fingida, sino un corazón, una voluntad y un querer, como las leyes lo amonestan y los dioses nos lo mandan.

En todo cuanto decía esta astuta romana, no dejaba de derramar algunas lágrimas, fingiendo palabras cariciosas de muy grande amor; por las cuales el marido medio satisfecho, comenzó a decirle:

-Manifiesto os es, señora mía, por las señales que exteriormente visteis, la pasión y pena con que mi corazón se apartó de vos cuando me partí para esta guerra que entre las manos tenemos de los númidas y transilvanos, que fue tanta que se puede bien comparar a la de cuando el ánima inmortal se aparta de esta carne corrupta mundana; y con esta

mortal pasión seguí mi pelegrina jornada ejercitando el oficio de capitán como me es encomendado, con más temor de haberos de perder que no de los peligros que me podían venir de la peligrosa guerra por la multitud de los enemigos. Y con esta imaginación y pensamiento, estando una noche después de la centinela de prima reposando del trabajo del cuerpo, aunque no del espíritu por el cuidado que me ponían mis pensamientos, ni bien durmiendo ni velando, soñé que estabais, señora mía, mala de una enfermedad de que muy poca esperanza se tenía de vuestra vida. Aunque visitada de los más principales médicos de toda Roma, ninguno hallaba remedio en vuestra salud, sino tan solamente un peregrino doctor, aunque patricio de Roma, que dio remedio a vuestra aflicción dándoos salud, quedando él en mayor enfermedad por causa de vuestros amores, y que vos, señora mía, conociendo el beneficio recibido de su mano, por gratificarle en algo, con el contento que teníais de su persona, condescendiendo a sus importunas peticiones, se violaba el vaso y se perdía la laureola corona de la continencia de que tanto se precian las matronas romanas. Y con este nocturno temor desperté muy desasosegado, como quien se levanta de un sueño pesado fuera de todo sentido, y por muchos días me turó un temblor de todo el cuerpo y pasión de corazón, que de mí no sabía parte; en tal manera, que me fue forzado retraerme en mi pabellón fingiendo estar malo de otro accidente, por encubrir mi flaqueza y cumplir con mi honra. En este tiempo que más me aquejaba mi pena y dolor por los juicios, interpretaciones que echaba y hacía sobre tan grave y pesado sueño, me vinieron ciertas letras de algunos parientes míos de Roma, en las cuales me daban relación cómo me habían tenido por muerto en la rota de nuestro ejército, y que por esta nueva habíais vos, mi señora, venido al último fin de la vida por la gran alteración que de ello tomaste, y que por medio de un señor doctor la habíais cobrado, perdiendo en algo la fama de la continencia de que antes triunfabais, mediante las señales y muestras que los indicios en semejantes casos dar suelen, y que me convenía mucho, según el caso requería, dar vuelta a Roma con toda la brevedad que fuese posible en mirar por mi casa y honra. Y con esta segunda alteración, dando algún crédito a mi imaginario sueño, me dispuse y determiné de venir y satisfacerme yo propio con la experiencia. Y, tomando licencia de mi general, con condición de volver a cierto tiempo, que muy presto se me cumple, y me es forzado volver al ejército, querría mucho satisfacerme y no llevar conmigo esta carcoma y sospecha; aunque, a la verdad, todo este tiempo que ha que yo vine del campo y he estado en Roma, yo no he dejado por negligencia ninguna, antes con gran solicitud he escudriñado y he intentado todo lo que en semejante caso se podía hacer, y no he hallado ningún indicio ni muestra para poner mácula en vuestra honra y fama. Y a esta causa yo

todavía estoy con algún recelo y no puedo echar de mí esta imaginación; y para que no resida más en mi pensamiento, no he hallado otro más sano consejo que es este:

-Ya sabéis, señora mía, cómo para semejantes casos y otros cualesquier crímenes impuestos donde se puede conocer la culpa o inocencia, es apropiada la Piedra de la Verdad, donde los dioses permiten que allí sea conocida. Y os suplico y os conjuro por aquel verdadero amor que me tenéis, que no recibáis pena, de un día, cuando a vos os pareciere, antes que yo me parta, con algunos de vuestros deudos, yo con aquellos que de este caso me avisaron, porque del todo queden satisfechos, vamos juntos a esta peregrinación y templo, pues no es muy lejos de aquí, y hagáis, señora, la prueba y salva de vuestra persona, y sea conocida vuestra limpieza y quitados los nublados de mis dudosas y malas sospechas, porque de otra manera será imposible quedar yo del todo satisfecho.

La prudente y sagacísima matrona a toda esta plática estuvo muy atenta, aunque con temor de la muerte como el caso y delito lo requería, y con muy gran serenidad, fingiendo toda alegría, no mostrando ninguna señal de temor ni turbación, como algunas astutas mujeres en semejantes casos lo suelen hacer, respondió que, aunque el caso era arduo porque tocaba tanto a su honra y fama, de la cual por ser romana mucho se preciaba, y era muy gran razón que ella se sintiese de ello, que era muy contenta de hacer la prueba, porque fuese conocida su bondad y limpieza, cómo y cuándo mandase. Él, muy contento y algo satisfecho con tan buena respuesta, divirtió la plática en otros coloquios amorosos, aunque ella con nuevo cuidado y pensamiento de cómo se salvaría de tan gran peligro; y vacilando en su juicio, no halló otro remedio sino dar parte de todo lo que pasaba al señor doctor, avisándole que mirase en el peligro que estaba puesta por su respecto, y que con su saber lo remediase lo más presto que pudiese.

Avisado, pues, el doctor del negocio y en qué términos estaba, y que también su vida pasaba peligro según las leyes y el uso romano lo permitía, después de muchos juicios y consideraciones no halló otro mejor remedio que irse a aconsejar con un grandísimo nigromante y astrólogo que en aquel tiempo residía en Roma, el cual se llamaba Padulio, de nación griega, y comunicándole el caso de la suerte que pasaba y el peligro que los dos esperaban, que no se podía encubrir el delito yendo a la Piedra y jurar la pobre señora romana, según estaba concertado, que le suplicaba le diese algún remedio o consejo con que se pudiesen salvar de tan gran aflicción y trabajo, y no lo dejase por ningún interés del mundo de hacer. El mágico, viendo las calidades de sus personas y en lo que en Roma eran tenidas, condoliéndose de ellos, y mucho más afectándose a la paga prometida, le

dio por respuesta al bueno del doctor que se sosegase, que él haría todo lo que fuese posible en tal caso. Así que, haciendo sus ceremonias y conjuros con sus familiares, apremiando que le diesen consejo y remedio con que estos dos amantes no peligrasen y el triunfo de la fama de esta tan señalada matrona romana no fuese menoscabado; y lo que se decretó y ordenó fue lo siguiente:

Entre todos los demonios para esto invocados, uno llamado Zelbi, muy familiar y compañero de Nabuzardán, apropiado para toda cautela y engaño, habló de esta manera:

-Padulio, a mí me parece, como a espíritu experimentado que me es forzado por tu gran saber a decirte la verdad y darte consejo en este caso, por el cual me conjuraste; y es que avises al doctor Arsenio que se disfrace de lo más rústico villano que pueda y lleve todo aparejo cual suelen traer los más campestres y rústicos villanos, así esquero como cuchillo y agujas para sacar espinas, y sobre todo, se provea de una delicada espina para el propósito y efecto que pretendemos, y con este aparejo se pondrá lo más encubiertamente que fuese posible, en la abajada del monte Celio, cerca del palacio de la diva Faustina, en el principio del llano, al arco triunfal historiado, donde se divide la calle que va al Coliseo, la vía Hostiense, que por allí ha de pasar la señora y el marido con sus amigos y parientes. Y advierta bien que esté siempre sobre aviso en este monitorio que le doy; y también es necesario que la señora esté avisada que cuando venga a jurar y llegue a este sobredicho lugar, que mire muy bien hacia el arco y el doctor se demuestre como ya está allí a punto con todo recaudo, porque le dé ánimo que no desmaye, que en fin es mujer. Yo, a la hora, llegaré allí y la haré tropezar y caer, y cuando se levante de la caída finja mucho quejarse de un pie como que se le ha entrado alguna espina en él; y en ninguna manera se mueva de allí por más que la importunen que camine, quejándose siempre que no puede afirmar el pie; y no le hallarán nada, porque no lo habrá más de una formada cautela para el efecto que se pretende; y a la hora se mostrará el fingido villano como que pasa por la vía, al cual ella tendrá siempre mientes; y quejándose dolorosamente, el villano se parará, y sintiendo el caso, como quien hace burla, con palabras groseras se llegará a la señora demandando dónde le duele, y señalando ella el pie y lugar donde fingió habersele entrado la espina, yo proveeré con mi astucia que el mismo marido le convide a que le mire el pie, si puede ver y sacarle aquella espina de que tanto se queja, pues hombres es del campo que casi por costumbre lo tienen de sacarlas cada día. Él, a la hora, con mucha presteza y gran diligencia, saque su aparejo con mucho tiento y cordura, tomándole el pie entre las manos, aprovechándose del sentido del tocar o palpar, como buen médico y cirujano que tanto le va en ello, se aproveche de todo lo que pudiese tocar;

y hecho su personaje, con la mayor sutileza que el amor le amonestase, sacando una poquita de sangre del delicado pie de la gentil romana, donde finja sacarle la espina que para este efecto ha de tener aparejada, untándola con la sangre la mostrará a los circunstantes, y creerán todos que así es la verdad, y con mucha alegría le darán todos las gracias, en especial la señora, a quien el caso tanto toca, le presentará una joya por el beneficio recibido.

Este es el mejor consejo y remedio que yo hallar he podido para remediar este negocio y contentarte a ti, nuestro gran preceptor y sutil maestro. Así que es menester que de todo esto des aviso al doctor, y el doctor a la señora, y que cuando venga a jurar que jure diciendo:

-Yo, Sabelina, mujer romana, juro que ningún hombre, después de mi marido, ha llegado a mí, si no es aquel villano que me sacó la espina. Y de esta suerte jurará verdad, y se verá libre y salva. Por tanto, quédate, que no tengo más que decir.

Ido, el nigromante de todo esto dio parte al doctor. El doctor, dándole las gracias y satisfacción, como el caso lo requería, luego lo fue a proveer con gran diligencia, avisando a la señora de todo y que no temiese de nada por ninguna vía del mundo.

Esto así concluido y venido el día que estaba señalado en que se había de hacer la prueba, estando todo prevenido y el doctor avisado y a punto, se hizo ni más ni menos de como arriba está relatado, que el villano doctor hizo tan bien su oficio, que no se erró sólo un punto. Y con esta gloria y contento la matrona romana, con su marido y compañía, llegó al templo, y el villano se fue por otra vía lo más encubiertamente que pudo. Y la señora romana, haciendo en el templo las ceremonias que en este caso se hacían, se allegó al ídolo o piedra, y metió la mano en la boca, diciendo:

-Yo juro que después que soy casada con mi señor y marido, Cepión Torcato, ni antes, como él bien sabe que me halló, que ningún hombre nacido no ha llegado a mí ni ha tocado mis carnes, sino es aquel pobre y rústico villano que en el camino me ha sacado la espina.

Y como esto era la verdad, que este mismo villano era el doctor, la piedra o ídolo no hizo ningún movimiento, antes el demonio salió de ella, y ella se quedó como hoy en día está en la dicha iglesia de Santa María, escuela griega, que antes era templo de gentiles. El marido de la gentil romana y todos sus parientes, muy satisfechos de la purificación y salva tan aprobada, y los que la habían acusado harto confusos, la volvieron a casa con muy gran gloria y triunfo. Y después de algunos días que se cumplía el plazo limitado en que el capitán Torcato era obligado a volver a servir a su república y ejército, se partió

con gran dolor de su corazón, por el amor y reputación que de nuevo le había tomado; donde llegado y prosiguiendo todavía la guerra, en un encuentro y escaramuza le mataron los enemigos. Venida la nueva de su muerte a Roma, así la gentil señora, su mujer, como todos los parientes y amigos, hicieron muy gran sentimiento y sus obsequias y ceremonias como entre los gentiles se usaba.

Ya pasados algunos días, el sabio y sagacísimo doctor se supo dar tan buena maña y puso tal diligencia, que a contento de todos sus parientes la tomó por su legítima mujer. Después, a cabo de tiempo, todo esto fue descubierto por el mismo nigromante, y de común consentimiento de todo el pueblo, por memoria de su tan sutil saber, hicieron después de muertos a todos cuatro estatuas para que perpetuamente fuese notoria tan gran sutileza y hazaña. La del doctor y rústico villano está a la cárcel de San Pedro, de piedra, echada en tierra, en el mismo lugar que sacó la espina, y hoy en día se llama «el villano de la espina»; la del astrólogo y mágico, Padulio, está antes de subir la escalera para el Senado, al pie del muro, a la mano derecha; las dos, la del capitán Torcato y la de la gentil romana Enea Sabelina, están en Campidoli, antes de entrar al Senado, en el patio grande donde está la cisterna donde se bebe la buena agua fresca. Y es cosa muy señalada de ver estas estatuas por ser tan excelentes y en tanta suntuosidad y artificio hechas.

Texto 6: *Cartas*

En el imperio de Marruecos todos somos igualmente despreciables en el concepto del emperador y despreciados en el de la plebe, siendo muy accidental la distinción de uno o otro individuo para él mismo, y de ninguna esperanza para sus hijos; pero en Europa son varias las clases de vasallos en el dominio de cada monarca.

La primera consta de hombres que poseen inmensas riquezas de sus padres y dejan por el mismo motivo a sus hijos considerables bienes. Ciertos empleos se dan a éstos solos, y gozan con más inmediatez el favor del soberano. A esta jerarquía sigue otra de nobles menos condecorados y poderosos. Su mucho número llena los empleos de las tropas, armadas, tribunales, magistraturas y otros, que en el gobierno monárquico no suelen darse a los plebeyos, sino por algún mérito sobresaliente.

Entre nosotros, siendo todos iguales, y poco duraderas las dignidades y posesiones, no se necesita diferencia en el modo de criar los hijos; pero en Europa la educación de la juventud debe mirarse como objeto de la primera importancia. El que nace en la ínfima clase de las tres, y que ha de pasar su vida en ella, no necesita estudios, sino saber el oficio de su padre en los términos en que se lo ve ejercer. El de la segunda ya necesita otra educación para desempeñar los empleos que ha de ocupar con el tiempo. Los de la primera se ven precisados a esto mismo con más fuerte obligación, porque a los 25 años, o antes, han de gobernar sus estados, que son muy vastos, disponer de inmensas rentas, mandar cuerpos militares, concurrir con los embajadores, frecuentar el palacio y ser el dechado de los de la segunda clase.

Esta teoría no siempre se verifica con la exactitud que se necesita. En este siglo se nota alguna falta de esto en España. Entre risa y llanto me contó Nuño un lance que parece de novela, en que se halló, y que prueba la viveza de los talentos de la juventud española, singularmente en algunas provincias; pero antes de contármelo, puso el prelude siguiente:

-Días ha que vivo en el mundo como si me hallara fuera de él. En este supuesto, no sé a cuántos estamos de educación pública; y lo que es más, tampoco quiero saberlo. Cuando yo era capitán de infantería, me hallaba en frecuentes concursos de gentes de todas clases: noté esta misma desgracia y, queriendo remediarla en mis hijos, si Dios me los daba, leí, oí, medité y hablé mucho sobre esta materia. Hallé diferentes pareceres: unos sobre que convenía tal educación, otros sobre que convenía tal otra, y también alguno sobre que no convenía ninguna.

Pero me acuerdo que yendo a Cádiz, donde se hallaba mi regimiento de guarnición, me extravié y me perdí en un monte. Iba anocheciendo, cuando me encontré con un caballerete de hasta 22 años, de buen porte y presencia. Llevaba un arrogante caballo, sus dos pistolas primorosas, calzón y ajustador de ante con muchas docenas de botones de plata, el pelo dentro de una redecilla blanca, capa de verano caída sobre el anca del caballo, sombrero blanco finísimo y pañuelo de seda morado al cuello. Nos saludamos, como es regular, y preguntándole por el camino de tal parte, me respondió que estaba lejos de allí; que la noche ya estaba encima y dispuesta a tronar; que el monte no era muy seguro; que mi caballo estaba cansado; y que, en vista de todo esto, me aconsejaba y suplicaba que fuese con él a un cortijo de su abuelo, que estaba a media legua corta. Lo dijo todo con tanta franqueza y agasajo, y lo instó con tanto empeño, que acepté la oferta. La conversación cayó, según costumbre, sobre el tiempo y cosas semejantes; pero en ella manifestaba el mozo una luz natural clarísima con varias salidas de viveza y feliz penetración, lo cual, junto con una voz muy agradable y gusto muy proporcionado, mostraba en él todos los requisitos naturales de un perfecto orador; pero de los artificiales, esto es, de los que enseña el arte por medio del estudio, no se hallaba uno siquiera. Salimos ya del monte cuando, no pudiendo menos de notar lo hermoso de los troncos que acabábamos de ver, le pregunté si cortaban de aquella madera para construcción de navíos.

-¿Qué sé yo de eso? -me respondió con presteza-. Para eso, mi tío el comendador. En todo el día no habla sino de navíos, brulotes, fragatas y galeras. ¡Válgame Dios, y qué pesado está el buen caballero! ¡Poquitas veces hemos oído de su boca, algo trémula por sobra de años y falta de dientes, la batalla de Tolón, la toma de los navíos *La Princesa* y *El Glorioso*, la colocación de los navíos de Leso en Cartagena! Tengo la cabeza llena de almirantes holandeses e ingleses. Por cuanto hay en el mundo dejará de rezar todas las noches a San Telmo por los navegantes; y luego entra un gran parladillo sobre los peligros de la mar al que se sigue otro sobre la pérdida de toda una flota entera, no sé qué año, en que se escapó el buen señor nadando, y luego una digresión muy natural y bien traída sobre lo útil que es el saber nadar. Desde que tengo uso de razón no lo he visto corresponderse por escrito con otro que con el marqués de la Victoria, ni le he conocido más pesadumbre que la que tuvo cuando supo la muerte de don Jorge Juan. El otro día estábamos muy descuidados comiendo, y, al dar el reloj las tres, dio una gran palmada en la mesa, que hubo de romperla o romperse las manos, y dijo, no sin muchísima cólera: - A esta hora fue cuando se llegó a nosotros, que íbamos en el navío *La Princesa*, el tercer

navío inglés; y a fe que era muy hermoso: era de noventa cañones. ¡Y qué velero! De eso no he visto. Lo mandaba un señor oficial. Si no por él, los otros dos no habiéramos contado el lance. Pero, ¿qué se ha de hacer? ¡Tantos a uno!-. Y en esto le asaltó la gota que padece días ha, y que nos valió un poco de descanso, porque si no, tenía traza de irnos contando de uno en uno todos los lances de mar que ha habido en el mundo desde el arca de Noé.

Cesó por un rato el mozalbete la murmuración contra un tío tan venerable, según lo que él mismo contaba; y al entrar en un campo muy llano, con dos lugarcitos que se descubrían a corta distancia el uno del otro: -¡Bravo campo -dije yo- para disponer setenta mil hombres en batalla!-. Con ésas a mi primo el cadete de Guardias -respondió el otro con igual desembarazo. Sabe cuántas batallas se han dado desde que los ángeles buenos derrotaron a los malos. Y no es lo más eso, sino que sabe también las que se perdieron, por qué se perdieron; las que se ganaron, por qué se ganaron; y por qué quedaron indecisas las que ni se ganaron ni se perdieron. Ya lleva gastados no sé cuántos doblones en instrumentos de matemáticas, y tiene un baúl lleno de unos planos, que él llama, y son unas estampas feas que ni tienen caras ni cuerpos.

Procuré no hablarle más de ejército que de marina, y sólo le dije: -No será lejos de aquí la batalla que se dio en tiempo de don Rodrigo y fue tan costosa como nos dice la historia.

-¡Historia! -dijo-. Me alegrara que estuviera aquí mi hermano el canónigo de Sevilla; yo no la he aprendido, porque Dios me ha dado en él una biblioteca viva de todas las historias del mudo. Es mozo que sabe de qué color era el vestido que llevaba puesto el rey don Fernando cuando tomó a Sevilla.

Llegábamos ya cerca del cortijo, sin que el caballero me hubiese contestado a materia alguna de cuantas le toqué. Mi natural sinceridad me llevó a preguntarle cómo le habían educado, y me respondió: -A mi gusto, al de mi madre y al de mi abuelo, que era un señor muy anciano que me quería como a las niñas de sus ojos. Murió de cerca de cien años de edad. Había sido capitán de Lanzas de Carlos II, en cuyo palacio se había criado. Mi padre bien quería que yo estudiase, pero tuvo poca vida y autoridad para conseguirlo. Murió sin tener el gusto de verme escribir. Ya me había buscado un ayo, y la cosa iba de veras, cuando cierto accidentillo lo descompuso todo.

-¿Cuáles fueron sus primeras lecciones? -preguntéle yo. -Ninguna -respondió el muchacho-; ya sabía yo leer un romance y tocar unas seguidillas; ¿para qué necesita más un caballero? Mi dómine bien quiso meterme en honduras, pero le fue muy mal y hubo

de irle mucho peor. El caso fue que había yo concurrido con otros amigos a un encierro. Súpolo, y vino tras mí a oponerse a mi voluntad. Llegó precisamente a tiempo que los vaqueros me andaban enseñando cómo se toma la vara. No pudo traerle su desgracia a peor ocasión. A la segunda palabra que quiso hablar, le di un varazo tan fuerte en medio de la cabeza, que se la abrí en más cascós que una naranja; y gracias a que me contuve, porque mi primer pensamiento fue ponerle una vara lo mismo que a un toro de diez años; pero, por primera vez, me contenté con lo dicho. Todos gritaban: ¡Viva el señorito! Y hasta el tío Gregorio, que es hombre de pocas palabras, exclamó: -¡Lo ha hecho uzía como un ángel del cielo!

-¿Quién es ese tío Gregorio? -preguntéle, atónito de que aprobase tal insolencia; y me respondió: -El tío Gregorio es un carnicero de la ciudad que suele acompañarnos a comer, fumar y jugar. ¡Poquito le queremos todos los caballeros de por acá! Con ocasión de irse mi primo Jaime María a Granada y yo a Sevilla, hubimos de sacar la espada sobre quién lo había de llevar; y en esto hubiera parado la cosa, si en aquel tiempo mismo no le hubiera prendido la justicia por no sé qué puñaladillas que dio en la feria y otras frioleras semejantes, que todo ello se compuso al mes de cárcel.

Dándome cuenta del carácter del tío Gregorio y otros iguales personajes, llegamos al cortijo. Presentome a los que allí se hallaban, que eran amigos o parientes suyos de la misma edad, clase y crianza; se habían juntado para ir a una cacería; y esperando la hora competente, pasaban la noche jugando, cenando, cantando y hablando; para todo lo cual se hallaban muy bien provistos, porque habían concurrido algunas gitanas con sus venerables padres, dignos esposos y preciosos hijos. Allí tuve la dicha de conocer al señor tío Gregorio. A su voz ronca y hueca, patilla larga, vientre redondo, modales ásperas, frecuentes juramentos y trato familiar, se distinguía entre todos. Su oficio era hacer cigarros, dándolos ya encendidos de su boca a los caballeritos, atizar los velones, decir el nombre y mérito de cada gitana, llevar el compás con las palmas de las manos cuando bailaba alguno de sus más apasionados protectores, y brindar a sus saludes con medios cántaros de vino. Conociendo que venía cansado, me hicieron cenar luego y me llevaron a un cuarto algo apartado para dormir, destinando un mozo del cortijo que me llamase y condujese al camino. Contarte los dichos y hechos de aquella academia fuera imposible, o tal vez indecente; sólo diré que el humo de los cigarros, los gritos y palmadas del tío Gregorio, la bulla de todas las voces, el ruido de las castañuelas, lo destemplado de la guitarra, el chillido de las gitanas sobre cuál había de tocar el polo para que lo bailase Preciosilla, el ladrido de los perros y el desentono de los que cantaban, no me dejaron

pegar los ojos en toda la noche. Llegada la hora de marchar, monté a caballo, diciéndome a mí mismo en voz baja: ¡Así se cría una juventud que pudiera ser tan útil si fuera la educación igual al talento! Y un hombre serio, que al parecer estaba de mal humor con aquel género de vida, oyéndome, me dijo con lágrimas en los ojos: -Sí, señor.

Texto 7: Zote

Pues, como íbamos diciendo de nuestro cuento, yendo días y viniendo días, el bendito entre todos los benditos de nuestro fray Gerundio quedó tan satisfecho de su trabajo con la arenga panegírica y apologética a favor de su plática de disciplinantes que le hizo el susodicho teologuillo, con los aplausos de la escuela moza y con la gritería de la griega, que por poco no tuvo al maestro Prudencio por hombre que había perdido el seso. Pero a lo menos, pareciéndole que le hacía mucha merced, hizo juicio firme y valedero de que ya estaba algo chocho, y propuso en su corazón no hacer caso de nada que le dijese. Y aun se adelanta un autor a sospechar que hizo propósito oculto de huir el cuerpo al viejo todo cuanto le fuese posible, bien que esto no lo asegura como noticia cierta, y solamente lo da por conjetura fundada en unos apuntamientos de letra muy gastada que se hallaron en el hondón de un cojín. Y el diablo, que no dormía, para remachar el clavo de su sandez, dispuso que algunos días después recibiese una carta de su íntimo amigo fray Blas, escrita desde Jacarilla, la cual decía así:

«Amigo fray Gerundio: Doyte mil abrazos con el corazón, ya que no puedo con la boca. En toda esta tierra no se habla más que de tu famosa plática de disciplinantes. Fray Roque, el refitolero, me escribe maravillas, y el sacristán de Gordoncillo, que te oyó y ha venido aquí a concertar un esquilón, comienza y no acaba. Ambos tienen voto, o yo soy un porro. Mosén Guillén, que es el señor cura de este lugar y tiene en la uña al *Teatro de los dioses*, desea un traslado de ella y dice que la ha de hacer imprimir, aunque sea necesario vender el macho falso que compró en la feria del botiguero. Envíamela por el portador, que es el barbero de este pueblo, persona segura y de mi estimación. A él me remito sobre mi sermón de Santa Orosia, pues no parece bien que yo me alabe; y sábetes que tiene tan buena tijera para cortar un sermón como para igualar un cerquillo. Sólo te digo que además de la limosna del mayordomo, que no es maleja, me ha valido ya dos borregos y docena y media de chorizos; que de todo se sirve Dios, que te guarde muchos años. Tu amigo hasta la muerte, a pesar de cazcarrientos,

F. Blasius».

Cuando fray Gerundio se halló con que le pedían su plática allá de luengas tierras, pues para su geografía ocho leguas de distancia era la mitad del mundo, cuando consideró que se la pedían no menos que para imprimirla y se vio en vísperas de ser autor de la noche a la mañana, y esto sobre ser hombre en cuyo elogio y aplauso incontinenti se escribían y se divulgaban sonetos, se tuvo en su corazón por el mayor predicador que habían conocido los siglos. Y no sólo se confirmó en la estrafalaria idea de predicar que

ya se había formado, sino que con el tiempo fue salpicando todas las más ridículas y más extravagantes, como se verá en el discurso de esta puntual historia.

Pero ves aquí que en el mismo zaguán de la segunda parte de ella, parece hemos dado un trompicón, que a buen librar harto será que escapemos sanas las narices. ¿Es posible -dirá un lector que las tenga de podenco-, es posible que habiendo oído la famosa plática Antón Zotes y Catanla Rebollo, su mujer, habiendo sido testigos de los aplausos y de los vítores con que fue celebrada, habiendo visto por sus mismos ojos el prodigioso fruto que hizo en la valentía con que arrojaron las capas los penitentes de sangre, y en el denuedo con que manejaron unos el ramal y otros la pelotilla, que habiendo recibido ellos tantos plácemes, tantos parabienes, tantas bendiciones, así en la iglesia, como fuera de ella, es posible, vuelvo a decir tercera vez, que no tuvieran siquiera una enhorabuena que llegar a la boca para dársela a su hijo? ¿Se hace verisímil que, ya que no fuese aquella noche por ser ya tarde y por dejarle descansar, a lo menos la mañana siguiente muy de madrugada no fuesen a la iglesia del convento o a la portería, y que allí Antón Zotes no diese cien abrazos a su hijo, y la tía Catanla no añadiese de más a más otros tantos besos, aferrados en lágrimas y mocos, todos de purísima ternura? ¿Se hace creíble tanta sequedad y tanto despego? Y si esto no fuese así, sino que con efecto los buenos de los padres de fray Gerundio hicieron con su hijo todas estas demostraciones de cariño, dándole las debidas señas de su complacencia y de su gozo, ¿con qué conciencia pasa en silencio el historiador una circunstancia tan substancial, que tanto puede servir para el aliento y aun para la edificación?

A esto pudiéramos responder muchas cosas, pero las dejamos todas por no ser prolijos.

Y confesando de buena fe que todo pasó así ni más ni menos, añadimos, en consecuencia de la verdad y de la fidelidad que profesamos, que no solamente hubo dichos mocos, lágrimas, besos y abrazos, sino que Antón Zotes, en presencia del prelado y de otros padres graves que habían bajado a cortejarle a él y a su mujer, dijo a fray Gerundio:

-Ya te unvié a escribir como m'habían echado la mayordomía del Sacramento, pero entonces no te unvié a decir que me perdicasas tú el sermón, porque como no t'había uído perdicar, no quería ponerme a que quedásemos envergonzados. Ahora que te he uído, dígotte que me l'has de perdicar con la bendición de su reverencia, nuestro reverendísimo padre.

No pudo negarse el prelado a concederla, aunque del escapulario adentro no le dio mucho gusto, porque como a hombre serio y de razón le había desazonado la plática. Pero, ¿qué había de hacer en aquella coyuntura, y con unos hermanos tan devotos de la Orden, que hacían al convento toda la limosna que podían? Al fin sacáronlos unas tortillas, chanfaina, queso y aceitunas. Almorzaron muy bien, sirviéndoles el almuerzo de comida, y se volvieron a Campazas, no viendo la tierra que pisaban ni las horas de Dios por llegar al lugar, para contar al licenciado Quijano y a toda la parentela lo que habían visto por sus ojos, oído con sus oídos y palpado con sus manos.

Dejemos ir en buena hora a los dos dichosísimos consortes, en buena paz y compañía, mientras nosotros nos volvemos a nuestro fray Gerundio, que desde el mismo punto y momento en que le echó su padre el sermón del Sacramento, no pensaba de día, ni de noche soñaba en otra cosa que en el modo de cómo había de desempeñarle. Hacíase cargo de todas las circunstancias, que le ponían en el mayor empeño: primer sermón que predicaba en público, porque a la plática de disciplinantes no la calificaba de sermón; predicarle en su lugar y en la misma parroquia donde le habían bautizado, porque no había otra; ser mayordomo su padre; cantar la misa, como lo daba por supuesto, el licenciado Quijano, su padrino; los danzantes de la procesión, el auto sacramental que siempre se representaba, los novillos que se corrían, las dos o tres docenas de cohetes que se arrojaban, y la hoguera que se encendía la víspera de la fiesta. Todo esto se le ofrecía continuamente a la imaginación como punto céntrico y principal de su empeño, pareciéndole, no sólo que era indispensable el hacerse cargo de todo ello, sino que en esto sólo estribaba toda la dificultad; pues por lo que tocaba al asunto del Sacramento, en cualquiera sermonario encontraría campo abundante donde forrajear.

Es cierto que no se le habían olvidado las juiciosas reflexiones que había oído al maestro fray Prudencio contra la ridícula y extravagante costumbre de tocar en los sermones estas que se llamaban *circunstancias*. También es cierto que tenía muy presente la salutación del sermón de la Purificación en día de San Blas, que el mismo maestro Prudencio había leído al predicador mayor y a él, en que con gravedad y no sin gracia se hace ridícula esta costumbre, convenciéndola de tal con razones que no admiten réplica. Pero también es igualmente cierto que se le imprimió altamente la salida de su amigote el predicador fray Blas, la cual se redujo a aquel apotegma que puede hacerse lugar entre los principios de Maquiavelo: *Sentire cum paucis, vivere cum multis* («Sentir con los pocos, y obrar con los muchos»). Y aun por su desgracia había leído en aquellos días, no se sabe dónde, el dicho que comúnmente se atribuye a nuestro insigne poeta Lope de

Vega; y harto será que no sea un falso testimonio, porque no cabe que un hombre de tanto juicio y de tanta discreción dijese una truhanada tan insulsa; pero al fin ello se cuenta que reconociendo él mismo los defectos de sus comedias, los excusa diciendo que los conoce y los confiesa, mas que con todo eso las compone así, porque las buenas se silban y las malas se celebran. Esto le hacía más fuerza que todo a fray Gerundio, y resolvió por última determinación no omitir circunstancia alguna de las insinuadas, aunque lloviesen fray Prudencios.

Sólo dudó por algún tiempo si para hacerse cargo de ellas acudiría por socorro a las fábulas, o apelaría a algunos textos y pasajes de la Sagrada Escritura; porque de todo había visto en los más famosos predicadores. Algo más se inclinaba a lo primero por llevarle hacia allí su genio, ayudado del ejemplo de fray Blas y de la continua lectura del *Florilugio*. Pero como estaba tan reciente la fuerte repasata que le había dado el padre maestro contra el uso o contra el abuso de la fábula en la seria majestad del púlpito, no pudiendo sobre todo borrar de la memoria aquello que le había oído de que esto era especie de sacrilegio (expresión que le había estremecido, porque al fin no dejaba de ser hombre timorato a su modo), por esta vez, y sin perjuicio hasta que examinase bien el punto, se determinó a buscar en la Sagrada Escritura acomodo honrado para todas las susodichas circunstancias.

Hallole fácilmente donde le encuentran todos, que es en las *Concordancias de la Biblia*, sin más trabajo que ir a buscar por el abecedario la palabra latina que corresponde a la castellana para la cual se desea algún texto, y aplicar cualquiera de los muchos que hay en la Escritura, casi para cada una de cuantas voces se pueden ofrecer. En menos de una hora dispuso los apuntamientos siguientes:

«Primera circunstancia: Primer sermón que predico. Viene clavado aquello de *Primum quidem sermonem feci*, o *Theopitile*. Segunda: Predícole en mi lugar, que se llama Campazas. Para ésta viene como nacido aquel texto: *Descendit Jesus in loco campestri*. Tercera: Predico en la parroquia donde me bautizaron, y se llamaba Juan el que me bautizó. ¿Qué cosa más propia que aquello de *Joannes quidem baptizavit in aqua, ego autem in aqua et Spiritu Sancto*? Cuarta: Es mayordomo mi padre: *In Domo Patris mei mansiones multae sunt*. También mi padre es labrador: *Pater meus agricola est*. Llámase Antón Zotes; y el arca del Testamento, figura del Sacramento, anduvo por el país de los azotes, o de los azotios: *Abiit in Azotum*. Quinta: *Echome el sermón mi padre, el cual está vivo y sano: Et misit me vivens Pater*. Cantará la misa mi padrino...»

Aquí se halló un poco atascado, porque habiendo revuelto cuantas concordancias se hallaban en su celda, conviene a saber, las antiquísimas de Hugo Cardenal, las de Halberstadt, las de Harlodo, las de Roberto Esteban y, por última apelación, las de Zamora, no encontró la palabra *padrino* en todas ellas. Y ya desesperado, estaba resuelto a acudir al *Theatrum vitae humanae*, o a cualquiera poliantea por algún padrino de socorro y aun en caso necesario valerse del *Tu es patronus, tu parens de Terencio*, en el *Heautontimorumenos*, cuando su dicha le deparó el texto más oportuno del mundo. Tropezó, pues, con aquello que se lee en el verso 14 del capítulo 16 de la Epístola de San Pablo a los Romanos: *Salutate Patrobam*. Y pasando luego a leer el capítulo, encontró en él un tesoro porque casi todo el referido capítulo se reduce a las memorias, hablando a nuestro modo, que el apóstol encargaba se diesen de su parte a todos los cristianos que se hallaban en Roma y eran de su especial cariño, o por su mayor favor, o por algún beneficio particular que habían hecho a la Iglesia, o porque se habían esmerado más en favorecer y en amar al mismo apóstol. A todos los va nombrando por sus nombres, y en el versículo 14 nombra entre otros a *Patroba*.

-Teneo te, terra -dijo entonces fray Gerundio, más alegre que si hubiera hallado una mina-. De *Patroba* a *padrino* no va un canto de un real de a ocho de diferencia, y con decir que el padrino antiguamente se llamaba *Patroba*, y que corrompido el vocablo se llamó después *padrino*, está todo ajustado. Si alguno me replicare (que él se guardará bien de eso), le responderé que con mayores corrupciones que ésta nos tienen apestados los etimologistas, y trampa adelante. Pues ahí, es decir que no dará golpe el *Salutate Patrobam*, haciendo reflexión sobre el *salutate*, diciendo que hasta el Apóstol se acordaba del padrino en la salutación.

Bien quisiera él encontrar también algún textecillo oportuno para encajar el apellido Quijano, no dejando de conocer que ése sería el non plus ultra del chiste y del ingenio; porque el texto de padrino en general se podía aplicar a cualquiera pastor que sacase de pila a un hijo de Juan Borrego. Pero túvolo por caso desesperado. No obstante, después de haber andado batallando largo tiempo en su imaginación sin ofrecérsele cosa que le cuadrase, le ocurrió el pensamiento más disparatado que se podía ofrecer a un hombre mortal.

-*Quijano* -se decía él a sí mismo- sale de *quijada*. Esto no admite duda. Pues ahora, de las quijadas se dicen cosas grandiosas en la Sagrada Escritura; porque dejando a un lado si Caín mató o no mató a su hermano Abel con la quijada de un burro, que esta circunstancia no consta, a lo menos de la Vulgata, y aunque constara no podría yo

ajustarla bien para mi cuento; pero consta ciertamente que Sansón, con la quijada de un asno, quitó la vida a mil filisteos; consta que habiendo quedado muy fatigado de la matanza, y estando pereciendo de sed, sin haber en todo aquel campo ni contorno una gota de agua con que poder aliviarla, hizo oración a Dios para que le socorriese en aquella extrema necesidad, y del diente molar de la misma quijada brotó un copioso chorro de agua cristalina, con que apagó la sed y se refociló Sansón. Consta, finalmente, que en memoria de este prodigio se llamó el lugar donde sucedió, y se llama el día de hoy, la Fuente del que invoca desde la quijada: *Idcirco appellatum est nomen loci illius, Fons invocantis de maxilla, usque in praesentem diem.*

Texto 8: *Nada*

Por dificultades en el último momento para adquirir billetes, llegué a Barcelona a medianoche, en un tren distinto del que había anunciado y no me esperaba nadie.

Era la primera vez que viajaba sola, pero no estaba asustada; por el contrario, me parecía una aventura agradable y excitante aquella profunda libertad en la noche. La sangre, después del viaje largo y cansado, me empezaba a circular en las piernas entumecidas y con una sonrisa de asombro miraba la gran estación de Francia y los grupos que se formaban entre las personas que estaban aguardando el expreso y los que llegábamos con tres horas de retraso.

El olor especial, el gran rumor de la gente, las luces siempre tristes, tenían para mí un gran encanto, ya que envolvía todas mis impresiones en la maravilla de haber llegado por fin a una ciudad grande, adorada en mis ensueños por desconocida.

Empecé a seguir —una gota entre la corriente— el rumbo de la masa humana que, cargada de maletas, se volcaba en la salida. Mi equipaje era un maletón muy pesado —porque estaba casi lleno de libros— y lo llevaba yo misma con toda la fuerza de mi juventud y de mi ansiosa expectación.

Un aire marino, pesado y fresco, entró en mis pulmones con la primera sensación confusa de la ciudad: una masa de casas dormidas; de establecimientos cerrados; de faroles como centinelas borrachos de soledad. Una respiración grande, dificultosa, venía con el cuchicheo de la madrugada. Muy cerca, a mi espalda, enfrente de las callejuelas misteriosas que conducen al Borne, sobre mi corazón excitado, estaba el mar.

Debía parecer una figura extraña con mi aspecto risueño y mi viejo abrigo que, a impulsos de la brisa, me azotaba las piernas, defendiendo mi maleta, desconfiada de los obsequiosos *camalics.*

Recuerdo que, en pocos minutos, me quedé sola en la gran acera, porque la gente corría a coger los escasos taxis o luchaba por arracimarse en el tranvía.

Uno de esos viejos coches de caballos que han vuelto a surgir después de la guerra se detuvo delante de mí y lo tomé sin titubear, causando la envidia de un señor que se lanzaba detrás de él desesperado, agitando el sombrero.

Corrí aquella noche en el desvencijado vehículo, por anchas calles vacías y atravesé el corazón de la ciudad lleno de luz a toda hora, como yo quería que estuviese, en un viaje que me pareció corto y que para mí se cargaba de belleza.

El coche dio la vuelta a la plaza de la Universidad y recuerdo que el bello edificio me conmovió como un grave saludo de bienvenida.

Enfilamos la calle de Aribau, donde vivían mis parientes, con sus plátanos llenos aquel octubre de espeso verdor y su silencio vivido de la respiración de mil almas detrás de los balcones apagados. Las ruedas del coche levantaban una estela de ruido, que repercutía en mi cerebro. De improviso sentí crujir y balancearse todo el armatoste. Luego quedó inmóvil.

—Aquí es —dijo el cochero.

Levanté la cabeza hacia la casa frente a la cual estábamos. Filas de balcones se sucedían iguales con su hierro oscuro, guardando el secreto de las viviendas. Los miré y no pude adivinar cuáles serían aquellos a los que en adelante yo me asomaría. Con la mano un poco temblorosa di unas monedas al vigilante y cuando él cerró el portal detrás de mí, con gran temblor de hierro y cristales, comencé a subir muy despacio la escalera, cargada con mi maleta.

Todo empezaba a ser extraño a mi imaginación; los estrechos y desgastados escalones de mosaico, iluminados por la luz eléctrica, no tenían cabida en mi recuerdo.

Ante la puerta del piso me acometió un súbito temor de despertar a aquellas personas desconocidas que eran para mí, al fin y al cabo, mis parientes y estuve un rato titubeando antes de iniciar una tímida llamada a la que nadie contestó. Se empezaron a apretar los latidos de mi corazón y oprimí de nuevo el timbre. Oí una voz temblona: «¡Ya va! ¡Ya va!».

Unos pies arrastrándose y unas manos torpes descorriendo cerrojos.

Luego me pareció todo una pesadilla.

Lo que estaba delante de mí era un recibidor alumbrado por la única y débil bombilla que quedaba sujeta a uno de los brazos de la lámpara, magnífica y sucia de telarañas, que colgaba del techo. Un fondo oscuro de muebles colocados unos sobre otros como en las mudanzas. Y en primer término la mancha blanquinegra de una viejecita decrepita, en

camisón, con una toquilla echada sobre los hombros. Quise pensar que me había equivocado de piso, pero aquella infeliz viejecilla conservaba una sonrisa de bondad tan dulce, que tuve la seguridad de que era mi abuela. —¿Eres tú, Gloria? —dijo cuchicheando. Yo negué con la cabeza, incapaz de hablar, pero ella no podía verme en la sombra. —Pasa, pasa, hija mía. ¿Qué haces ahí? ¡Por Dios! ¡Que no se dé cuenta Angustias de que vuelves a estas horas! Intrigada, arrastré la maleta y cerré la puerta detrás de mí. Entonces la pobre vieja empezó a balbucear algo, desconcertada. —¿No me conoces, abuela? Soy Andrea. —¿Andrea? Vacilaba. Hacía esfuerzos por recordar. Aquello era lastimoso. —Sí, querida, tu nieta... no pude llegar esta mañana como había escrito. La anciana seguía sin comprender gran cosa, cuando de una de las puertas del recibidor salió en pijama un tipo descarnado y alto que se hizo cargo de la situación. Era uno de mis tíos, Juan. Tenía la cara llena de concavidades, como una calavera a la luz de la única bombilla de la lámpara. En cuanto él me dio unos golpecitos en el hombro y me llamó sobrina, la abuelita me echó los brazos al cuello con los ojos claros llenos de lágrimas y dijo «pobrecita» muchas veces. En toda aquella escena había algo angustioso, y en el piso un calor sofocante como si el aire estuviera estancado y podrido. Al levantar los ojos vi que habían aparecido varias mujeres fantasmales. Casi sentí erizarse mi piel al vislumbrar a una de ellas, vestida con un traje negro que tenía trazas de camisón de dormir. Todo en aquella mujer parecía horrible y desastrado, hasta la verdosa dentadura que me sonreía. La seguía un perro, que bostezaba ruidosamente, negro también el animal, como una prolongación de su luto. Luego me dijeron que era la criada, pero nunca otra criatura me ha producido impresión más desagradable. Detrás de tío Juan había aparecido otra mujer flaca y joven con los cabellos revueltos, rojizos, sobre la aguda cara blanca y una languidez de sábanas colgada, que aumentaba la penosa sensación del conjunto. Yo estaba aún, sintiendo la cabeza de la abuela sobre mi hombro, apretada por su abrazo y todas aquellas figuras me parecían igualmente alargadas y sombrías. Alargadas, quietas y tristes, como luces de un velatorio de pueblo. —Bueno, ya está bien, mamá, ya está bien —dijo una voz seca y como resentida. Entonces supe que aún había otra mujer a mi espalda. Sentí una mano sobre mi hombro y otra en mi barbilla. Yo soy alta, pero mi tía Angustias lo era más y me obligó a mirarla así. Ella manifestó cierto desprecio en su gesto. Tenía los cabellos entrecanos que le bajaban a los hombros y cierta belleza en su cara oscura y estrecha. —¡Vaya un plantón que me hiciste dar esta mañana, hija!... ¿Cómo me podía yo imaginar que ibas a llegar de madrugada? Había soltado mi barbilla y estaba delante de mí con toda la altura de su camisón blanco y de su bata azul. —Señor, Señor,

¡qué trastorno! Una criatura así, sola... Oí gruñir a Juan. —¡Ya está la bruja de Angustias estropeándolo todo! Angustias aparentó no oírlo. —Bueno, tú estarás cansada. Antonia —ahora se dirigía a la mujer enfundada de negro—, tiene usted que preparar una cama para la señorita. Yo estaba cansada y, además, en aquel momento, me sentía espantosamente sucia. Aquellas gentes moviéndose o mirándome en un ambiente que la aglomeración de cosas ensombrecía, parecían haberme cargado con todo el calor y el hollín del viaje, del que antes me había olvidado. Además, deseaba angustiosamente respirar un soplo de aire puro. Observé que la mujer desgredada me miraba sonriendo, abobada por el sueño, y miraba también mi maleta con la misma sonrisa. Me obligó a volver la vista en aquella dirección y mi compañera de viaje me pareció un poco conmovedora en su desamparo de pueblerina. Pardusca, amarrada con cuerdas, siendo, a mi lado, el centro de aquella extraña reunión. Juan se acercó a mí: —¿No conoces a mi mujer, Andrea?

Y empujó por los hombros a la mujer despeinada. —Me llamo Gloria —dijo ella. Vi que la abuelita nos estaba mirando con una ansiosa sonrisa. —¡Bah, bah!... ¿Qué es eso de daros la mano? Abrazaos, niñas..., ¡así, así! Gloria me susurró al oído: —¿Tienes miedo? Y entonces casi lo sentí, porque vi la cara de Juan que hacía muecas nerviosas mordiendo las mejillas. Era que trataba de sonreír. Volvió tía Angustias autoritaria. — ¡Vamos!, a dormir, que es tarde. —Quisiera lavarme un poco —dije. —¿Cómo? ¡Habla más fuerte! ¿Lavarte? Los ojos se abrían asombrados sobre mí. Los ojos de Angustias y de todos los demás. —Aquí no hay agua caliente —dijo al fin Angustias. —No importa... —¿Te atreverás a tomar una ducha a estas horas? —Sí —dije—, sí. ¡Qué alivio el agua helada sobre mi cuerpo! ¡Qué alivio estar fuera de las miradas de aquellos seres originales! Pensé que allí, el cuarto de baño no se debía utilizar nunca. En el manchado espejo del lavabo —¡qué luces macilentas, verdosas, había en toda la casa!— se reflejaba el bajo techo cargado de telas de arañas, y mi propio cuerpo entre los hilos brillantes del agua, procurando no tocar aquellas paredes sucias, de puntillas sobre la roñosa bañera de porcelana. Parecía una casa de brujas aquel cuarto de baño. Las paredes tiznadas conservaban la huella de manos ganchudas, de gritos de desesperanza. Por todas partes los desconchados abrían sus bocas desdentadas rezumantes de humedad. Sobre el espejo, porque no cabía en otro sitio, habían colocado un bodegón macabro de besugos pálidos y cebollas sobre fondo negro. La locura sonreía en los grifos torcidos. Empecé a ver cosas extrañas como los que están borrachos. Bruscamente cerré la ducha, el cristalino y

protector hechizo, y quedé sola entre la suciedad de las cosas. No sé cómo pude llegar a dormir aquella noche. En la habitación que me habían destinado se veía un gran piano con las teclas al descubierto. Numerosas cornucopias —algunas de gran valor— en las paredes. Un escritorio chino, cuadros, muebles abigarrados. Parecía la buhardilla de un palacio abandonado, y era, según supe, el salón de la casa.

En el centro, como un túmulo funerario rodeado por dolientes seres —aquella doble fila de sillones destripados—, una cama turca, cubierta por una manta negra, donde yo debía dormir. Sobre el piano habían colocado una vela, porque la gran lámpara del techo no tenía bombillas. Angustias se despidió de mí haciendo en mi frente la señal de la cruz, y la abuela me abrazó con ternura. Sentí palpitar su corazón como un animalillo contra mi pecho. —Si te despiertas asustada, llámame, hija mía —dijo con su vocecilla temblona. Y luego, en un misterioso susurro a mi oído: □Yo nunca duermo, hijita, siempre estoy haciendo algo en la casa por las noches. Nunca, nunca duermo. Al fin se fueron dejándome con la sombra de los muebles que la luz de la vela hinchaba llenando de palpitations y profunda vida. El hedor que se advertía en toda la casa llegó en una ráfaga más fuerte. Era un olor a porquería de gato. Sentí que me ahogaba y trepé en peligroso alpinismo sobre el respaldo de un sillón para abrir una puerta que aparecía entre cortinas de terciopelo y polvo. Pude lograr mi intento en la medida que los muebles lo permitían y vi que comunicaba con una de esas galerías abiertas que dan tanta luz a las casas barcelonesas. Tres estrellas temblaban en la suave negrura de arriba y al verlas tuve unas ganas súbitas de llorar, como si viera amigos antiguos, bruscamente recobrados.

Texto 9: *Luc2*

Otro día hablaba el conde Lucanor con Patronio, y contábale su hacienda en esta guisa:

-Patronio, un hombre vinome a rogar que le ayudase en un hecho que había mester mi ayuda, y prometíome que haría por mí todas las cosas que fuesen mi pro y mi honra. Y yo comencéle a ayudar cuanto pude en aquel hecho. Y ante que el pleito fuese acabado, teniendo él que ya el su pleito era librado, acaeció una cosa en que cumplía que la hiciese por mí, y roguele que la hiciese y él púsome excusa. Y después acaeció otra cosa que pudiera hacer por mí, y púsome excusa como a la otra; y esto me fizo en todo lo que le rogué que él hiciese por mí. Y aquel hecho porque él me rogó no es aún librado, ni se libraré si yo no quisiere. Y por la fianza que yo he en vós y en el vuestro entendimiento, ruégovos que me aconsejedes lo que haga en esto.

-Señor conde -dijo Patronio-, para que vós hagades en esto lo que vos debedes, mucho querría que supiésedes lo que aconteció a un deán de Santiago con don Illán, el gran maestro que morava en Toledo. Y el conde le preguntó cómo fuera aquello.

-Señor conde -dijo Patronio-, en Santiago había un deán que había muy gran talante de saber el arte de la nigromancia, y oyó decir que don Illán de Toledo sabía ende más que ninguno que fuese en aquella sazón; y por ende vínose para Toledo para aprender de aquella ciencia. Y el día que llegó a Toledo, aderezó luego a casa de don Illán y hallólo que estaba leyendo en una cámara muy apartada; y luego que llegó a él, recibiólo muy bien y díjole que no quería que le dijese ninguna cosa de lo porque venía hasta que hubiese comido. Y pensó muy bien de él e hízole dar muy buenas posadas y todo lo que tuvo mester, y dióle a entender que le placía mucho con su venida.

Y después que hubieron comido, apartose con él, y contole la razón porque allí viniera, y rogóle muy ahincadamente que le mostrase aquella ciencia que él había muy gran talante de la aprender. Y don Illán díjole que él era deán y hombre de gran guisa y que podía llegar a gran estado -y los hombres que gran estado tienen, de que todo lo suyo han librado a su voluntad, olvidan mucho aína lo que otro ha hecho por ellos- y él que se recelaba que de que él hubiese aprendido de él aquello que él quería saber, que no le haría tanto bien como él le prometía. Y el deán le prometió y le aseguró que de cualquier bien que él tuviese, que nunca haría sino lo que él mandase.

Y en estas hablas estudiaron desde que hubieron yantado hasta que fue hora de cena. De que su pleito fue bien asosegado entre ellos, dijo don Illán al deán que aquella ciencia no

se podía aprender sino en lugar mucho apartado Y que luego esa noche le quería amostrar donde habían de estar hasta que hubiese aprendido aquello que él quería saber. Y tomole por la mano y llevole a una cámara. Y en apartándose de la otra gente, llamó a una manceba de su casa y díjole que tuviese perdices para que cenasen esa noche, mas que no las pusiesen a asar fasta que él se lo mandase.

Y desde que esto tuvo dicho, llamó al deán; y entraron por una escalera de piedra muy bien labrada y fueron descendiendo por ella muy gran pieza, en guisa que parecía que estaban tan bajos que pasaba el río de Tajo por encima de ellos. Y desde que fueron en cabo de la escalera, hallaron una posada muy buena, y una cámara mucho apuesta que había, estaban los libros y el estudio en que habían de leer. De que se asentaron, estaban parando mientes en cuáles libros habían de comenzar. Y estando ellos en esto, entraron dos hombres por la puerta y diéronle una carta que la enviaba el arzobispo, su tío, en que le hacía saber que estaba muy mal doliente y que le enviaba rogar que si lo quería ver vivo, que se fuese luego para él. Al deán pesó mucho con estas nuevas; lo uno, por la dolencia de su tío; y lo otro, porque receló que había de dejar su estudio que había comenzado. Pero puso en su corazón de no dejar aquel estudio tan aína, e hizo sus cartas de repuesta y enviólas al arzobispo, su tío.

Y dende a tres o cuatro días llegaron otros hombres a pie que traían otras cartas al deán en que le hacían saber que el arzobispo era finado, y que estaban todos los de la iglesia en su elección y que fiaban, por la merced de Dios, que eslegirían a él, y por esta razón que no se quejase de ir a la egleisia; porque mejor era para él en que lo eligiesen siendo en otra parte que no estando en la iglesia.

Y dende a cabo de siete o de ocho días, vinieron dos escuderos muy bien vestidos y muy bien aparejados, y cuando llegaron a él, besáronle la mano y mostráronle las cartas en cómo le habían elegido por arzobispo. Cuando don Illán esto oyó, fue al electo y díjole cómo agradecía mucho a Dios porque estas buenas nuevas le llegaran a su casa, y pues Dios tanto bien le hiciera, que le pedía por merced que el deanazgo que fincaba vagado que lo diese a un su hijo. Y el electo díjole que le rogaba que le quisiese consentir que aquel deanazgo que lo tuviese un su hermano; mas que él le haría bien, en guisa que él fuese pagado, y que le rogaba que fuese con él para Santiago Y que llevase aquel su hijo. Don Illán dijo que lo haría.

Fuéronse para Santiago. Cuando llegaron, fueron muy bien recibidos y mucho honradamente. Y desde que moraron un tiempo, un día llegaron al arzobispo mandaderos

del Papa con sus cartas en cómo le daba el obispado de Tolosa, y que le hacía gracia que pudiese dar el arzobispado a quien quisiese. Cuando don Illán oyó esto, retrayéndolo mucho ahincadamente lo que con él había pasado, pidióle merced que lo diese a su hijo; y el arzobispo le rogó que consintiese que lo tuviese un su tío, hermano de su padre. Y don Illán dijo que bien entendió que le hacía gran tuerto, pero que esto que lo consentía en tal que fuese seguro que se lo emendaría adelante. Y el obispo le prometió en toda guisa que lo haría así, y rogole que fuese con él a Tolosa y que llevase su fijo. Y desde que llegaron a Tolosa, fueron muy bien recibidos de condes y de cuantos hombres buenos había en la tierra. Y desde que hubieron morado hasta dos años, llegaron los mandaderos del Papa con sus cartas en cómo le hacía el Papa cardenal y que le hacía gracia que diese el obispado de Tolosa a quien quisiese. Entonces fue a él don Illán y díjole que, pues tantas veces le había fallecido de lo que con él pusiera, que ya aquí no había lugar de poner excusa ninguna que no diese algunas de aquellas dignidades a su hijo. Y el cardenal rogole que le consintiese que tuviese aquel obispado un su tío, hermano de su madre, que era hombre bueno anciano; mas que, pues él cardenal era, que se fuese con él para la Corte, que ahí había en qué le hacer bien. Y don Illán quejóse ende mucho, pero consintió en lo que el cardenal quiso, y fuese con él para la Corte.

Y desde que llegaron, fueron bien recibidos de los cardenales y de cuantos en la Corte eran, y moraron muy gran tiempo. Y don Illán afincando cada día al cardenal que le hiciese alguna gracia a su hijo, y él poníale sus excusas.

Y estando así en la Corte, finó el Papa; y todos los cardenales eligieron aquel cardenal por Papa. Entonces fue a él don Illán y díjole que ya no podía poner excusa de no cumplir lo que le había prometido. El Papa le dijo que no lo ahincase tanto, que siempre habría lugar en que le hiciese merced según fuese razón. Y don Illán se comenzó a quejar mucho, retrayéndole cuantas cosas le prometiera y que nunca le había cumplido ninguna, y diciéndole que aquello recelaba en la primera vegada que con él hablara, y pues aquel estado era llegado y no lo cumplía lo que le prometiera, que ya no le hincaba lugar en que atendiese de bien ninguno. De este aquejamiento se quejó mucho el Papa y comenzóle a maltraer diciéndole que si más le ahincase, que lo haría echar en una cárcel, que era hereje y encantador, que bien sabía que no había otra vida ni otro oficio en Toledo, donde él moraba, sino vivir por aquella arte de nigromancia.

Desde que don Illán vio cuánto mal le galardonaba el Papa lo que por él había hecho, expedióse de él, y solamente no le quiso dar el Papa que comiese por el camino. Entonces

don Illán dijo al Papa que pues todo no tenía de comer, que se habría de tornar a las perdices que mandara asar aquella noche, y llamó a la mujer y díjole que asase las perdices.

Cuanto esto dijo don Illán, hallose el Papa en Toledo, deán de Santiago, como lo era cuando vino, y tan gran fue la vergüenza que tuvo, que no supo que decir. Y don Illán díjole que fuese en buena ventura u que asaz había probado lo que tenía en él, y que tendría por muy mal empleado si comiese su parte de las perdices.

Y vós, señor conde Lucanor, pues veedes que tanto hacedes por aquel hombre que vos demanda ayuda y no vos da ende mejores gracias, tengo que no habedes por qué trabajar ni aventurarvos mucho por llegarlo a logar que vos dé tal galardón como el deán dio a don Illán.

El conde tuvo esto por buen consejo, e hízolo así, y hallóse ende bien. Y porque entendió don Johan que era éste muy buen ejemplo, hózalo poner en este libro e hizo estos versos que dicen así:

Al que mucho ayudares y no te lo reconosciere,
menos ayuda habrás de él desde que en gran honra subiere.

Texto 10: *Patranuelo2*

A una hija del Rey de Dinamarca, hablándole por marido al Duque de la Rosa y al Conde de Astre, porque el Duque era feo, aunque rico en dictado, y el Conde hermoso y no de tanta renta, no quiso determinar cosa sin que el Rey su padre lo determinase. Determinado por el padre, señaló al Duque de la Rosa. Pues, hechas sus bodas, competentes a sus estados, llevose el Duque a su mujer a sus tierras, acompañada de grandes señores, muy honradamente, a donde de continuo la Duquesa vivía con deseo de ver al Conde de Astre, por si era tan hermoso como se lo habían pintado. Sin ningún pensamiento malo ni perjuicio de su honra en que cumplir su vano deseo, fingió al Duque que había prometido de ir en romería a la casa de Santiago, si Dios le hacía tamaña merced que casase con él; y que pues había alcanzado lo que tanto deseaba, que no le negase aquel camino. Y todo este fingimiento era por ser el romeraje derecho por donde estaba el Conde de Astre. A lo cual respondió el Duque:

-¿Que vais a semejantes romerías, señora Duquesa? Bien me place, que cosas santas son y buenas, pero sin compañía y el fausto y honra que a mí pertenece, podríanme culpar, y a vos sucederos algunos inconvenientes.

Respondiole la Duquesa:

-Para eso buen remedio sienta, si vuesa señoría quiere, y es que Palestino, vuestro mayordomo, y Apiano, mi camarero, honrados hombres, a quien más que a mí se les puede fiar, en trajes de pobres peregrinos, yo juntamente con ellos, podemos seguir tan santo camino.

Contento el Duque, aderezaron y siguieron su viaje. Venida la Duquesa en traje de romera, y los dos que la acompañaban, a la villa de Astre, adonde el conde que ella ver quería habitaba, no habiendo oportunidad de verle a causa de ciertos bandos que traía, hizo la Duquesa que aguardasen un día de fiesta, diciendo que quería ver cómo solemnizaban los oficios en aquella villa. Venido el día, púsose junto a la pila del agua bendita por donde el Conde había de pasar. Pues como pasase y la gente que con él venía iba muy recatada, tuvieron mientes cuán ahincadamente aquella peregrina lo estaba mirando; temiendo que no fuese alguna espía, dijéronselo al Conde, por donde el Conde mandó que, vista la presente, fuesen a la peregrina y a los que venían con ella, que de su parte, buena y cortésmente, los convidasen a comer, y cuando no, que forzosamente los llevasen a palacio. Idos, y convidándolos, la Duquesa alegremente aceptó el convite. Venido el Conde a comer, mandoles servir a los tres juntos en su mesa, a una parte. Ya

después de haber comido, preguntoles el Conde de qué provincia o reino eran y adónde iban; diciendo que a Santiago, nunca el Conde lo quiso creer, sino que culpándolos de espías, los mandó a todos tomar presos.

Viéndose en tal aprieto, la Duquesa, apartando al Conde en secreto, le dijo:

-Sepa vuestra señoría que no somos espías ni traidores, ni Dios tal quiera ni mande, sino que le quiero decir la verdad, pero hame de dar la palabra de leal caballero de no descubrirme a persona de esta vida.

Prometiéndoselo, dijo:

-Sepa vuestra señoría que yo soy la Duquesa de la Rosa, hija del Rey de Dinamarca, y la causa de yo venir por su tierra de esta suerte, ha sido por ver su hermosura y agraciada presencia, si era tal cual me manifestaron cuando mi padre determinó de darme al Duque de la Rosa por marido. Y no lo tomes a jactancia, noble señor, que mucho más es de lo que me dijeron, ni por eso me has de culpar de liviana, sino que te suplico que, sin detrimento de mi honra y fama, me dejes volver a mis tierras y sueltes esos dos honrados hombres que mi castidad acompañan. Y más, te pido de merced que dejes de hacerme aquel acatamiento que por tu sobrada virtud pretendes que merezco, porque no sea descubierta.

El Conde, entonces, disimuladamente los hizo soltar y dar, como por vía de caridad, gran copia de dineros y joyas. Despedida la Duquesa, y vuelta de Santiago a la presencia del Duque, su marido, fue recibida con gran regocijo de todos sus vasallos.

De allí a pocos días, el mayordomo, enamorado de la Duquesa, tuvo atrevimiento de descubrirle abiertamente su mal deseo. Ella, como prudentísima y cuerda, desvióse lo mejor que pudo, amenazándole que se lo diría al Duque, su marido, si más la importunaba sobre caso tan feo. El mayordomo, viendo en el mal caso que había caído, por encubrir su bellaquería y maldad grande, urdió otra peor, y es que se fue a un hermano suyo, diciéndole que por causa que la Duquesa se revolvía con un cierto mancebo que entraba secretamente en su retrainamiento, le hiciese merced de ponerse escondido detrás de las cortinas de la cámara de ella, para saber distintamente quién fuese. Contento y puesto donde le había dicho, fuese el mayordomo al Duque de presto, diciendo:

-Señor, sepa tu señoría cómo la Duquesa, tu mujer, te hace alevosía con mi propio hermano. Ven conmigo y verlo has, porque más crédito me des, que delante de tus ojos daré fin a su vida, que más quiero que fenezca un traidor, que no que sea deshonor de tu noble y esclarecido linaje.

Idos los dos al aposento y retraimiento de la Duquesa, el mayordomo, sin más decir palabra, juntó con su hermano y diole de puñaladas, de suerte que le mató. La Duquesa, espantada de ver semejante caso, dijo:

-¡Ay, Redentor mío y salvación mía! ¿Y qué puede ser esto o qué yerro puede haber cometido este desdichado?

-¡Vos lo acometisteis -dijo el Duque-, falsa enemiga y adúltera malvada!

Por donde luego proveyó que fuese puesta en una torre, y por bien que le dio con mil juramentos sus disculpas, no aprovechó ninguna cosa, sino que le concedió de plazo cuarenta días, y que en este tiempo estaría el mayordomo muy a punto, armado en campo, por si alguno la quisiese defender, y cuando no, que el plazo cumplido la mandaría quemar.

La pobre y afligida Duquesa, no teniendo otro remedio, esperando en el socorro de Dios, escribió una carta para el Conde de Astre haciéndole saber su inocencia y falsa acusación y prisión en que estaba puesta, y diola al camarero que, vista la presente, la enviase con mensajero cierto. Recibida que fue la carta del Conde, dio por respuesta que en ninguna manera podía ir, y por otra parte, él y otro caballero muy privado suyo, armados en blanco, se fueron derecho al ducado de la Rosa. Llegados, el Conde hubo unos hábitos de fraile, y fuese a suplicar al Duque que le dejase entrar a confesar a la Duquesa, por ver si le podría hacer confesar la verdad de lo que pasaba. Dada licencia, entró a confesarla, y en la confesión dijo la Duquesa cómo era sin culpa de aquello que el Duque con tanta riguridad la inculpaba, y que no le debía otra cosa sino que, por haberle alabado la hermosura del Conde de Astre, había fingido una romería, para irle a ver y gozar de su vista. Acabada su confesión, se volvió el Conde muy satisfecho a su posada, y armado en blanco él y su compañero salieron al campo, diciendo cómo venían por defender la Duquesa, y que saliesen dos a dos como ellos eran, para lo cual se determinó de armar el Duque y salir juntamente con el mayordomo. Venidos a la pelea, el Duque de la Rosa fue muerto por el compañero del Conde, y el mayordomo, teniéndolo en tierra el Conde para degollar, suplicole que no le degollase hasta en tanto que hubiese confesado la verdad; contento, publicó a voces muy altas toda su maldad y bellaquería, dando por libre a la Duquesa del adulterio que le había levantado. En esto, suplicaron los jueces al Conde que lo librase en su poder, porque ellos pretendían hacer justicia de él, cual el caso requería. Librolo el Conde sin contradicción ninguna, y él y su compañero, vista la presente, se salieron de la ciudad, caminando para su condado.

Después, los jueces, vistas las confesiones del mayordomo, primero y principalmente dieron por libre a la Duquesa, y al Duque enterraron con mucha solemnidad y honra, y al mayordomo atenazaron y quemaron. Acabado todo esto, los más principales de parte del pueblo vinieron cargados de luto a visitar a la Duquesa, en señal y demostración del pesar que habían concebido en la muerte del Duque, y a relatarle de parte del pueblo, que si determinación tenía de volverse a las tierras de su padre el Rey de Dinamarca, que ellos la volverían con todo aquel acatamiento y estado que merecía, y que si quedarse determinaba por causa que el ducado quedaba sin heredero, se ofrecían todos de muy buena voluntad de obedecerla por señora, con tal que se había de casar dentro de un año, y el marido a contento y por consejo de todos ellos elegido. Oyendo la Duquesa su deliberación y amorosa embajada, respondió que se tenía por más que dichosa de quedarse Duquesa de la Rosa y obedecer aquello que por su consejo se determinase, pero con tal condición que de todo lo contenido diesen parte al Rey de Dinamarca, su padre. Contentos con esto, se despidieron y enviaron sus embajadores con la presente carta:

Carta

«A ti, el Rey de Dinamarca, a quien salud y vida por infinitísimos años deseamos, hacémoste saber cómo, por la bondad de tu única hija y señora nuestra, y falsedad y atrevimiento de Palestino, ha sido servido Dios, por su dispensación divina, al Duque de la Rosa y señor nuestro, privarnos de la vida.

»El caso ha sido que, requiriendo de amores el Palestino a la Duquesa, tu hija, y ella con su encumbrada virtud se lo desviase, amenazándole que se lo diría al Duque, el traidor, de miedo de esto, y por más acreditar su mentira, añadió a un mal otro peor, y es que indujo a un hermano suyo diciendo que porque tenía sospecha que la Duquesa se revolvía con un paje de palacio, que él le pondría secretamente en la cámara de ella detrás de sus cortinas, para saber quién podría ser el atrevido paje; puesto, fuese derecho al Duque, informándole que la Duquesa, su mujer, le hacía maldad con un hermano suyo, y que por sus mismos ojos se lo haría ver. Entrados los dos en la cámara, lo primero que hizo Palestino, sabiendo en qué lugar estaba escondido su hermano, fue ajuntar con él y darle de puñaladas, de tal manera, que allí perdió la vida sin poder hablar. Vista tan cierta, con apariencia de verdad, la falsa acusación, mandó el Duque, según las leyes y constituciones nuestras, poner presa la inocentísima Duquesa, y que Palestino estuviese armado en campo por espacio de cuarenta días, por si alguno la quisiese defender. En este término limitado vinieron dos extraños, y

no conocidos caballeros, diciendo que saliesen otros dos contra ellos, que ellos les harían conocer cuán falsamente era acusada la Duquesa, y como no hubiese quien acompañase a Palestino en tal querrela, teniendo por muy justa su acusación, salió el Duque con él para contra los dichos caballeros, de tal manera que fue muerto; y vencido Palestino y confesando su traición, le sentenciamos a cruda muerte, y la Duquesa, tu hija, volvimos en su estado y honra, cual merecía, y con voluntad suya y nuestra, la instituimos de nuevo por señora absoluta de nuestro ducado. Por tanto, te suplicamos que lo más presto que fuese posible vengas a verla y dar tu parecer, y pregones por todo tu reino (por no ser conocido el caballero que venció a Palestino) que parezca ante nosotros, que sin cavilación ni sospecha ninguna le aseguramos la vida y estado, y pretendemos casarle, si fuese contento, con la Duquesa, y aceptarle por señor, pues en tanto riesgo de la vida defendió su honra. Y con esto besamos tus reales manos, y Dios sea en tu guarda y a nosotros consuele. Amén.»

Leída que hubo la carta el Rey, fue tanto el enojo que tomó que, vista la presente, se retrajo en su real aposento, y de tres días no quiso que ninguno le hablase, y mandó cortarse paños de luto para él y a todos sus criados y servidores, y enderezó su camino para verse con su hija; el cual, en breve tiempo, se vio con ella, y los mismos grandes y señores que le escribieron la carta pregonaron por su tierra y diversas provincias, con aseguramiento de vida y estado, que el caballero que había vencido a Palestino, quienquiera que fuese, le prometían dar a la Duquesa por mujer y aceptarle por señor. Llegadas estas nuevas al Conde de Astre, aderezado ricamente cuanto pudo, y acompañado de todos los grandes de su condado, caminó hacia el ducado de la Rosa; pero antes que a él llegase, escribió una carta de su mano a la Duquesa, notificándole todo lo que con ella había pasado, y junto con la suya, la carta que ella le escribió. Y más, le dio señas de algunas palabras de cuando se confesó con él, entrándola a visitar en hábitos de fraile, estando presa, y por su confesión había salido en campo y había vencido al mayordomo Palestino, y que, por tanto, venía camino derecho de su ducado, con el ofrecimiento que los suyos habían pregonado, y deliberación de casarse con ella.

Leída la carta por los más principales del ducado en presencia de la Duquesa y del Rey de Dinamarca, su padre, preguntáronle que si era contenta de casarse con el Conde; a lo cual respondió que pues ellos así lo habían determinado, que se tenía por muy pagada y dichosa. Vista su tan humilde respuesta, suplicáronle que se quitase el luto y se vistiese

ricamente, cual su estado requería, y asimismo el Rey de Dinamarca, y que saliese con ellos para recibir al Conde.

Contentos, hicieronle un solemnísimos recibimiento, y le aposentaron en palacio. Y aquella noche fue desposado con la Duquesa, con muchas galas y fiestas. Y después, en el otro día siguiente oyeron su misa y fueron celebradas las bodas; y al Conde juraron por Duque de la Rosa. A donde vivieron por muchos y largos años a servicio de Dios.

De este cuento pasado hay hecha comedia, llamada de *La Duquesa de la Rosa*.

Texto 11: Leyenda I

-Herido va el ciervo..., herido va; no hay duda. Se ve el rastro de la sangre entre las zarzas del monte, y al saltar uno de esos lentiscos han flaqueado sus piernas... Nuestro joven señor comienza por donde otros acaban... En cuarenta años de montero no he visto mejor golpe... Pero, ¡por San Saturio, patrón de Soria!, cortadle el paso por esas carrascas, azuzad los perros, soplad en esas trompas hasta echar los hígados y hundidles a los corceles una cuarta de hierro en los ijares; ¿no veis que se dirige hacia la fuente de los Álamos, y si la salva antes de morir podemos darle por perdido?

Las cuencas del Moncayo repitieron de eco en eco el bramido de las trompas, el latir de la jauría desencadenada, y las voces de los pajes resonaron con nueva furia, y el confuso tropel de hombres, caballos y perros se dirigió al punto que Íñigo, el montero mayor de los marqueses de Almenar, señalara como el más a propósito para cortarle el paso a la res.

Pero todo fue inútil. Cuando el más ágil de los lebreles llegó a las carrascas jadeante y cubiertas las fauces de espuma, ya el ciervo, rápido como una saeta, las había salvado de un solo brinco, perdiéndose entre los matorrales de una trocha que conducía a la fuente.

-¡Alto!... ¡Alto todo el mundo! -gritó Íñigo entonces-. Estaba de Dios que había de marcharse.

Y la cabalgata se detuvo, y enmudecieron las trompas, y los lebreles, refunfuñando, dejaron la pista a la voz de los cazadores.

En aquel momento se reunía a la comitiva el héroe de la fiesta, Fernando de Argensola, el primogénito de Almenar.

-¿Qué haces? -exclamó, dirigiéndose a su montero, y en tanto, ya se pintaba el asombro en sus facciones, ya ardía la cólera en sus ojos-. ¿Qué haces, imbécil? ¡Es que la pieza está herida, que es la primera que cae por mi mano, y abandonas el rastro y la dejas perder para que vaya a morir en el fondo del bosque! ¿Crees acaso que he venido a matar ciervos para festines de lobos?

-Señor -murmuró Íñigo entre dientes-, es imposible pasar de este punto.

-¡Imposible! ¿Y por qué?

-Porque esa trocha -prosiguió el montero- conduce a la fuente de los Álamos; la fuente de los Álamos, en cuyas aguas habita un espíritu del mal. El que osa enturbiar su corriente paga caro su atrevimiento. Ya la res habrá salvado sus márgenes; ¿cómo la salvaréis vos sin atraer sobre vuestra cabeza alguna calamidad horrible? Los cazadores

somos reyes del Moncayo, pero reyes que pagan un tributo. Pieza que se refugia en esa fuente misteriosa, pieza perdida.

-¡Pieza perdida! Primero perderé yo el señorío de mis padres, y primero perderé el ánimo en manos de Satanás que permitir que se me escape ese ciervo, el único que ha herido mi venablo, la primicia de mis excursiones de cazador... ¿Lo ves?... ¿Lo ves?... Aún se distingue a intervalos desde aquí..., las piernas le fallan, su carrera se acorta; déjame..., déjame...; suelta esa brida o te revuelco en el polvo... ¿Quién sabe si no le daré lugar para que llegue a la fuente? Y si llegase, al diablo ella, su limpidez y sus habitantes. ¡Sus! ¡*Relámpago!* ¡Sus, caballo mío! Si lo alcanzas, mando engarzar los diamantes de mi joyel en tu serreta de oro.

Caballo y jinete partieron como un huracán.

Íñigo los siguió con la vista hasta que se perdieron en la maleza; después volvió los ojos en derredor suyo; todos, como él, permanecieron inmóviles y consternados.

El montero exclamó al fin:

-Señores, vosotros lo habéis visto, me he expuesto a morir entre los pies de su caballo por detenerle. Yo he cumplido con mi deber. Con el diablo no sirven valentías. Hasta aquí llega el montero con su ballesta; de aquí adelante, que pruebe a pasar el capellán con su hisopo.

-Tenéis la color quebrada; andáis mustio y sombrío; ¿qué os sucede? Desde el día, que yo siempre tendré por funesto, en que llegasteis a la fuente de los Álamos en pos de la res herida, diríase que una mala bruja os ha encanijado con sus hechizos.

Ya no vais a los montes precedido de la ruidosa jauría, ni el clamor de vuestras trompas despierta sus ecos. Solo con esas cavilaciones que os persiguen, todas las mañanas tomáis la ballesta para enderezaros en la espesura y permanecer en ella hasta que el sol se esconde. Y cuando la noche oscurece y volvéis pálido y fatigado al castillo en balde busco en la bandolera los despojos de la caza. ¿Qué os ocupa tan largas horas lejos de los que más os quieren?

Mientras Íñigo hablaba, Fernando, absorto en sus ideas, sacaba maquinalmente astillas de su escaño de ébano con el cuchillo de monte.

Después de un largo silencio, que sólo interrumpía el chirrido de la hoja al resbalarse sobre la pulimentada madera, el joven exclamó dirigiéndose a su servidor, como si no hubiera escuchado una sola de sus palabras:

-Íñigo, tú que eres viejo; tú que conoces todas las guaridas del Moncayo, que has vivido en sus faldas persiguiendo a las fieras y en tus errantes excursiones de cazador

subiste más de una vez a su cumbre, dime: ¿has encontrado por acaso una mujer que vive entre sus rocas?

-¡Una mujer! -exclamó el montero con asombro y mirándole de hito en hito.

-Sí -dijo el joven-; es una cosa extraña lo que me sucede, muy extraña... Creí poder guardar ese secreto eternamente, pero no es ya posible; rebosa en mi corazón y asoma a mi semblante. Voy, pues, a revelártelo... Tú me ayudarás a desvanecer el misterio que envuelve a esa criatura, que, al parecer, sólo para mí existe, pues nadie la conoce, ni la ha visto, ni puede darme razón de ella.

El montero, sin desplegar los labios, arrastró su banquillo hasta colocarle junto al escaño de su señor, del que no apartaba un punto los espantados ojos. Éste, después de coordinar sus ideas, prosiguió así:

-Desde el día en que, a pesar de tus funestas predicciones, llegué a la fuente de los Álamos y, atravesando sus aguas, recobré el ciervo que vuestra superstición hubiera dejado huir, se llenó mi alma del deseo de la soledad.

Tú no conoces aquel sitio. Mira, la fuente brota escondida en el seno de una peña y cae resbalándose gota a gota por entre las verdes y flotantes hojas de las plantas que crecen al borde de su cuna. Aquellas gotas, que al desprenderse brillan como puntos de oro y suenan como las notas de un instrumento, se reúnen entre los céspedes, y, susurrando, susurrando, con un ruido semejante al de las abejas que zumban en torno de las flores, se alejan por entre las arenas, y forman un cauce, y luchan con los obstáculos que se oponen a su camino, y se repliegan sobre sí mismas, y saltan, y huyen, y corren, unas veces con risa, otras con suspiros, hasta caer en un lago. En el lago caen con un rumor indescriptible. Lamentos, palabras, nombres, cantares, yo no sé lo que he oído en aquel rumor cuando me he sentado solo y febril sobre el peñasco a cuyos pies saltan las aguas de la fuente misteriosa para estancarse en una balsa profunda, cuya inmóvil superficie apenas riza el viento de la tarde.

Todo es allí grande. La soledad con sus mil rumores desconocidos vive en aquellos lugares y embriaga el espíritu en su inefable melancolía. En las plateadas hojas de los álamos, en los huecos de las peñas, en las ondas del agua parecen que nos hablan los invisibles espíritus de la Naturaleza, que reconocen un hermano en el inmortal espíritu del hombre.

Cuando, al despuntar la mañana, me veías tomar la ballesta y dirigirme al monte, no era nunca para perderme entre sus matorrales en pos de la caza, no; iba a sentarme al borde de la fuente, a buscar en sus ondas... no sé qué, ¡una locura! El día en que salté

sobre ella con mi *Relámpago* creí haber visto brillar en su fondo una cosa extraña..., muy extraña...: los ojos de una mujer.

Tal vez sería un rayo de sol que serpeó fugitivo entre su espuma; tal vez una de esas flores que flotan entre las algas de su seno, y cuyos cálices parecen esmeraldas..., no sé; yo creí ver una mirada que se clavó en la mía; una mirada que encendió en mi pecho un deseo absurdo, irrealizable: el de encontrar una persona con unos ojos como aquellos.

En su busca fui un día y otro a aquel sitio.

Por último, una tarde... yo me creí juguete de un sueño...; pero no, es verdad; la he hablado ya muchas veces, como te hablo a ti ahora...; una tarde encontré sentada en mi puesto, y vestida con unas ropas que llegaban hasta las aguas y flotaban sobre su haz, una mujer hermosa sobre toda ponderación. Sus cabellos eran como el oro; sus pestañas brillaban como hilos de luz, y entre las pestañas volteaban inquietas unas pupilas que yo había visto..., sí, porque los ojos de aquella mujer eran de un color imposible; unos ojos...

-¡Verdes! -exclamó Íñigo con un acento de profundo terror, e incorporándose de un salto en su asiento.

Fernando le miró a su vez como asombrado de que concluyese lo que iba a decir, y le preguntó con una mezcla de ansiedad y de alegría:

-¿La conoces?

-¡Oh no! -dijo el montero-. ¡Líbreme Dios de conocerla! Pero mis padres, al prohibirme llegar hasta esos lugares, me dijeron mil veces que el espíritu, trago, demonio o mujer que habita en sus aguas, tiene los ojos de ese color. Yo os conjuro, por lo que más améis en la tierra, a no volver a la fuente de los Álamos. Un día u otro os alcanzará su venganza, y expiaréis muriendo el delito de haber encenagado sus ondas.

-¡Por lo que más amo!... -murmuró el joven con una triste sonrisa.

-Sí -prosiguió el anciano-: por vuestros padres, por vuestros deudos, por las lágrimas de la que el cielo destina para vuestra esposa, por las de un servidor que os ha visto nacer...

-¿Sabes tú lo que más amo en este mundo? ¿Sabes tú por qué daría yo el amor de mi padre, los besos de la que me dio la vida, y todo el cariño que puedan atesorar todas las mujeres de la tierra? Por una mirada, por una sola mirada de esos ojos... ¡Cómo podré yo dejar de buscarlos!

Dijo Fernando estas palabras con tal acento, que la lágrima que temblaba en los párpados de Íñigo se resbaló silenciosa por su mejilla, mientras exclamó con acento sombrío:

-¡Cúmplase la voluntad del cielo!

-¿Quién eres tú? ¿Cuál es tu patria? ¿En dónde habitas? Yo vengo un día y otro en tu busca, y ni veo el corcel que te trae a estos lugares, ni a los servidores que conducen tu litera. Rompe de una vez el misterioso velo en que te envuelves como en una noche profunda. Yo te amo, y, noble o villana, seré tuyo, tuyo siempre...

El sol había traspuesto la cumbre del monte; las sombras bajaban a grandes pasos por su falda; la brisa gemía entre los álamos de la fuente, y la niebla, elevándose poco a poco de la superficie del lago, comenzaba a envolver las rocas de su margen.

Sobre una de estas rocas, sobre una que parecía próxima a desplomarse en el fondo de las aguas, en cuya superficie se retrataba, temblando, el primogénito de Almenar, de rodillas a los pies de su misteriosa amante, procuraba en vano arrancarle el secreto de su existencia.

Ella era hermosa, hermosa y pálida como una estatua de alabastro. Uno de sus rizos caía sobre sus hombros, deslizándose entre los pliegues del velo, como un rayo de sol que atraviesa las nubes, y en el cerco de sus pestañas rubias brillaban sus pupilas, como dos esmeraldas sujetas en una joya de oro.

Cuando el joven acabó de hablarle, sus labios se removieron como para pronunciar algunas palabras; pero sólo exhalaban un suspiro, un suspiro débil, doliente, como el de la ligera onda que empuja una brisa al morir entre los juncos.

-¡No me respondes! -exclamó Fernando al ver burlada su esperanza- ¿Querrás que dé crédito a lo que de ti me han dicho? ¡Oh! No... Háblame; yo quiero saber si me amas; yo quiero saber si puedo amarte, si eres una mujer...

-O un demonio... ¿Y si lo fuese?

El joven vaciló un instante; un sudor frío corrió por sus miembros; sus pupilas se dilataron al fijarse con más intensidad en las de aquella mujer, y, fascinado por su brillo fosfórico, demente casi, exclamó en un arrebato de amor:

-Si lo fueses..., te amaría como te amo ahora, como es mi destino amarte, hasta más allá de esta vida, si hay algo más allá de ella.

-Fernando -dijo la hermosa entonces con una voz semejante a una música-, yo te amo más aún que tú me amas; yo que desciendo hasta un mortal, siendo un espíritu puro. No soy una mujer como las que existen en la tierra; soy una mujer digna de ti, que eres superior a los demás hombres. Yo vivo en el fondo de estas aguas; incorpórea como ellas, fugaz y transparente, hablo con sus rumores y ondulo con sus pliegues. Yo no castigo al que osa turbar la fuente donde moro; antes le premio con mi amor, como a un mortal

superior a las supersticiones del vulgo, como a un amante capaz de comprender mi cariño extraño y misterioso.

Mientras ella hablaba así, el joven, absorto en la contemplación de su fantástica hermosura, atraído como por una fuente desconocida, se aproximaba más y más al borde de la roca. La mujer de los ojos verdes prosiguió así:

-¿Ves, ves el límpido fondo de ese lago, ves esas plantas de largas y verdes hojas que se agitan en su fondo?... Ellas nos darán un lecho de esmeraldas y corales... y yo... te daré una felicidad sin nombre, esa felicidad que has soñado en tus horas de delirio, y que no puede ofrecerte nadie... Ven; la niebla del lago flota sobre nuestras frentes como un pabellón de lino...; las ondas nos llaman con sus voces incomprensibles; el viento empieza entre los álamos sus himnos de amor; ven..., ven...

La noche empezaba a extender sus sombras; la luna rielaba en la superficie del lago; la niebla se arremolinaba al soplo del aire, y los ojos verdes brillaban en la oscuridad como los fuegos fatuos que corren sobre el haz de las aguas infectas... Ven..., ven... Estas palabras zumbaban en los oídos de Fernando como un conjuro. Ven... Y la mujer misteriosa le llamaba al borde del abismo, donde estaba suspendida, y parecía ofrecerle un beso..., un beso...

Fernando dio un paso hacia ella...; otro..., y sintió unos brazos delgados y flexibles que se liaban a su cuello, y una sensación fría en sus labios ardorosos, un beso de nieve..., y vaciló..., y perdió pie, y calló al agua con un rumor sordo y lúgubre.

Las aguas saltaron en chispas de luz y se cerraron sobre su cuerpo, y sus círculos de plata fueron ensanchándose, ensanchándose hasta expirar en las orillas.

Texto 12: *Quijote2*

Bien les pareció, a los que escuchado habían, la canción de Grisóstomo, puesto que el que la leyó dijo que no le parecía que conformaba con la relación que él había oído del recato y bondad de Marcela, porque en ella se quejaba Grisóstomo de celos, sospechas y de ausencia, todo en perjuicio del buen crédito y buena fama de Marcela. A lo cual respondió Ambrosio, como aquél que sabía bien los más escondidos pensamientos de su amigo:

-Para que, señor, os satisfagáis desduda, es bien que sepáis que cuando este desdichado escribió esta canción estaba ausente de Marcela, de quien él se había ausentado por su voluntad, por ver si usaba con él la ausencia de sus ordinarios fueros; y como al enamorado ausente no hay cosa que no le fatigue ni temor que no le dé alcance, así le fatigaban a Grisóstomo los celos imaginados y las sospechas temidas como si fueran verdaderas. Y con esto queda en su punto la verdad que la fama pregonaba de la bondad de Marcela; a la cual, fuera de ser cruel, y un poco arrogante, y un mucho desdeñosa, la misma envidia ni debe ni puede ponerle falta alguna.

-Así es la verdad -respondió Vivaldo.

Y queriendo leer otro papel de los que había reservado del fuego, lo estorbó una maravillosa visión (que tal parecía ella) que improvisamente se les ofreció a los ojos; y fue que, por cima de la peña donde se cavaba la sepultura pareció la pastora Marcela, tan hermosa, que pasaba a su fama su hermosura. Los que hasta entonces no la habían visto la miraban con admiración y silencio; y los que ya estaban acostumbrados a verla no quedaron menos suspensos que los que nunca la habían visto. Mas apenas la hubo visto Ambrosio, cuando con muestras de ánimo indignado le dijo:

-¿Vienes a ver, por ventura, ¡oh fiero basilisco destas montañas!, si con tu presencia vierten sangre las heridas deste miserable a quien tu crueldad quitó la vida, o vienes a ufanarte en las crueles hazañas de tu condición, o a ver desde esa altura, como otro despiadado Nero, el incendio de su abrasada Roma, o a pisar arrogante este desdichado cadáver, como la ingrata hija al de su padre Tarquino? Dinos presto a lo que vienes, o qué es aquello de que más gustas; que por saber yo que los pensamientos de Grisóstomo jamás dejaron de obedecerte en vida, haré que, aun él muerto, te obedezcan los de todos aquéllos que se llamaron sus amigos.

-No vengo ¡oh Ambrosio! a ninguna cosa de las que has dicho -respondió Marcela-, sino a volver por mí misma, y a dar a entender cuán fuera de razón van todos aquéllos que de sus penas y de la muerte de Grisóstomo me culpan; y así, ruego a todos los que aquí estáis me estéis atentos, que no será menester mucho tiempo ni gastar muchas palabras para persuadir una verdad a los discretos. Hízome el cielo, según vosotros decís, hermosa, y de tal manera, que, sin ser poderosos a otra cosa, a que me améis os mueve mi hermosura, y por el amor que me mostráis, decís, y aun queréis, que esté yo obligada a amaros. Yo conozco, con el natural entendimiento que Dios me ha dado, que todo lo hermoso es amable; mas no alcanzo que, por razón de ser amado, esté obligado lo que es amado por hermoso a amar a quien le ama. Y más, que podría acontecer que el amador de lo hermoso fuese feo, y siendo lo feo digno de ser aborrecido, cae muy mal el decir: «Quiérote por hermosa: hasme de amar aunque sea feo». Pero, puesto caso que corran igualmente las hermosuras, no por eso han de correr iguales los deseos; que no todas hermosuras enamoran: que algunas alegran la vista y no rinden la voluntad; que si todas las bellezas enamorasen y rindiesen, sería un andar las voluntades confusas y descaminadas, sin saber en cuál habían de parar; porque, siendo infinitos los sujetos hermosos, infinitos habían de ser los deseos. Y, según yo he oído decir, el verdadero amor no se divide, y ha de ser voluntario, y no forzoso. Siendo esto así, como yo creo que lo es, ¿por qué queréis que rinda mi voluntad por fuerza, obligada no más de que decís que me queréis bien? Si no, decidme: si como el cielo me hizo hermosa me hiciera fea, ¿fuera justo que me quejara de vosotros porque no me amábades? Cuanto más, que habéis de considerar que yo no escogí la hermosura que tengo: que, tal cual es, el cielo me la dio de gracia, sin yo pedirla ni escogella. Y así como la víbora no merece ser culpada por la ponzoña que tiene, puesto que con ella mata, por habérsela dado naturaleza, tampoco yo merezco ser reprehendida por ser hermosa; que la hermosura en la mujer honesta es como el fuego apartado o como la espada aguda, que ni él quema ni ella corta a quien a ellos no se acerca. La honra y las virtudes son adornos del alma, sin las cuales el cuerpo, aunque lo sea, no debe de parecer hermoso. Pues si la honestidad es una de las virtudes que al cuerpo y al alma más adornan y hermosean, ¿por qué la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder a la intención de aquél que, por sólo su gusto, con todas sus fuerzas e industrias procura que la pierda? Yo nací libre, y para poder vivir libre escogí la soledad de los campos: los árboles destas montañas son mi compañía; las claras aguas destes arroyos mis espejos; con los árboles y con las aguas comunico mis pensamientos y hermosura. Fuego soy apartado y espada puesta lejos. A los que he enamorado con la

vista he desengañado con las palabras; y si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna a Grisóstomo, ni a otro alguno, en fin, de ninguno dellos, bien se puede decir que antes le mató su porfia que mi crueldad. Y si se me hace cargo que eran honestos sus pensamientos, y que por esto estaba obligada a corresponder a ellos, digo que cuando en ese mismo lugar donde ahora se cava su sepultura me descubrió la bondad de su intención, le dije yo que la mía era vivir en perpetua soledad, y de que sola la tierra gozase el fruto de mi recogimiento y los despojos de mi hermosura; y si él, con todo este desengaño, quiso porfiar contra la esperanza y navegar contra el viento, ¿qué mucho que se anegase en la mitad del golfo de su desatino? Si yo le entretuviera, fuera falsa; si le contentara, hiciera contra mi mejor intención y prosupuesto. Porfió desengañado, desesperó sin ser aborrecido: ¡mirad ahora si será razón que de su pena se me dé a mí la culpa! Quéjese el engañado; desespérese aquel a quien le faltaron las prometidas esperanzas, confíese el que yo llamare; ufánese el que yo admitiere; pero no me llame cruel ni homicida aquél a quien yo no prometo, engaño, llamo ni admito. El cielo aún hasta ahora no ha querido que yo ame por destino, y el pensar que tengo de amar por elección es excusado. Este general desengaño sirva a cada uno de los que me solicitan de su particular provecho, y entiéndase de aquí adelante que si alguno por mí muere, no muere de celoso ni desdichado, porque quien a nadie quiere, a ninguno debe dar celos; que los desengaños no se han de tomar en cuenta de desdenes. El que me llama fiera y basilisco, déjeme como cosa perjudicial y mala; el que me llama ingrata, no me sirva; el que desconocida, no me conozca; quien cruel, no me siga; que esta fiera, este basilisco, esta ingrata, esta cruel y esta desconocida, ni los buscará, servirá, conocerá ni seguirá en ninguna manera. Que si a Grisóstomo mató su impaciencia y arrojado deseo, ¿por qué se ha de culpar mi honesto proceder y recato? Si yo conservo mi limpieza con la compañía de los árboles, ¿por qué ha de querer que la pierda el que quiere que la tenga con los hombres? Yo, como sabéis, tengo riquezas propias, y no codicio las ajenas; tengo libre condición y no gusto de sujetarme; ni quiero ni aborrezco a nadie; no engaño a éste, ni solicito a aquél; ni burlo con uno, ni me entretengo con el otro. La conversación honesta de las zagalas destas aldeas y el cuidado de mis cabras me entretiene. Tienen mis deseos por término estas montañas, y si de aquí salen, es a contemplar la hermosura del cielo, pasos con que camina el alma a su morada primera.

Y en diciendo esto, sin querer oír respuesta alguna, volvió las espaldas y se entró por lo más cerrado de un monte que allí cerca estaba, dejando admirados, tanto de su

discreción como de su hermosura, a todos los que allí estaban. Y algunos dieron muestras (de aquellos que de la poderosa flecha de los rayos de sus bellos ojos estaban heridos) de quererla seguir, sin aprovecharse del manifiesto desengaño que habían oído. Lo cual visto por don Quijote, pareciéndole que allí venía bien usar de su caballería, socorriendo a las doncellas menesterosas, puesta la mano en el puño de su espada, en altas e inteligibles voces, dijo:

-Ninguna persona, de cualquier estado y condición que sea, se atreva a seguir a la hermosa Marcela, so pena de caer en la furiosa indignación mía. Ella ha mostrado con claras y suficientes razones la poca o ninguna culpa que ha tenido en la muerte de Grisóstomo, y cuán ajena vive de condescender con los deseos de ninguno de sus amantes; a cuya causa es justo que, en lugar de ser seguida y perseguida, sea honrada y estimada de todos los buenos del mundo, pues muestra que en él ella es sola la que con tan honesta intención vive.

O ya que fuese por las amenazas de don Quijote, o porque Ambrosio les dijo que concluyesen con lo que a su buen amigo debían, ninguno de los pastores se movió ni apartó de allí hasta que, acabada la sepultura y abrasados los papeles de Grisóstomo, pusieron su cuerpo en ella, no sin muchas lágrimas de los circunstantes. Cerraron la sepultura con una gruesa peña, en tanto que se acababa una losa que, según Ambrosio, dijo, pensaba mandar hacer, con un epitafio que había de decir desta manera:

Yace aquí de un amador
el mísero cuerpo helado,
que fue pastor de ganado,
perdido por desamor.
Murió a manos del rigor
de una esquiva hermosa ingrata,
con quien su imperio dilata
la tiranía de Amor.

Luego esparcieron por cima de la sepultura muchas flores y ramos, y, dando todos el pésame a su amigo Ambrosio, se despidieron dél. Lo mismo hicieron Vivaldo y su

compañero, y don Quijote se despidió de sus huéspedes y de los caminantes, los cuales le rogaron se viniese con ellos a Sevilla, por ser lugar tan acomodado a hallar aventuras, que en cada calle y tras cada esquina se ofrecen más que en otro alguno. Don Quijote les agradeció el aviso y el ánimo que mostraban de hacerle merced, y dijo que por entonces no quería ni debía ir a Sevilla, hasta que hubiese despojado todas aquellas sierras de ladrones malandrines, de quien era fama que todas estaban llenas. Viendo su buena determinación, no quisieron los caminantes importunarle más, sino, tornándose a despedir de nuevo, le dejaron y prosiguieron su camino, en el cual no les faltó de qué tratar, así de la historia de Marcela y Grisóstomo como de las locuras de don Quijote. El cual determinó de ir a buscar a la pastora Marcela y ofrecerle todo lo que él podía en su servicio; mas no le avino como él pensaba, según se cuenta en el discurso desta verdadera historia, dando aquí fin la segunda parte.

Texto 13: *Leyenda2*

Era noble, había nacido entre el estruendo de las armas, y el insólito clamor de una trompa de guerra no lo hubiera hecho levantar la cabeza un instante ni apartar sus ojos de un punto del oscuro pergamino en que leía la última cantiga de un trovador.

Los que quisieran encontrarle no le debían buscar en el anchuroso patio de su castillo, donde los palafreneros domaban los potros, los pajes enseñaban a volar a los halcones y los soldados se entretenían los días de reposo en afilar el hierro de su lanza contra una piedra.

-¿Dónde está Manrique, dónde está vuestro señor? -preguntaba algunas veces su madre.

-No sabemos -respondían sus servidores-; acaso estará en el claustro del monasterio de la Peña, sentado al borde de una tumba, prestando oído a ver si sorprende alguna palabra de la conversación de los muertos, o en el puente, mirando correr unas tras otras las olas del río por debajo de sus arcos; o acurrucado en la quiebra de una roca y entretenido en contar las estrellas del cielo, en seguir una nube con la vista o contemplar los fuegos fatuos que cruzan como exhalaciones sobre el haz de las lagunas. En cualquiera parte estará, menos en donde esté todo el mundo.

En efecto, Manrique amaba la soledad, y la amaba de tal modo, que algunas veces hubiera deseado no tener sombra, porque su sombra no le siguiese a todas partes.

Amaba la soledad, porque en su seno, dando rienda suelta a la imaginación, forjaba un mundo fantástico, habitado por extrañas creaciones, hijas de sus delirios y sus ensueños de poeta; porque Manrique era poeta, tanto, que nunca le habían satisfecho las formas en que pudiera encerrar sus pensamientos, y nunca los había encerrado al escribirlos.

Creía que entre las rojas ascuas del hogar habitaban espíritus de fuego de mil colores, que corrían como insectos de oro a lo largo de los troncos encendidos o danzaban en una luminosa ronda de chispas en la cúspide de las llamas, y se pasaba las horas muertas sentado en un escabel junto a la alta chimenea gótica, inmóvil y con los ojos fijos en la lumbre.

Creía que en el fondo de las ondas del río, entre los musgos de la fuente y sobre los vapores del lago vivían unas mujeres misteriosas, hadas, sílfides u ondinas, que exhalaban lamentos y suspiros o cantaban y se reían en el monótono rumor del agua, rumor que oía en silencio intentando traducirlo.

En las nubes, en el aire, en el fondo de los bosques, en las grietas de las peñas, imaginaba percibir formas o escuchar sonidos misteriosos, formas de seres sobrenaturales, palabras ininteligibles que no podía comprender.

¡Amar! Había nacido para soñar el amor, no para sentirlo. Amaba a todas las mujeres un instante: a ésta porque era rubia, a aquélla porque tenía los labios rojos, a la otra porque se cimbreaba, al andar, como un junco.

Algunas veces llegaba su delirio hasta el punto de quedarse una noche entera mirando a la luna, que flotaba en el cielo entre un vapor de plata, o a las estrellas, que temblaban a lo lejos como los cambiantes de las piedras preciosas. En aquellas largas noches de poético insomnio, exclamaba:

-Si es verdad, como el prior de la Peña me ha dicho, que es posible que esos puntos de luz sean mundos; si es verdad que en ese globo de nácar que rueda sobre las nubes habitan gentes, ¡qué mujeres tan hermosas serán las mujeres de esas regiones luminosas, y yo no podré verlas, y yo no podré amarlas!... ¿Cómo será su hermosura?... ¿Cómo será su amor?

Manrique no estaba aún lo bastante loco para que le siguiesen los muchachos, pero sí lo suficiente para hablar y gesticular a solas, que es por donde se empieza.

Sobre el Duero, que pasaba lamiendo las carcomidas y oscuras piedras de las murallas de Soria, hay un puente que conduce de la ciudad al antiguo convento de los Templarios, cuyas posesiones se extendían a lo largo de la opuesta margen del río.

En la época a que nos referimos, los caballeros de la Orden habían ya abandonado sus históricas fortalezas; pero aún quedaban en pie los restos de los anchos torreones de sus muros; aún se veían, como en parte se ven hoy, cubiertos de hiedra y campanillas blancas, los macizos arcos de su claustro, las prolongadas galerías ojivales de sus patios de armas, en las que suspiraba el viento con un gemido, agitando las altas hierbas.

En los huertos y en los jardines, cuyos senderos no hollaban hacía muchos años las plantas de los religiosos, la vegetación, abandonada a sí misma, desplegaba todas sus galas, sin temor de que la mano del hombre la mutilase, creyendo embellecerla. Las plantas trepadoras subían encaramándose por los añosos troncos de los árboles; las sombrías calles de álamos, cuyas copas se tocaban y se confundían entre sí, se habían cubierto de césped; los cardos silvestres y las ortigas brotaban en medio de los enarenados caminos, y en dos trozos de fábrica, próximos a desplomarse, el jaramago, flotando al viento como el penacho de una cimera, y las campanillas blancas y azules, balanceándose

como en un columpio sobre sus largos y flexibles tallos, pregonaban la victoria de la destrucción y la ruina.

Era de noche; una noche de verano, templada, llena de perfumes y de rumores apacibles, y con una luna blanca y serena en mitad de un cielo azul, luminoso y transparente.

Manrique, presa su imaginación de un vértigo de poesía, después de atravesar el puente, desde donde contempló un momento la negra silueta de la ciudad, que se destacaba sobre el fondo de algunas nubes blanquecinas y ligeras arrolladas en el horizonte, se internó en las desiertas ruinas de los Templarios.

La media noche tocaba a su punto. La luna, que se había ido remontando lentamente, estaba ya en lo más alto del cielo, cuando, al entrar en una oscura alameda que conducía desde el derruido claustro a la margen del Duero, Manrique exhaló un grito leve, ahogado, mezcla extraña de sorpresa, de temor y de júbilo.

En el fondo de la sombría alameda había visto agitarse una cosa blanca, que flotó un momento y desapareció en la oscuridad. La orla del traje de una mujer, de una mujer que había cruzado el sendero y se ocultaba entre el follaje, en el mismo instante en que el loco soñador de quimeras o imposibles penetraba en los jardines.

Llegó al punto en que había visto perderse entre la espesura de las ramas a la mujer misteriosa. Había desaparecido. ¿Por dónde? Allá lejos creyó divisar, por entre los cruzados troncos de los árboles, como una claridad o una forma blanca que se movía.

-¡Es ella, es ella, que lleva alas en los pies y huye como una sombra! -dijo; y se precipitó en su busca, separando con las manos las redes de hiedra que se extendían como un tapiz de unos en otros álamos. Llegó rompiendo por entre la maleza y las plantas parásitas hasta una especie de rellano que iluminaba la claridad del cielo... ¡Nadie! -¡Ah, por aquí, por aquí va! -exclamó entonces-. Oigo sus pisadas sobre las hojas secas, y el crujido de su traje, que arrastra por el suelo y roza en los arbustos -y corría, y corría como un loco de aquí para allá, y no la veía-. Pero siguen sonando sus pisadas -murmuró otra vez-; creo que ha hablado; no hay duda, ha hablado... El viento que suspira entre las ramas; las hojas, que parece que rezan en voz baja, me han impedido oír lo que ha dicho; pero no hay duda, va por ahí, ha hablado..., ha hablado... ¿En qué idioma? No sé, pero es una lengua extranjera...

Y tornó a correr en su seguimiento, unas veces creyendo verla, otras pensando oírla; ya notando que las ramas por entre las cuales había desaparecido se movían; ya imaginando distinguir en la arena la huella de sus breves pies; luego, firmemente

persuadido de que un perfume especial que aspiraba a intervalos era un aroma perteneciente a aquella mujer que se burlaba de él, complaciéndose en huírle por entre aquellas intrincadas malezas. ¡Afán inútil!

Vagó algunas horas de un lado a otro fuera de sí, ya parándose para escuchar, ya desliziéndose con las mayores precauciones sobre la hierba, ya en una carrera frenética y desesperada.

Avanzando, avanzando por entre los inmensos jardines que bordaban la margen del río, llegó al fin al pie de las rocas sobre que se eleva la ermita de San Saturio.

-Tal vez desde esta altura podré orientarme para seguir mis pesquisas a través de ese confuso laberinto -exclamó trepando de peña en peña con la ayuda de su daga.

Llegó a la cima, desde la que se descubre la ciudad en lontananza y una gran parte del Duero que se retuerce a sus pies, arrastrando una corriente impetuosa y oscura por entre las corvas márgenes que lo encarcelan.

Manrique, una vez en lo alto de las rocas, tendió la vista a su alrededor; pero al tenderla y fijarla al cabo en un punto, no pudo contener una blasfemia.

La luz de la luna rielaba chispeando en la estela que dejaba en pos de sí una barca que se dirigía a todo remo a la orilla opuesta.

En aquella barca había creído distinguir una forma blanca y esbelta, una mujer, sin duda la mujer que había visto en los Templarios, la mujer de sus sueños, la realización de sus más locas esperanzas. Se descolgó de las peñas con la agilidad de un gamo, arrojó al suelo la gorra, cuya redonda y larga pluma podía embarazarle para correr, y desnudándose del ancho capotillo de terciopelo, partió como una exhalación hacia el puente.

Pensaba atravesarlo y llegar a la ciudad antes que la barca tocara en la otra orilla. ¡Locura! Cuando Manrique llegó jadeante y cubierto de sudor, a la entrada, ya los que habían atravesado el Duero por la parte de San Saturio, entraban en Soria por una de las puertas del muro, que en aquel tiempo llegaba hasta la margen del río, en cuyas aguas se retrataban sus pardas almenas.

Aunque desvanecida su esperanza de alcanzar a los que habían entrado por el postigo de San Saturio, no por eso nuestro héroe perdió la de saber la casa que en la ciudad podía albergarlos. Fija en su mente esta idea, penetró en la población, y dirigiéndose hacia el barrio de San Juan, comenzó a vagar por sus calles a la ventura.

Las calles de Soria eran entonces, y lo son todavía, estrechas, oscuras y tortuosas. Un silencio profundo reinaba en ellas, silencio que sólo interrumpían ora el lejano ladrido

de un perro, ora el rumor de una puerta al cerrarse, ora el relincho de un corcel que, piafando, hacía sonar la cadena que le sujetaba al pesebre en las subterráneas caballerizas.

Manrique, con el oído atento a estos rumores de la noche, que unas veces le parecían los pasos de alguna persona que había doblado ya la última esquina de un callejón desierto; otras, voces confusas de gentes que hablaban a sus espaldas y que a cada momento esperaba ver a su lado, anduvo algunas horas corriendo al azar de un sitio a otro.

Por último, se detuvo al pie de un caserón de piedra, oscuro y antiquísimo, y al detenerse brillaron sus ojos con una indescriptible expresión de alegría. En una de las altas ventanas ojivales de aquel que pudiéramos llamar palacio se veía un rayo de luz templada y suave que, pasando a través de unas ligeras colgaduras de seda color de rosa, se reflejaba en el negruzco y grieteado paredón de la casa de enfrente.

-No cabe duda; aquí vive mi desconocida -murmuró el joven en voz baja sin apartar un punto sus ojos de la ventana gótica-, aquí vive. Ella entró por el postigo de San Saturio...; por el postigo de San Saturio se viene a este barrio...; en este barrio hay una casa donde, pasada la media noche, aún hay gente en vela... ¿En vela? ¿Quién sino ella, que vuelve de sus nocturnas excursiones, puede estarlo a estas horas?... No hay más; ésta es su casa.

En esta firme persuasión, y revolviendo en su cabeza las más locas y fantásticas imaginaciones, esperó el alba frente a la ventana gótica, de la que en toda la noche no faltó la luz, ni él separó la vista un momento.

Cuando llegó el día, las macizas puertas del arco que daba entrada al caserón, y sobre cuya clave se veían esculpidos los blasones de su dueño, giraron pesadamente sobre los goznes, con un chirrido prolongado y agudo. Un escudero reapareció en el dintel con un manojo de llaves en la mano, restregándose los ojos y enseñando al bostezar una caja de dientes capaces de dar envidia a un cocodrilo.

Verle Manrique y lanzarse a la puerta todo fue obra de un instante.

-¿Quién habita en esta casa? ¿Cómo se llama ella? ¿De dónde es? ¿A qué ha venido a Soria? ¿Tiene esposo? Responde, responde, animal.

Ésta fue la salutación que, sacudiéndole el brazo violentamente, dirigió al pobre escudero, el cual, después de mirarle un buen espacio de tiempo con ojos espantados y estúpidos, le contestó con voz entrecortada por la sorpresa:

-En esta casa vive el muy honrado señor D. Alonso de Valdecuellos, montero mayor de nuestro señor el rey, que, herido en la guerra contra moros, se encuentra en esta ciudad reponiéndose de sus fatigas.

-¿Pero y su hija? -interrumpió el joven, impaciente-. ¿Y su hija, o su hermana, o su esposa, o lo que sea?

-No tiene ninguna mujer consigo.

-¿No tiene ninguna!... ¿Pues quién duerme allí en aquel aposento, donde toda la noche he visto arder una luz?

-¿Allí? Allí duerme mi señor D. Alonso, que, como se halla enfermo, mantiene encendida su lámpara hasta que amanece.

Un rayo cayendo de improviso a sus pies no le hubiera causado más asombro que el que le causaron estas palabras.

-Yo la he de encontrar, la he de encontrar; y si la encuentro, estoy casi seguro de que he de conocerla... ¿En qué?... Eso es lo que no podré decir..., pero he de conocerla. El eco de sus pisadas o una sola palabra suya que vuelva a oír; un extremo de su traje, un solo extremo que vuelva a ver me bastarán para conseguirlo. Noche y día estoy mirando flotar delante de mis ojos aquellos pliegues de una tela diáfana y blanquísima; noche y día me están sonando aquí dentro, dentro de la cabeza, el crujido de su traje, el confuso rumor de sus ininteligibles palabras... ¿Qué dijo?... ¿Qué dijo? ¡Ah!, si yo pudiera saber lo que dijo, acaso...; pero, aún sin saberlo, la encontraré..., la encontraré; me lo da el corazón, y mi corazón no me engaña nunca. Verdad es que ya he recorrido inútilmente todas las calles de Soria; que he pasado noches y noches al sereno, hecho poste de una esquina; que he gastado más de veinte doblas en oro en hacer charlar a dueñas y escuderos; que he dado agua bendita en San Nicolás a una vieja, arrebujada con tal arte en su manto de anascote, que se me figuró una deidad; y al salir de la Colegiata una noche de maitines he seguido como un tonto la litera del arcediano, creyendo que el extremo de sus hopalandas era el del traje de mi desconocida; pero no importa...; yo la he de encontrar, y la gloria de poseerla excederá seguramente al trabajo de buscarla.

¿Cómo serán sus ojos?... Deben de ser azules, azules y húmedos como el cielo de la noche; me gustan tanto los ojos de ese color; son tan expresivos, tan melancólicos, tan... Sí..., no hay duda; azules deben de ser; azules son, seguramente, y sus cabellos, negros, muy negros y largos para que floten... Me parece que los vi flotar aquella noche, al par que su traje, y eran negros...; no me engaño, no; eran negros.

¡Y qué bien sientan unos ojos azules, muy rasgados y adormidos, y una cabellera suelta, flotando y oscura, a una mujer alta...; porque... ella es alta, alta y esbelta, como esos ángeles de las portadas de nuestras basílicas, cuyos ovalados rostros envuelven en un misterioso crepúsculo las sombras de sus doseles de granito!

¡Su voz!... Su voz la he oído... su voz es suave como el rumor del viento en las hojas de los álamos, y su andar, acompasado y majestuoso como las cadencias de una música.

Y esa mujer, que es hermosa como el más hermoso de mis sueños de adolescente, que piensa como yo pienso, que gusta como yo gusto, que odia lo que yo odio, que es un espíritu hermano de mi espíritu, que es el complemento de mi ser, ¿no se ha de sentir conmovida al encontrarme? ¿No me ha de amar como yo la amaré, como yo la amo ya, con todas las fuerzas de mi vida, con todas las facultades de mi alma?

Vamos, vamos al sitio donde la vi la primera y única vez que la he visto... ¿Quién sabe si, caprichosa como yo, amiga de la soledad y el misterio, como todas las almas soñadoras, se complace en vagar por entre las ruinas, en el silencio de la noche?

Dos meses habían transcurrido desde que el escudero de D. Alonso de Valdecuellos desengañó al iluso Manrique; dos meses, durante los cuales en cada hora había formado un castillo en el aire, que la realidad desvanecía con un soplo; dos meses, durante los cuales había buscado en vano a aquella mujer desconocida, cuyo absurdo amor iba creciendo en su alma, merced a sus aún más absurdas imaginaciones, cuando, después de atravesar, absorto en estas ideas, el puente que conduce a los Templarios, el enamorado joven se perdió entre las intrincadas sendas de sus jardines.

La noche estaba serena y hermosa; la luna brillaba en toda su plenitud en lo más alto del cielo, y el viento suspiraba con un rumor dulcísimo entre las hojas de los árboles.

Manrique llegó al claustro, tendió la vista por su recinto y miró a través de las macizas columnas de sus arcadas... Estaba desierto.

Salió de él, encaminó sus pasos hacia la oscura alameda que conduce al Duero, y aún no había penetrado en ella, cuando de sus labios se escapó un grito de júbilo.

Había visto flotar un instante, y desaparecer, el extremo del traje blanco, del traje blanco de la mujer de sus sueños, de la mujer que ya amaba como un loco.

Corre, corre en su busca, llega al sitio en que la ha visto desaparecer; pero al llegar se detiene, fija los espantados ojos en el suelo, permanece un rato inmóvil; un ligero temblor nervioso agita sus miembros; un temblor que va creciendo, que va creciendo, y ofrece los síntomas de una verdadera convulsión, y prorrumpe, al fin, en una carcajada sonora, estridente, horrible.

Aquella cosa blanca, ligera, flotante, había vuelto a brillar ante sus ojos, pero había brillado a sus pies un instante, no más que un instante.

Era un rayo de luna, un rayo de luna que penetraba a intervalos por entre la verde bóveda de los árboles cuando el viento movía sus ramas.

Habían pasado algunos años. Manrique, sentado en un sitial junto a la alta chimenea gótica de su castillo, inmóvil casi y con una mirada vaga e inquieta como la de un idiota, apenas prestaba atención ni a las caricias de su madre ni a los consuelos de sus servidores.

-Tú eres joven, tú eres hermoso -le decía aquélla-; ¿por qué te consumes en la soledad? ¿Por qué no buscas una mujer a quien ames, y que, amándote, pueda hacerte feliz?

-¡El amor!... El amor es un rayo de luna -murmuraba el joven.

-¿Por qué no despertáis de ese letargo? -le decía uno de sus escuderos-; os vestís de hierro de pies a cabeza, mandáis desplegar al aire vuestro pendón de ricohombre, y marchamos a la guerra; en la guerra se encuentra la gloria.

-¡La gloria!... La gloria es un rayo de luna.

-¿Queréis que os diga una cantiga, la última que ha compuesto mosén Arnaldo, el trovador provenzal?

-¡No! ¡No! -exclamó el joven incorporándose, colérico, en su sitial-. No quiero nada...; es decir, sí quiero...: quiero que me dejéis solo... Cantigas..., mujeres..., glorias..., felicidad..., mentiras todo, fantasmas vanos que formamos en nuestra imaginación y vestimos a nuestro antojo, y los amamos y corremos tras ellos. ¿Para qué? ¿Para qué? Para encontrar un rayo de luna.

Manrique estaba loco; por lo menos, todo el mundo lo creía así. A mí, por el contrario, se me figuraba que lo que había hecho era recuperar el juicio.

Texto 14: *Dama_Err*

Hay en un libro viejo, cuyo nombre no recuerdo, un capítulo acerca de la vanidad, a la cual llama el autor: «La hija sin padre en los desvanes del mundo». En estos desvanes del mundo hoy, según el inventor de esta frase, chimeneas de todas formas por donde sale el humo de las cabezas vanidosas y huecas. Hay chimeneas grandes y campanudas, otras estrechas y angostas, y muchas que se comunican con algunos hombres ilustres españoles, cuyo fuego no se ve ni su calor se nota, y que sólo se distinguen por sus humaredas.

En uno de estos desvanes tenía, con seguridad, su chimenea Aracil, y no era de las menos humeantes. Con motivo de la conferencia del doctor, hubo discusiones en los periódicos avanzados. Un día un joven catalán, llamado Nilo Brull, se presentó en casa de Aracil con unos artículos, escritos en un periódico de Barcelona, en los cuales se defendía y se comentaba la conferencia del doctor.

Aracil experimentó una gran satisfacción al verse tratado de genio, y no tuvo inconveniente en presentar en todas partes y proteger a Brull, que se encontraba en una situación apurada. Le dio dinero, le llevó a su casa y le convidó varias veces a comer.

María, desde el principio, sintió una gran antipatía por Brull. Era éste un joven de veintitrés a veinticuatro años, de regular estatura, moreno, con los pómulos salientes y la mirada extraviada. Hablaba con un acento enfático, hueco y estrepitoso, y tenía una inoportunidad y un mal gusto extraordinarios. Lo más desagradable en él era la sonrisa, una sonrisa amarga, que expresaba esa ironía del mediterráneo, sin bondad y sin gracia.

En el fondo, toda su alma estaba hinchada por una vanidad monstruosa; quería llamar la atención de la gente, sorprenderla, pero no con benevolencia ni con simpatía, sino, al revés, mortificándola. Tenía ese sentimiento especial de las mujeres coquetas, de los Tenorios, de los anarquistas y de algunos catedráticos que quieren ser amados por aquellos mismos a quienes tratan de ofender y de molestar.

En algunos países en donde la masa es un poco amorfa, como en Alemania y en Rusia, se da el caso de que los hombres que más denigran su país son los más admirados; en España, esto es absolutamente imposible. María sintió desde el principio una profunda aversión por aquel farsante peligroso, y se manifestó con él indiferente y poco amable. Brull tenía, como Aracil, cierta originalidad retórica y un ansia por el último libro, la última teoría, el último sistema filosófico, completamente catalana.

Una palabra nueva, terminada en ismo, que no la conociera nadie, era para él un regalo de los dioses. Si, por ejemplo, hablaban de ideas filosóficas, y el uno aseguraba su materialismo y el otro su espiritualismo, saltaba Brull, y exclamaba: «Yo soy partidario del filosofismo.» Y cuando sus interlocutores quedaban un poco asombrados, Brull salía con una explicación pedantesca, disertando acerca de un pensador llamado Filosofoff, de la Laponia o de la Groenlandia —sabido es que la civilización y la filosofía huyen del sol—, que había aparecido hacía un mes y tres días, y demostrado la falsedad de todos los sistemas filosóficos europeos, americanos y hasta de los catalanes.

Brull era anti catalanista furibundo, lo cual no impedía que estuviera hablando continuamente de la psicología de los catalanes, de la manera especial que tienen los catalanes de considerar el mundo, el arte y la vida. Los italianos del Renacimiento no eran nada al lado de los catalanes de ahora; al oírle a Brull, cualquiera hubiese dicho que la preocupación de la Naturaleza, cuando estaba encinta, embarazada con tanto mundo, embrionario, no era saber en qué acabaría su embarazo, si no pensar qué haría con los catalanes.

Al dar tanta importancia a los catalanes, tenía que dársela también, por exclusión y por comparación, a los demás españoles, y así resultaba que, siendo España en conjunto, según Brull, la última palabra del credo, a pedazos, era el cogollo de Europa. Brull no convencía, pero hacía efecto; tenía el don de lo teatral: su argumentación y su fraseología eran siempre exageradas y brillantes. A un interlocutor sencillo le daba la impresión de un hombre extraordinario. Toda idea de superioridad individual, regional o étnica halagaba la vanidad de Brull. Contaba una vez a Iturriz, con fruición maliciosa, que uno de sus amigos, separatista, llamaba a España la Nubiana; e Iturriz, que le escuchaba muy serio, le dijo:

—Eso no tiene mas que el valor de un chiste, y de un chiste malo. Es lo mismo que lo que me decía un profesor vascongado.

—¿Qué decía?

—Decía que en España no se puede hacer mas que esta división: vascos y maketos, y añadía que maketo es sinónimo de gitano. Brull sintió casi una molestia al oírse llamado por un mote despreciativo.

Era el catalán hombre de una susceptibilidad y de una violencia grandes, que se irritaba por las cosas más pequeñas; así, que experimentó una ira feroz al ver a María Aracil que no sólo no se interesaba por él, sino que le huía. Esto a Brull le ofendió profundamente, y le maravilló hasta tal punto, que un día, viéndola sola, le dijo, con su sonrisa amarga de mediterráneo:

—¿Qué tengo yo para que me odie usted de ese modo?

—Yo no le odio a usted.

—Sí, que me odia usted. Tiene usted por mí verdadera aversión.

—No es verdad. Brull, para tranquilidad de su soberbia, necesitaba suponer en María mejor una aversión profunda que una fría indiferencia.

—¿Es que yo le he hecho a usted algo? —siguió preguntando Brull.

—Sí, está usted arrastrando a mi padre a que haga alguna tontería.

—¡Bah! No tenga usted cuidado —y Brull se echó a reír con su risa antipática—. El doctor no es de los que se sacrifican por la idea

La risa de Brull hizo enrojecer a María.

—¿Y usted, sí? —dijo con desprecio.

—Yo sí —contestó él con una violencia brutal.

—Pues peor para usted —contestó María, asustada.

Unas horas después, Brull envió una carta a María. Era una carta petulante, con alardes inoportunos de sinceridad. Decía en ella que él no había querido a ninguna mujer, porque consideraba a las españolas dignas de ser esclavas; pero si ella quería hacer un ensayo con él, para ver si sus dos inteligencias se comprendían, él no tenía inconveniente alguno.

De paso, en la carta citaba una porción de nombres alemanes y rusos que María supuso serían de filósofos. María, que no hubiese sido cruel con otro cualquiera, pensando en que Brull se había reído de su padre, le devolvió la carta, pidiéndole, de paso, que no le volviera a escribir, porque no le entendía. Brull debió de manifestar al doctor la aversión que le demostraba María, y Aracil preguntó a su hija:

—¿Por qué le tienes ese odio a Brull?

—Porque es un majadero y un farsante, y, además, malintencionado y peligroso.

—No, no. Es un hombre desgraciado, que no tiene simpatía, pero es un cerebro fuerte. Su historia es muy triste; parece que su madre es una señora rica de Barcelona que tuvo un hijo, fuera del matrimonio, con un militar vicioso y perdido, mientras el esposo de esta señora estaba en Filipinas, y al hijo lo tuvieron en el campo y luego lo educaron en un colegio de Francia. Y ahora los hermanos de Brull son riquísimos, y él vive de una pensión modesta que le dan por debajo de cuerda.

—De manera que se ha hecho anarquista por envidia.

—No, no. Eres injusta con él. Brull es un hombre de ideas. Parece que de niño era aplicado y quería hacerse cura, hasta que supo su origen irregular y leyó un libro con las atrocidades cometidas en Montjuic, y se sintió furibundamente anarquista. Lo primero que dice al que le conoce por primera vez es que él es hijo natural, y asegura que tiene orgullo en esto. Es irritable porque está enfermo. Yo le digo que se cuide, pero no quiere... Y lo que pasa en Madrid, que creo que no ocurrirá en ninguna parte.

—Pues, ¿qué ha pasado.

—Que Brull ha conocido en el café a dos viejecitos que, al oírle contar sus aventuras, le dan algún dinero y le quieren proteger.

—¿Y él no quiere?

—No. Él se ríe de ellos. Pero la verdad es que sólo aquí, en este pueblo débil y misericordioso, se encuentran estos protectores en la calle.

—Vete a saber lo que les pasará a esos viejecitos. Quizá les recuerde Brull algún hijo que hayan perdido.

—¿Quién sabe? Aracil estimaba mucho a Nilo Brull, y María llegó a creer que le tenía miedo. Un día, el doctor vino por la noche un poco alarmado.

—Esta tarde ese Brull me ha hecho pasar un mal rato —dijo.

—Pues ¿qué ha ocurrido?

—Estaba yo a la puerta del Suizo, hablando con Brull, cuando se para delante, en su coche, el marqués de Sendilla. «¿Tiene usted algo que hacer ahora?», me ha dicho. «Nada, hasta las siete.» «Pues suba usted y daremos un paseo.» «Es que estoy con este amigo.»

«Pues que suba su amigo también.» Hemos subido y hemos ido a la Casa de Campo. La tarde estaba magnífica. De repente, se cruzan en el camino el rey y su madre en coche, y da la coincidencia de que se paran delante de nosotros, y le veo a Brull, con una mirada extraña, que se lleva la mano al bolsillo del pantalón como buscando algo.

[He llevado un rato! El marqués no lo ha notado. Hemos seguido adelante, y, a la vuelta, el marqués nos ha dejado en la Puerta del Sol. Al bajar del coche le he dicho a Brull: «¡Ma ha dado usted el gran susto!» y él se ha reído, con esa risa amarga que tiene, y ha dicho: «Yo no soy cazador como él. Respeto la vida de los hombres y la de los conejos.» Pero, ¿qué sé yo? Tenía una expresión rara.

—Lo que debías hacer es no andar más con Brull.

—Sí, sí; es lo que haré. En la Casa de Campo he visto a Isidro, el guarda, el padre de aquella chica que curé en el hospital.

—¡Ah, sí!

—Me ha saludado con gran entusiasmo. Es una buena persona. —Pues tiene todas las trazas de un bandido.

—Sí, eso es verdad; sin embargo, yo creo que ese hombre haría por mí cualquier sacrificio.

Un día, Brull presentó al doctor Aracil dos compañeros que venían de Barcelona: el señor Suñer, catalán, y una señorita rusa. El señor Suñer, hombre de unos cincuenta años, de figura apostólica, se creía un lince y era un topo. Quería hacer propaganda libertaria, y todo el que le oía renegaba para siempre del anarquismo. Completamente vulgar y completamente hueco, el señor Suñer se disfrazaba de santón del racionalismo, y los papanatas no notaban su disfraz.

Como era rico, el buen señor se daba el gustazo de publicar una pequeña biblioteca, escogiendo, con un criterio de galápagos, lo más ramplón y lo más chirle de cuanto se ha escrito contra la sociedad. El señor Suñer intentaba demostrar en su conversación que, como crítico de los prejuicios sociales, no tenía rival, y lo único que demostraba era cómo pueden ir juntos, mano a mano, la pedantería con el anarquismo. Hacía esta Kant de la Barceloneta los descubrimientos típicos de todo orador de mitin libertario.

Texto 15: *Patranuelo*3

Acrio, Rey de Polonia, vivía muy alegre y regocijado y contento, por haber casado con la hermosa infanta Olimpa, y mucho más de verse dotado de hermosura y disposición cuanto posible fuese, que a su parecer no había hombre que con él se igualase; tanto, que alabándose de ello un día delante de Redulfo, romano, muy familiar criado suyo, le respondió:

-En hermosura, crea Vuestra Alteza que tengo yo un hermano, que se llama Octavio, que se podría igualar con él, y aun podría ser que le aventajase en algo.

Al necio del Rey, crecióle tanto el apetito y deseo de verle, que le rogó a Redulfo, dándole dineros y joyas, que le trajese a su corte a Octavio. Redulfo, excusándose que su hermano era mancebo y recién casado con madama Brasilda, mujer romana, hermosa y agraciada en extremo grado, igual en gentileza con su marido, y que tenía por imposible que dejase a Roma ni se apartase un solo momento de su mujer, tanto querida. En esto dijo el Rey:

-Según los intervalos que tú me pones, no puedo conjeturar sino que me mientes o me lo has dicho por burlarte de mí.

-Antes no, ni Dios quiera ni mande -respondió Redulfo- sino que, vista la presente, partiré por cumplir tu mandamiento y lo traeré delante tu real presencia, haciendo toda mi posibilidad.

Partido Redulfo y llegado a Roma, fue muy alegremente recibido de su hermano Octavio y su cuñada Brasilda. A cabo de algunos días, declarando a su hermano la causa de su venida, tomólo tan contra su voluntad que no sabía qué remedio se escogiese, en especial cuando pensaba decirlo a su mujer, que tanto mostraba quererle. En fin, viendo la importunidad de su hermano y que no podía hacer otra cosa, sino irse con él, un día, estando los tres juntos en mesa con mucho regocijo, después de comer, por sus rodeos y gentil estilo, lo dijo el marido a su mujer, la cual, en oírlo, empezó a hacer grandísimos extremos, y como medio desmayada, diciendo:

-¡Ay, marido mío, y señor y descanso mío! ¿Y quién podrá vivir sin vuestra amorosa presencia un solo punto?

Él, consolándola lo mejor que pudo, le prometió que antes de dos meses sería de vuelta, y que, por tanto, se dejase de hacer más extremos ni fatigarse.

Aderezados los dos hermanos de ropas y caballos y escuderos, según a sus estados convenía, yéndose a acostar la víspera de la partida Octavio y su mujer, se quitó ella del

cuello un riquísimo joyel con una cruz de piedras preciosas, el cual había tocado en las más reliquias de Roma, y dióselo a su marido con todo aquel encarecimiento que las mujeres suelen hacer, para que lo trajese consigo en señal de amor, porque se acordase de ella adonde quiera que estuviese, y fuese guardado de algunos peligros. Agradeciéndoselo mucho tomole Octavio y púsole a su cabecera debajo de la almohada para poderle tomar en la mañana, al punto que se levantase de la cama. Acostados, su mujer por jamás en toda la noche durmió, metida en sus brazos, a veces llorando, a veces maldiciéndose, y muchas desmayando. Levantados Octavio y Redulfo antes que amaneciese, ensillados y enfrenados sus caballos, y estando a punto de caminar, al despedirse no había quien a Brasilda la apartase de su marido ni la consolase, tan grandes eran los llantos que hacía. En fin, que despedidos y ella vuelta a acostarse a su cama, aún no hubo caminado Octavio media legua, cuando le vino a la memoria que debajo del almohada había dejado la cruz que su mujer con tanta eficacia le dio. Determinando él solo en persona volver por ella, dijo a su hermano que no dejase de seguir su camino paso a paso, hasta en tanto que volvía a su posada por cierto joyel que se había olvidado. Pues, como descabalgase en el patín de su casa y entrase muy de quedo en la cámara por respecto que si dormía su mujer no la despertase, alzando la cortina vio lo que nunca pensara ni creyera, y es que vio estar abrazada su mujer Brasilda, durmiendo con un siervo, el más ínfimo y tonto de su casa. Suspenso estuvo de ver semejante caso, y por dos o tres veces vacilando si con su espada daría fin a sus vidas; pero el amor de Brasilda le convenció, que no hizo sino bonitamente tomar su joyel, que estaba debajo del almohada, y salirse de la cámara, y sin ser sentido de nadie volvió a cabalgar y proseguir su camino, que en breve tiempo alcanzó a su hermano.

Yendo los dos juntos, veía Redulfo a Octavio, su hermano, caminar tan suspenso y decaído, tan mudado de color y a poco a poco la cara que antes tenía tan desfigurada, que no podía comprender ni sacar rastro de él qué era lo que le había acontecido. De otra parte, hallábase confuso de ver cuán mentiroso saldría de lo que al rey Acrio había encarecido y alabado, por lo cual, siendo cerca de la Corte, determinó de escribir al Rey, diciéndole que por causa que su hermano venía cansado y medio muerto del camino, que no procurase de verle por entonces, sino que le suplicaba le proveyese de darle algún alegre aposento en que pudiese algunos días descansar y festejarle.

El Rey, regocijado con la venida de Octavio, mandó que le aposentasen en su palacio en un alegre y espacioso aposento, adonde el hermano no dejaba de darle todos los pasatiempos del mundo, pero a Octavio, el pensamiento de cómo había dejado a su mujer

se los digería en todo pesar y tristeza, no siendo parte los regocijos y fiestas de su hermano para remediarle. Estando un día solo Octavio en su aposento, le vino el remedio, sin que le buscase, a la mano, y fue que la estancia adonde él habitaba, venía a conferir en el íntimo aposento de la Reina, y como sintiese quejas de mujer celosa, mirando por la sala vio en el rincón de ella, en lo más oscuro, una abertura de pared, y acechando por ella, vio cómo la Reina y un enano, medio monstruo, estaban retozando, pasando sus amorosos efectos. Atónito y aturdido de ver semejante caso, se puso entre sí mismo a considerar, diciendo:

-¡Válgame Dios! ¿Y esta Reina, teniendo un tan gentilhombre por marido, se viene a someter a una fantasma como esta?

Desde entonces propuso en su entendimiento que su mujer no era tanto de culpar; pero en el atrevimiento y fealdad en un mismo grado las ponía, pues no se contentaban de hermosos maridos y dotados de bienes de fortuna. Con estas consideraciones, diciendo entre sí mismo:

-En fin, no soy yo solo herido de este mal en el mundo-, empezó a quitar aquella imaginación que de su mujer tenía, y más cuando vio en el otro día siguiente que en el mismo lugar y a la misma hora, el enano y la Reina no dejaban de celebrar los cuernos reales; tanto, que entre otros días vio en uno que la Reina estaba muy enojada, porque el enano, estando jugando, no había querido acudir a la asignada hora, habiéndole enviado a llamar con una criada por dos o tres veces. Con este espectáculo y competencia, Octavio tornó de triste muy alegre, y en breves días recobró la salud y el mismo ser que había perdido; por donde Redulfo, muy regocijado, dijo al Rey que ya su hermano estaba bueno y en disposición para gozar de su vista toda hora y cuando su Alteza mandase.

Venido el Rey al aposento de Octavio, y maravillado de la gentileza y disposición suya, conoció que Redulfo le había dicho verdad, y entrando en conversación, entre las otras cosas que le pidió el Rey a Octavio, fue que le rogaba le dijese qué había sido la causa de su enfermedad. Suplicando al Rey que se lo tuviese secreto, le contó todo lo que le había acontecido con su mujer. Replicando el Rey que de qué suerte había cobrado la salud, respondió que de ver en su palacio otro semejante caso como el suyo. Importunándole el Rey que le mostrase adónde y quién eran los ejecutores de tal obra, le hizo jurar Octavio que por cosa que viese no se maravillase, ni persona ninguna de los culpantes por él fuese castigada. Jurándosele el Rey, Octavio, a la hora que él sabía el concierto de la Reina y del enano, hízole ver por la abertura de la pared a la Reina en brazos del enano. Loco y fuera de sí estuvo el Rey de ver lo que no quisiera y en punto

de quebrar el juramento por vengarse de tamaña afrenta; mas volviendo en sí y pensando que el juramento que había hecho le hacía volver atrás, volviöse a Octavio, diciendo:

-¿Qué consejo me darás tú sobre este tal hecho, hermano?

Respondió:

-Mi parecer es, si a Vuestra Alteza le place, que las dejemos para quien son, así la mía como la vuestra; y pues somos mancebos que hermosura ni riqueza no nos falta, que con estos tres efectos podemos derribar a la más encumbrada mujer del mundo, probemos nuestra ventura por diversas provincias, y veremos si está sólo el daño en nuestras mujeres, o en el sexo femenino.

Cuadrole tanto al Rey este consejo, que en breves días, se pusieron a punto, y sin paje ni escudero ninguno comenzaron a proseguir su intento por toda Italia y Francia, Inglaterra, no dejando de alcanzar sino las que de probar dejaban. Pero con lo que más a todas estas las convencieron, fue con sola la riqueza, porque las más de ellas son vencidas con el interés.

Pues como cada día hallasen en las unas sobrada liviandad, y en las otras soberbia y vana locura, y en las otras tiranía, y en las demás infidelidad, y por este respecto se vieses en muchos retos y desafíos, y a veces en peligros de perder la vida, llegando a cierto lugarejo a posar en casa de un mesonero que tenía una hija muy hermosa, que ya Siriaco, un mancebo, era fama que había habido lo mejor de ella, pareciéndoles bien en extraña manera, dijo el rey a Octavio:

-De parecer sería, hermano, si a ti te parece, que esta moza la tomásemos para nuestro servicio, de la cual pienso yo que seremos bien servidos y nos mantendrá lealtad, pues vemos que tarde las más de ellas, según hemos probado, se contentan con un sólo potro, y está claro que más verán cuatro ojos que dos. Pidámosla al huésped, ofreciéndole su dote.

Concertado, pareciéndole bien a Octavio de lo que el Rey le había dicho, dieron parte de ello al mesonero, el cual, viendo sus presencias y la liberalidad de ellos, fue contento con que depositasen luego el dote en su poder. Depositado, y la moza muy bien aderezada de ropas cual sus estados requerían, fue entregada en sus poderes, prometiendo de volvérsela al padre cuando ella no quisiese sus compañías.

Caminando con la hija del mesonero, por jamás se acostaban de noche que no la metiesen en la cama en medio de los dos, y entre día, el uno o el otro que no la guardase. Siguiöse con esta vigilancia que tenían, que llegaron a cierta villa y posaron en un mesón en el cual estaba sirviendo Siriaco, y teniendo oportunidad de hablar a la moza, prometiole

de casarse con ella con tal que durmiese con él una noche. Ella, contentísima y deseosa de no estar tan sujeta, ordenó que, por cuanto dormía entre aquellos gentileshombres que la llevaban, que la noche siguiente se entrase en su cámara, y si tocando en medio del lecho hallase su pie descubierto, que se metiese desnudo por él sin miedo. Hecho el pacto, vino Siriaco, y hallando el pie descubierto, cubrió a ella de su cuerpo, y cumplido su deseo, habiendo estado buen rato, tornose a salir por donde había entrado; bien que el Rey y Octavio, habiendo sentimiento del regocijo, por pensar el uno que el otro fuese, callando entrambos hasta que fue de día; y levantándose el Rey, dijo a Octavio:

-Reposad, hermano, no os levantéis tan presto, que habéis caminado mucho esta noche.

Respondió Octavio:

-A Vuestra Alteza toca el reposar, pues nunca descabargar pensasteis.

Fue tanta la competencia de los dos sobre este negocio, que corridos y pensando que la burla procedía de la moza, apechugaron con ella, y a puro miedo le hicieron decir la verdad; los cuales, de oír el engaño, de risa no se pudieron tener en pies. Importunándola que les dijese quién era el tan atrevido que en tal peligro se había puesto, respondió que Siriaco, que la había habido doncella y prometido de casarse con ella, si dormía una noche con él. Visto esto, llamaron al mancebo, el cual no negó la verdad, y visto por ellos clara y distintamente, que aunque tuviesen más ojos que Argos, no eran bastantes a guardar a media mujer, tomaron al mozo y a la moza a las ancas de sus caballos, y trajéronlos en presencia del mesonero, a donde fueron desposados y velados. Y el Rey con Octavio determinaron de volverse a sus tierras y vivir con sus mujeres, disimulando como sufridos y pacientes, pues de los tales era el reino de Dios y vivían largamente sobre la tierra.

Texto 16: Leyenda3

Una tarde de verano y en un jardín de Toledo me refirió esta singular historia una muchacha muy buena y muy bonita.

Mientras me explicaba el misterio de su forma especial besaba las hojas y los pistilos que iba arrancando uno a uno de la flor que da su nombre esta leyenda.

Si yo la pudiera referir con el suave encanto y la tierna sencillez que tenía en su boca os conmovería, como a mí me conmovió, la historia de la infeliz Sara.

Ya que esto no es posible, ahí va lo que de esa tradición se me acuerda en este instante.

En una de las callejas más oscuras y tortuosas de la ciudad imperial, empotrada y casi escondida entre la alta torre morisca de una antigua parroquia muzárabe y los sombríos y blasonados muros de una casa solariega, tenía, hace muchos años, su habitación, raquítica, tenebrosa y miserable como su dueño, un judío llamado Daniel Leví.

Era este judío rencoroso y vengativo, como todos los de su raza; pero más que ninguno, engañador e hipócrita.

Dueño, según los rumores del vulgo, de una inmensa fortuna, veíasele, no obstante, todo el día acurrucado en el sombrío portal de su vivienda componiendo y aderezando cadenillas de metal, cintos viejos y guarniciones rotas, con las que traía un gran tráfico entre los truhanes del Zocodover, las revendedoras del Postigo y los escuderos pobres.

Aborrecedor implacable de los cristianos y de cuanto a ellos pudiera pertenecer, jamás pasó junto a un caballero principal o un canónigo de la Primada sin quitarse una y hasta diez veces el mugriento bonetillo que cubría su cabeza, calva y amarillenta, ni acogió en su tenducho a uno de sus habituales parroquianos sin agobiarle a fuerza de humildes saluciones acompañadas de aduladoras sonrisas.

La sonrisa de Daniel había llegado a hacerse proverbial en toda Toledo, y su mansedumbre, a prueba de las jugarretas más pesadas y las burlas y rechiflas de sus vecinos, no conocía límites.

Inútilmente los muchachos, para desesperarle, tiraban piedras a su tugurio; en vano los pajecillos, y hasta los hombres de armas del próximo palacio, pretendían aburrirle con los nombres más injuriosos, o las viejas devotas de la feligresía se santiguaban al pasar por el dintel de su puerta como si viesan al mismo Lucifer en persona. Daniel sonreía eternamente, con una sonrisa extraña e indescriptible. Sus labios, delgados y hundidos, se dilataban a la sombra de su nariz desmesurada y curva como el pico de un aguilucho,

y aunque de sus ojos pequeños, verdes, redondos y casi ocultos entre las espesas cejas brotaba una chispa de mal reprimida cólera, seguía impasible golpeando con su martillito de hierro el yunque donde aderezaba las mil baratijas mohosas y, al parecer, sin aplicación alguna de que se componía su tráfico.

Sobre la puerta de la casucha del judío, y dentro de un marco de azulejos de vivos colores, se abría un ajimez árabe, resto de las antiguas construcciones de los moros toledanos. Alrededor de las caladas franjas del ajimez y enredándose por la columnilla de mármol que lo partía en dos huecos iguales subía desde el interior de la vivienda una de esas plantas trepadoras que se mecen verdes y llenas de savia y lozanía sobre los ennegrecidos muros de los edificios ruinosos.

En la parte de la casa que recibía una dudosa luz por los estrechos vanos de aquel ajimez, único abierto en el musgoso y agrietado paredón de la calleja, habitaba Sara, la hija predilecta de Daniel.

Cuando los vecinos del barrio pasaban por delante de la tienda del judío y veían por casualidad a Sara tras de las celosías de su ajimez morisco y a Daniel acurrucado junto a su yunque exclamaban en alta voz, admirados de las perfecciones de la hebrea:

-¡Parece mentira que tan ruin tronco haya dado de sí tan hermoso vástago!

Porque, en efecto, Sara era un prodigio de belleza. Tenía los ojos grandes y rodeados de un sombrío cerco de pestañas negras, en cuyo fondo brillaba el punto de luz de su ardiente pupila como una estrella en el cielo de una noche oscura. Sus labios, encendidos y rojos, parecían recortados hábilmente de un paño de púrpura por las invisibles manos de una hada. Su tez era blanca, pálida y transparente como el alabastro de la estatua de un sepulcro. Contaba apenas dieciséis años, y ya se veía grabada en su rostro esa dulce tristeza de las inteligencias precoces, y ya hinchaban su seno y se escapaban de su boca esos suspiros que anuncian el vago despertar del deseo.

Los judíos más poderosos de la ciudad, prendados de su maravillosa hermosura, la habían solicitado para esposa; pero la hebrea, insensible a los homenajes de sus adoradores y a los consejos de su padre, que la instaba para que eligiese un compañero antes de quedar sola en el mundo, se mantenía encerrada en un profundo silencio, sin dar más razón de su extraña conducta que el capricho de permanecer libre. Al fin, un día, cansado de sufrir los desdenes de Sara, y sospechando que su eterna tristeza era indicio cierto de que su corazón abrigaba algún secreto importante, uno de sus adoradores se acercó a Daniel y le dijo:

-¿Sabes, Daniel, que entre nuestros hermanos se murmura de tu hija?

El judío levantó un instante los ojos de su yunque, suspendió su continuo martilleo y, sin mostrar la menor emoción, preguntó a su interpelante:

-¿Y qué dicen de ella?

-Dicen -prosiguió su interlocutor-, dicen..., qué sé yo..., muchas cosas... Entre otras, que tu hija está enamorada de un cristiano...

Al llegar a este punto, el desdeñado amante de Sara se detuvo para ver el efecto que sus palabras hacían en Daniel.

Daniel levantó de nuevo sus ojos, le miró un rato fijamente, sin decir palabra, y bajando otra vez la vista para seguir su interrumpida tarea, exclamó:

-¿Y quien dice que eso no es una calumnia?

-Quien los ha visto conversar más de una vez en esta misma calle, mientras tú asistes al oculto sanedrín de nuestros rabinos -insistió el joven hebreo, admirado de que sus sospechas, primero, y después sus afirmaciones no hiciesen mella en el ánimo de Daniel.

Éste, sin abandonar su ocupación, fija la mirada en el yunque, sobre el que, después de dejar a un lado el martillo, se ocupaba en bruñir el broche de metal de una guarnición con una pequeña lima, comenzó a hablar en voz baja y entrecortada, como si maquinalmente fuesen repitiendo sus labios las ideas que cruzaban por su mente.

-¡Je!, ¡je!, ¡je! -decía, riéndose de una manera extraña y diabólica-. ¿Con que a mi Sara, al orgullo de la tribu, el báculo en que se apoya mi vejez, piensa arrebatármela un perro cristiano?... ¿Y vosotros creéis que lo hará? ¡Je!, ¡je! -continuaba, siempre hablando para sí y siempre riéndose, mientras la lima chirriaba cada vez con más fuerza, mordiendo el metal con sus dientes de acero-. ¡Je!, ¡Je! ¡Pobre Daniel!, dirán los míos, ¡ya chochea! ¿Para qué quiere ese viejo moribundo y decrepito esa hija tan hermosa y tan joven, si no sabe guardarla de los codiciosos ojos de nuestros enemigos?... ¡Je!, ¡je!, ¡je! ¿Crees tú, por ventura, que Daniel duerme? ¿Crees tú, por ventura, que si mi hija tiene un amante..., que bien puede ser, y ese amante es cristiano y procura seducirla y la seduce, que todo es posible, y proyecta huir con ella, que también es fácil, y huye mañana, por ejemplo, lo cual cabe dentro de lo humano, crees tú que Daniel se dejará así arrebatar su tesoro?, ¿crees tú que no sabrá vengarse?

-Pero -exclamó, interrumpiéndole, el joven-, ¿sabéis, acaso...?

-Sé -dijo Daniel, levantándose y dándole un golpecito en la espalda-, sé más que tú, que nada sabes, ni nada sabrías si no hubiese llegado la hora de decirlo todo... Adiós; avisa a nuestros hermanos para que cuanto antes se reúnan. Esta noche, dentro de una o dos horas, yo estaré con ellos. ¡Adiós!

Y esto diciendo, Daniel empujó suavemente a su interlocutor hacia la calle, recogió sus trebejos muy despacio y comenzó a cerrar con dobles cerrojos y aldabas la puerta de la tiendecilla.

El ruido que produjo la puerta al encajarse, rechinando sobre sus premiosos goznes, impidió al que se alejaba oír el rumor de las celosías del ajimez, que en aquel punto cayeron de golpe, como si la judía acabara de retirarse de su alféizar.

Era noche de Viernes Santo; los habitantes de Toledo, después de haber asistido a las tinieblas en su magnífica catedral, acababan de entregarse al sueño o referían al amor de la lumbre consejas parecidas a la del *Cristo de la Luz*, que robado por unos judíos, dejó un rastro de sangre por el cual se descubrió el crimen; o la historia del *Santo Niño de la Guarda*, en quien los implacables enemigos de nuestra fe renovaron la cruel pasión de Jesús. Reinaba en la ciudad un silencio profundo, interrumpido a intervalos, ya por las lejanas voces de los guardias nocturnos que en aquella época velaban en derredor del alcázar, ya por los gemidos del viento, que hacía girar las veletas de las torres o zumbaba entre las torcidas revueltas de las calles, cuando el dueño de un barquichuelo que se mecía amarrado a un poste cerca de los molinos, que parecen como incrustados al pie de las rocas que baña el Tajo y sobre las que se asienta la ciudad, vio aproximarse a la orilla, bajando trabajosamente por uno de los estrechos senderos que desde lo alto de los muros conducen al río, a una persona a quien, al parecer, aguardaba con impaciencia.

-¡Ella es! -murmuró entre dientes el barquero-. ¡No parece sino que esta noche anda revuelta toda esa endiablada raza de judíos!... ¿Dónde diantres se tendrán dada cita con Satanás, qué todos acuden a mi barca, teniendo tan cerca el puente?... No, no irán a nada bueno cuando así evitan toparse de manos a boca con los hombres de armas de San Servando... Pero, en fin, ello es que me dan buenos dineros a ganar, y a su alma su palma, que yo en nada entro ni salgo.

Esto diciendo el buen hombre, sentándose en su barca aparejó los remos, y cuando Sara, que no era otra la persona a quien al parecer había aguardado hasta entonces, hubo saltado al barquichuelo, soltó la amarra que lo sujetaba y comenzó a bogar en dirección a la orilla opuesta.

-¿Cuántos han pasado esta noche? -preguntó Sara al barquero apenas se hubieron alejado de los molinos, y como refiriéndose a algo de que ya habían tratado anteriormente.

-Ni los he podido contar -respondió el interpelado-; ¡un enjambre!... Parece que esta noche será la última que se reúnen.

-¿Y sabes de qué tratan y con qué objeto abandonan la ciudad a estas horas?

-Lo ignoro...; pero ello es que aguardan a alguien que debe llegar esta noche... Yo no sé para qué le aguardarán, aunque presumo que para nada bueno.

Después de este breve diálogo, Sara se mantuvo algunos instantes sumida en un profundo silencio y como tratando de coordinar sus ideas.

«No hay duda -pensaba entre sí-; mi padre ha sorprendido nuestro amor y prepara alguna venganza horrible. Es preciso que yo sepa adónde van, qué hacen, qué intentan. Un momento de vacilación podría perderle».

Cuando Sara se puso un instante de pie y, como para alejar las horribles dudas que la preocupaban, se pasó la mano por la frente, que la angustia había cubierto de un sudor glacial, la barca tocaba a la orilla opuesta.

-Buen hombre -exclamó la hermosa hebrea, arrojando algunas monedas a su conductor y señalando un camino estrecho y tortuoso que subía serpenteando por entre las rocas-, ¿es ése el camino que siguen?

-Ése es, y cuando llegan a la *Cabeza del Moro* desaparecen por la izquierda. Después, el diablo y ellos sabrán adónde se dirigen -respondió el barquero.

Sara se alejó en la dirección que éste le había indicado. Durante algunos minutos se le vio aparecer y desaparecer alternativamente entre aquel oscuro laberinto de rocas cortadas a pico; después, y cuando hubo llegado a la cima llamada la *Cabeza del Moro*, su negra silueta se dibujó un instante sobre el fondo azul del cielo y, por último, desapareció entre las sombras de la noche.

Siguiendo el camino donde hoy se encuentra la pintoresca ermita de la Virgen del Valle, y como a dos tiros de ballesta del picacho que el vulgo conoce en Toledo por la *Cabeza del Moro*, existían aún en aquella época los ruinosos restos de una iglesia bizantina, anterior a la conquista de los árabes.

En el atrio, que dibujaban algunos pedruscos diseminados por el suelo, crecían zarzales y hierbas parásitas, entre los que yacían medio ocultos, ya el destrozado capitel de una columna, ya un sillar groseramente esculpido con hojas entrelazadas, endriagos horribles o grotescos e informes figuras humanas. Del templo sólo quedaban en pie los muros laterales y algunos arcos rotos y cubiertos de yedra.

Sara, a quien parecía guiar un sobrenatural presentimiento, al llegar al punto que le había señalado su conductor, vaciló algunos instantes, indecisa acerca del camino que debía seguir; pero, por último, se dirigió con paso firme y resuelto hacia las abandonadas ruinas de la iglesia.

En efecto, su instinto no la había engañado. Daniel, que ya no sonreía; Daniel, que no era ya el viejo débil y humilde, sino que, antes bien, despidiendo cólera de sus pequeños y redondos ojos, parecía animado del espíritu de la venganza, rodeado de una multitud ávida, como él, de saciar su sed de odio en uno de los enemigos de su religión, estaba allí, y parecía multiplicarse dando órdenes a los unos, animando en el trabajo a los otros, disponiendo, en fin, con una horrible solicitud los aprestos necesarios para la consumación de la espantosa obra que había estado meditando días y días mientras golpeaba impasible el yunque en su covacha de Toledo.

Sara, que a favor de la oscuridad había logrado llegar hasta el atrio de la iglesia, tuvo que hacer un esfuerzo para no arrojar un grito de horror al penetrar en su interior con la mirada. Al rojizo resplandor de una fogata, que proyectaba la forma de aquel círculo infernal en los muros del templo, había creído ver que algunos hacían esfuerzos por levantar en alto una pesada cruz, mientras otros tejían una corona con las ramas de los zarzales o aplastaban sobre una piedra las puntas de los enormes clavos de hierro. Una idea espantosa cruzó por su mente: recordó que a los de su raza los habían acusado más de una vez de misteriosos crímenes; recordó vagamente la aterradora historia del *Niño Crucificado*, que ella hasta entonces había creído una grosera calumnia inventada por el vulgo para apostrofar y zaherir a los hebreos.

Pero ya no le cabía duda alguna; allí, delante de sus ojos, estaban aquellos horribles instrumentos de martirio, y los feroces verdugos sólo aguardaban la víctima.

Sara, llena de una santa indignación, rebosando en generosa ira y animada de esa fe inquebrantable en el verdadero Dios que su amante le había revelado, no pudo contenerse a la vista de aquel espectáculo, y, rompiendo por entre la maleza que la ocultaba, presentose de improviso en el dintel del templo.

Al verla aparecer, los judíos arrojaron un grito de sorpresa, y Daniel, dando un paso hacia su hija en ademán amenazante, le preguntó con voz ronca:

-¿Qué buscas aquí, desdichada?

-Vengo a arrojar sobre vuestras frentes -dijo Sara con voz firme y resuelta- todo el baldón de vuestra infame obra, y vengo a deciros que en vano esperáis la víctima para el sacrificio, si ya no es que intentáis cebar en mí vuestra sed de sangre; porque el cristiano a quien aguardáis no vendrá, porque yo le he prevenido de vuestras asechanzas.

-¡Sara! -exclamó el judío rugiendo de cólera-. Sara, eso no es verdad; tú no puedes habernos hecho traición hasta el punto de revelar nuestros misteriosos ritos; y si es verdad que los has revelado, tú no eres mi hija...

-No, ya no lo soy; he encontrado otro padre, un padre todo amor para los suyos, un padre a quien vosotros enclavasteis en una afrentosa cruz, y que murió en ella por redimirnos, abriéndonos para una eternidad las puertas del cielo. No; ya no soy vuestra hija, porque soy cristiana y me avergüenzo de mi origen.

Al oír estas palabras, pronunciadas con esa enérgica entereza que sólo pone el cielo en boca de los mártires, Daniel, ciego de furor, se arrojó sobre la hermosa hebrea, y derribándola en tierra y asiéndola por los cabellos, la arrastró, como poseído de un espíritu infernal, hasta el pie de la cruz, que parecía abrir sus descarnados brazos para recibirla, exclamando al dirigirse a los que le rodeaban:

-Ahí os la entrego; haced vosotros justicia de esa infame, que ha vendido su honra, su religión y a sus hermanos.

Al día siguiente, cuando las campanas de la catedral atronaban los aires tocando a gloria, y los honrados vecinos de Toledo se entretenían en tirar ballestazos a los judas de paja, ni más ni menos que como todavía lo hacen en algunas de nuestras poblaciones, Daniel abrió la puerta de su tenducho, como tenía de costumbre, y con su eterna sonrisa en los labios comenzó a saludar a los que pasaban, sin dejar por eso de golpear en el yunque con su martillito de hierro; pero las celosías del morisco ajimez de Sara no volvieron a abrirse, ni nadie vio más a la hermosa hebrea recostada en su alféizar de azulejos de colores...

Cuentan que, algunos años después, un pastor trajo al arzobispo una flor hasta entonces nunca vista, en la cual se veían figurados todos los atributos del martirio del Salvador; flor extraña y misteriosa que había crecido y enredado sus tallos por entre los ruinosos muros de la derruida iglesia.

Cavando en aquel lugar y tratando de inquirir el origen de aquella maravilla, añaden que se halló el esqueleto de una mujer, y enterrados con él otros tantos atributos divinos como la flor tenía.

El cadáver, aunque nunca se pudo averiguar de quién era, se conservó por largos años con veneración especial en la ermita de San Pedro el Verde, y la flor, que hoy se ha hecho bastante común, se llama *Rosa de Pasión*.

Texto 17: *Luc3*

El conde Lucanor hablaba una vez con Patronio, su consejero, en esta manera:

-Patronio, un mío vasallo me dijo el otro día que quería casar una su parienta, y así como él era tenido de mi aconsejar lo mejor que él pudiese, que me pedía por merced que le aconsejase en esto lo que entendía que era más su pro, y djome todos los casamientos que le traían. Y porque éste es hombre que yo querría que lo acertase muy bien, y yo sé que vós sabedes mucho de tales cosas, ruégovos que me digades lo que entendedes en esto, porque le yo pueda dar tal consejo que se falle él bien de ello.

-Señor conde Lucanor -dijo Patronio-, para que podades bien aconsejar a todo hombre que haya de casar su parienta, placeme ya mucho que supiésedes lo que aconteció al conde de Provenza con Saladín, que era soldán de Babilonia.

El conde Lucanor le rogó que le dijiese cómo fuera aquello.

-Señor conde Lucanor -dijo Patronio-, un conde hubo en Provenza que fue muy buen hombre y deseaba mucho hacer en guisa porque le tuviese Dios merced al alma y ganase la gloria del Paraíso, haciendo tales obras que fuesen grande su honra y su estado. Y para que esto pudiese cumplir, tomó muy gran gente consigo, y muy bien aguisada, y fuese para la Tierra Santa de Ultramar, poniendo en su corazón que por que quiera que le pudiese acaecer, que siempre sería hombre de buena ventura, pues le venía estando él derechamente en servicio de Dios. Y porque los juicios de Dios son muy maravillosos y muy escondidos, y Nuestro Señor tiene por bien de tentar muchas veces a los sus amigos, pero si aquella tentación saben sufrir, siempre Nuestro Señor guisa que torne el pleito a honra y a pro de aquel a quien tienta; y por esta razón tuvo Nuestro Señor por bien de tentar al conde de Provenza, y consintió que fuese preso en poder del soldán.

Y como quiera que estaba preso, sabiendo Saladín la gran bondad del conde, hacíale mucho bien y mucha honra, y todos los grandes hechos que había de hacer, todos los hacía por su consejo. Y tan bien le aconsejaba el conde y tanto fiaba de él el soldán que como quiera que estaba preso, que tan gran lugar y tan gran poder había, y tanto hacían por él en toda la tierra de Saladín, como harían en la suya misma.

Cuando el conde se partió de su tierra, dejó una hija muy pequeñuela. Y el conde estuvo tan gran tiempo en la prisión, que era ya su hija en tiempo para casar; y la condesa, su mujer, y sus parientes enviaron decir al conde cuantos hijos de reis y otros grandes hombres la demandaban por casamiento.

Y un día, cuando Saladín vino a hablar con el conde, desde que hubieron acordado aquello porque Saladín allí viniera, habló con él el conde en esta manera:

-Señor, vós me hacedes a mí tanta merced y tanta honra y fiades tanto de mí que me ternía por muy de buena ventura si vos lo pudiese servir. Y pues vós, señor, tenedes por bien que vos aconseje yo en todas las cosas que vos acaecen, atreviéndome a la vuestra merced y fiando del vuestro entendimiento, pídovos por merced que me aconsejedes en una cosa que a mí acaeció.

El soldán agradeció esto mucho al conde, y díjole que le aconsejaría muy de grado; y aún, que le ayudaría muy de buenamente en que quiera que le cumpliese.

Entonces le dijo el conde de los casamientos que le movían para aquella su hija y pidiole por merced que le aconsejase con quién la casaría.

Y Saladín respondió así:

-Conde, yo sé que tal es el vuestro entendimiento, que en pocas palabras que vos hombre diga entenderedes todo el hecho. Y por ende vos quiero aconsejar en este pleito según lo yo entiendo. Yo no conozco todos estos que demandan vuestra hija, qué linaje o qué poder han, o cuáles son en los sus cuerpos o cuánta vecindad han con vós, o qué mejoría han los unos de los otros, y por ende que no vos puedo en esto aconsejar ciertamente; mas el mío consejo es éste: que casedes vuestra hija con hombre.

El conde se lo tuvo en merced, y entendió muy bien lo que aquello quería decir. Y envió el conde decir a la condesa, su mujer, y a sus parientes el consejo que el soldán le diera, y que supiese de cuantos hombres hijos de algo había en todas sus comarcas, de qué maneras y de qué costumbres, y cuáles eran los sus cuerpos, y que no catasen por su riqueza ni por su poder, mas que le enviasen por escrito decir qué tales eran en sí los hijos de los reyes y de los grandes señores que la demandaban y qué tales eran los otros hombres hijos de algo que eran en las comarcas.

Y la condesa y los parientes del conde se maravillaron de esto mucho, pero hicieron lo que el conde les envió mandar, y pusieron por escrito todas las maneras y costumbres buenas y contrarias que habían todos los que demandaban la hija del conde, y todas las otras condiciones que eran en ellos. Y además, escribieron cuáles eran en sí los otros hombres hijos de algo que eran en las comarcas, y enviáronlo todo contar al conde.

Y desde que el conde vio este escrito, mostrólo al soldán; y desde que Saladín lo vio, como quiera que todos eran muy buenos, halló en todos los hijos de los reyes y de los grandes señores en cada uno algunas tachas: o de ser mal acostumbrados en comer o en beber, o en ser sañudos, o apartadizos, o de mal recibimiento a las gentes, y pagarse de malas compañías, o embargados de su palabra, o alguna otra tacha de muchas que los hombres pueden haber. Y halló que un hijo de un rico hombre que no era de muy gran poder, que según lo que parecía del en aquel escrito, que era el mejor hombre y el más cumplido, y más sin mala tacha de que él nunca oyera hablar. Y desde que esto oyó el soldán, aconsejó al conde que casase su hija con aquel hombre, porque entendió que como quiera que aquellos otros eran más honrados y más fijos de algo, que mejor casamiento era aquel y mejor casaba el conde su hija con aquél que con ninguno de los otros en que tuviese una mala tacha, cuanto más si tuviese muchas; y tuvo que más de preciar era el hombre por las sus obras que no por su riqueza, ni por nobleza de su linaje.

El conde envió mandar a la condesa y a sus parientes que casasen su hija con aquel que Saladín le mandara. Y como quiera que se maravillaron mucho ende, enviaron por aquel hijo de aquel rico hombre y dijéronle lo que el conde les envió mandar. Y él respondió que bien entendía que el conde era más hijo de algo y más rico y más honrado que él, pero que si él tan gran poder tuviese, que bien tenía que toda mujer sería bien casada con él, y que esto que hablaban con él, si lo decían por no lo hacer, que tenía que le hacían muy gran tuerto y que le querían perder de balde. Y ellos dijeron que lo querían hacer en toda guisa, y contáronle la razón en cómo el soldán aconsejara al conde que le diese su hija antes que a ninguno de los hijos de los reyes ni de los otros grandes señores, señaladamente porque lo escogiera por hombre. Desde que él esto oyó, entendió que hablaban verdaderamente en el casamiento y tuvo que, pues Saladín lo escogiera por hombre y le hiciera llegar a tan gran honra, que non sería él hombre si no hiciese en este hecho lo que pertenecía.

Et dixo luego a lla condessa et a los parientes del conde que si ellos querían que creyesse él que gelo dizían verdaderamente, quel' apoderasen luego de todo el condado et de todas las rendas, pero non les dixo ninguna cosa de lo que él avía pensado de fazer. A ellos plogo de lo que él les dizía, et apoderáronle luego de todo. Et él tomó muy grand aver, et en grand poridat, armó pieça de galeas et tovo muy grand aver guardado. Et desde esto fue fecho, mandó guisar sus vodas para un día señalado.

Y desde que las bodas fueron hechas muy ricas y muy honradas, en la noche, cuando se hubo de ir para su casa donde estaba su mujer, antes que se echasen en la cama, llamó a la condesa y a sus parientes y díjoles en gran poridad que bien sabién que el conde le escogiera entre otros muy mejores que él, y que lo hiciera porque el soldán le aconsejara que casase su fija con hombre y pues el soldán y el conde tanta honra le hicieran y lo escogieran por hombre, que tenía él que no era hombre si no hiciese en esto lo que pertenecía; y que se quería ir y que les dejaba aquella doncella con quien él había de casar, y el condado: que él fiaba por Dios que él le enderezaría porque entendiesen las gentes que hacía hecho de hombre.

Y luego que esto hubo dicho, cabalgó y fuese en buena ventura. Y enderezó al reino de Armenia, y moró tanto tiempo hasta que supo muy bien el lenguaje y todas las maneras de la tierra. Y sopo cómo Saladín era muy cazador.

Y él tomó muchas buenas aves y muchos buenos canes, Y fuese para Saladín; y partió aquellas sus galeras y puso una en cada puerto, y mandóles que nunca se partiesen ende hasta que él se lo mandase.

Y desde que él llegó al soldán, fue muy bien recibido, pero no le besó la mano ni le hizo ninguna reverencia de las que hombre debe hacer a su señor.

Y Saladín mandóle dar todo lo que hubo mester, y él agradescióselo mucho, mas no quiso tomar del ninguna cosa y dijo que no viniera por tomar nada de él; mas por cuanto bien oyera decir de él, que si él por bien tuviese, que quería vivir algún tiempo en la su casa por aprender alguna cosa de cuanto bien había en él y en las sus gentes; y porque sabía que el soldán era muy cazador, que él traía muchas aves y muy buenas, y muchos canes, y si la su merced fuese, que tomase ende lo que quisiese, y con lo que le fincaría a él, que andaría con él a caza, y le haría cuanto servicio pudiese en aquello.

Esto le agradeció mucho Saladín, y tomó lo que tuvo por bien de lo que él traía, mas por ninguna guisa nunca pudo guisar que el otro tomase de él ninguna cosa, ni le dijiese ninguna cosa de su hacienda, ni tuviese entre ellos cosa porque él tomase ninguna carga de Saladín porque fuese tenido de lo guardar. Y así andido en su casa un gran tiempo.

Y como Dios acarrea, cuando su voluntad es, las cosas que Él quiere, guiso que alanzaron los halcones a unas grúas. Y fueron matar la una de las grúas a un puerto de la mar donde estaba la una de las galeras que el yerno del conde pusiera. Y el soldán, que iba en muy buen caballo, y él en otro, alongáronse tanto de las gentes, que ninguno de ellos no vio

por donde iba. Y cuando Saladín llegó donde los halcones estaban con la grúa, descendió mucho aína por los acorrer. Y el yerno del conde que venía con él, de que lo vio en tierra, llamó a los de la galera.

Y el soldán, que no paraba mientes sino por cebar sus halcones, cuando vio la gente de la galea en derredor de sí, fue muy espantado. Y el yerno del conde metió mano a la espada y dio a entender que lo quería herir con ella. Y cuando Saladín esto vio, comenzóse a quejar mucho diciendo que esto era muy gran traición. Y el yerno del conde le dijo que no mandase Dios, que bien sabía él que nunca él le tomara por señor, ni quisiera tomar nada de lo suyo, ni tomar de él ningún encargo porque hubiese razón de lo guardar, mas que supiese que Saladín había hecho todo aquello.

Y desde que esto hubo dicho, tomólo y metiólo en la galera, y de que lo tuvo dentro, contóle cómo él era el yerno del conde, y que era aquél que él escogiera, entre otros mejores que sí, por hombre; y pues él por hombre lo escogiera, que bien entendía que non fuera él hombre si esto non hiciera; y que le pedía por merced que le diese su suegro porque entendiese que el consejo que él le diera que era bueno y verdadero, y que se hallaba bien de él.

Cuando Saladín esto oyó, agradeció mucho a Dios, y rogole más porque acertó en el su consejo que si le hubiera acaecido otra pro o otra honra por grande que fuese. Y dijo al yerno del conde que se lo daría muy de buena mente.

Y el yerno del conde fió en el soldán, y sacólo luego de la galera y fuese con él. Y mandó a los de la galea que se alongasen del puerto tanto que no los pudiesen ver ningunos que llegasen.

Y el soldán y el yerno del conde cebaron muy bien sus halcones. Y cuando las gentes llegaron, hallaron a Saladín mucho alegre. Y nunca dijo a hombre del mundo nada de cuanto le había acontecido.

Y desde que llegaron a la villa, fue luego descender a la casa donde estaba el conde preso y llevó consigo al yerno del conde. Y desde que vio al conde, comenzole a decir con muy gran alegría:

-Conde, mucho agradezco a Dios por la merced que me hizo en acertar tan bien como acerté en el consejo que vos di en el casamiento de vuestra hija. Ved aquí vuestro yerno, que vos ha sacado de presión.

Entonces le contó todo lo que su yerno había hecho, la lealtad y el gran esfuerzo que hiciera en le prender y en fiar luego en él.

Y el soldán y el conde y cuantos esto supieron, loaron mucho el entendimiento y el esfuerzo y la lealtad del yerno del conde. Además, loaron mucho las bondades de Saladín y del conde, y agradecieron mucho a Dios porque quiso guisar de lo traer a tan buen acabamiento.

Entonces dio el soldán muchos dones y muy ricos al conde y a su yerno; y por el enojo que el conde tomara en la prisión, dióle dobladas todas las rentas que el conde pudiera llevar de su tierra en cuanto estuvo en la prisión, y envióle muy rico y muy honrado y muy bien andante para su tierra.

Y todo este bien vino al conde por el buen consejo que el soldán le dio que casase su hija con hombre.

Y vos, señor conde Lucanor, pues habedes a aconsejar aquel vuestro vasallo en razón del casamiento de aquella su parienta, consejadle que la principal cosa que cate en el casamiento que sea aquél con quien la hubiere de casar buen hombre en sí; porque si esto no fuere, por honra, ni por riqueza, ni por hidalguía que halla, nunca puede ser bien casada. Y debedes saber que el hombre con bondad acrecenta la honra y alza su linaje y acrecenta las riquezas.

Y por ser muy hidalgo ni muy rico, si bueno no fuere, todo sería mucho aún perdido. Y de esto vos podría dar muchas hazañas de muchos hombres de gran guisa que les dejaren sus padres y muy ricos y mucho honrados, y pues no fueron tan buenos como debían, fue en ellos perdido el linaje y la riqueza; y otros de gran guisa y de pequeña que, por la gran bondad que tuvieron en sí, acrecentaron mucho en sus honras y en sus haciendas, en guisa que fueron muy más loados y más preciados por lo que ellos hicieron y por lo que ganaron, que aun por todo su linaje. Y así entended que todo el pro et todo el daño nace y viene de cuál el hombre es en sí, de cualquier estado que sea. Y por ende, la primera cosa que se debe catar en el casamiento es cuáles maneras y cuáles costumbres y cuál entendimiento y cuáles obras a en sí el hombre o la mujer que ha de casar; y esto seyendo primero catado, dende en adelante, cuanto el linaje es más alto y la riqueza mayor y la apostura más cumplida y la vecindad más acerca y más provechosa, tanto es el casamiento mejor.

Al conde rogó mucho de estas razones que Patronio le dijo, y tuvo que era verdad todo así como él le decía.

Y veiendo don Johan que este ejemplo era muy bueno, hízolo escribir en este libro, e hizo estos versos que dicen así:

Quien hombre es, haz todos los provechos;
 quien no lo es, mengua todos los hechos.

7.2. Resultados estilométricos

Género y edad

Luc1	Género	52% femenino
	Edad	28% 65-100 años 18% 51-65 años
Luc2	Género	54% femenino
	Edad	33% 65-100 años 16% 13-17 años
Luc3	Género	56% femenino
	Edad	31% 65-100 años 18% 51-65 años
Patranuelo1	Género	52% femenino
	Edad	32% 65-100 años 18% 51-65 años
Patranuelo2	Género	59% femenino
	Edad	31% 65-100 años 17% 51-65 años
Patranuelo3	Género	54% femenino
	Edad	28% 65-100 23% 36-50

Quijote1	Género	56% femenino
	Edad	33% 65-100 años 17% 13-17 años
Quijote2	Género	50% femenino
	Edad	32% 65-100 años 18% 51-65 años
Cartas	Género	54% femenino
	Edad	31% 65-100 años 16% 51-65 años
Zote	Género	56% femenino
	Edad	34% 65-100 años 17% 51-65 años
Leyenda1	Género	57% femenino
	Edad	26% 65-100 años 20% 51-65 años
Leyenda2	Género	56% femenino
	Edad	32% 65-100 años 19% 51-65 años
Leyenda3	Género	50% femenino
	Edad	35% 65-100 años 17% 51-65 años
For_Jac	Género	64% femenino
	Edad	25% 65-100 años 22% 51-65 años

Dama_Err	Género	56% femenino
	Edad	34% 65-100 años 17% 51-65 años
Niebla	Género	83% femenino
	Edad	37% 13-17 años 19% 65-100 años
Nada	Género	72% femenino
	Edad	26% 65-100 años 19% 51-65 años

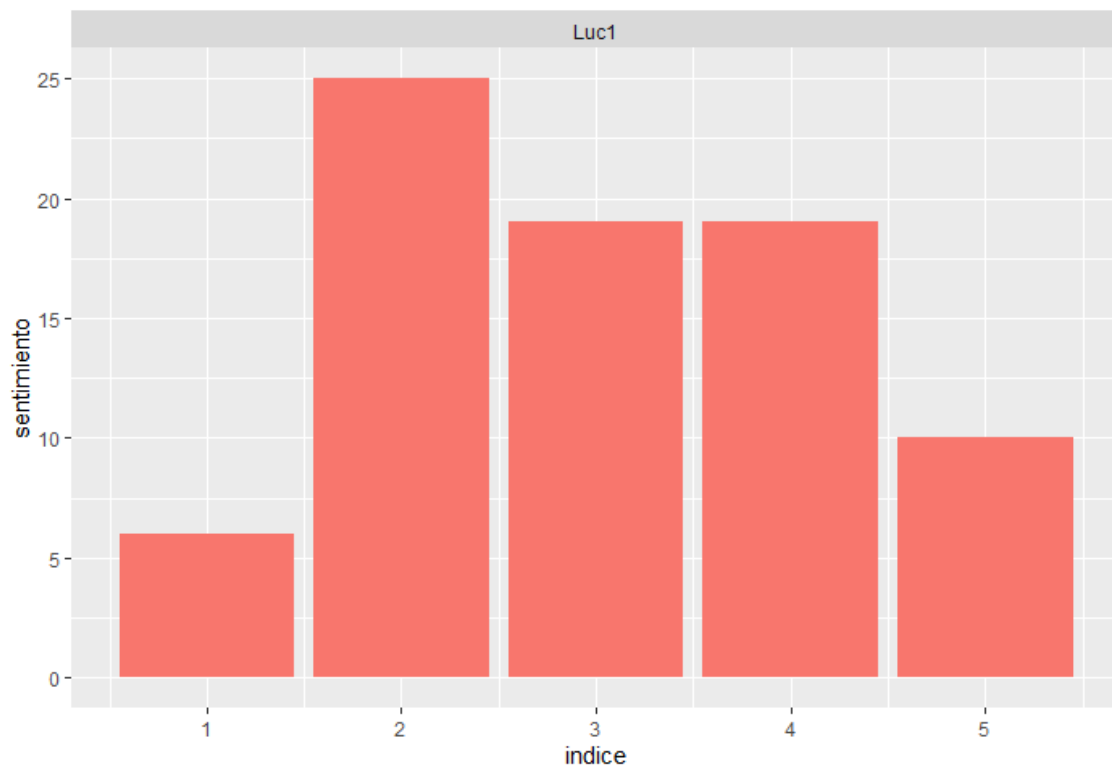
Legibilidad

Luc1	66,03 → Normal
Luc2	73,01 → Algo fácil
Luc3	74,61 → Algo fácil
Patranuelo1	50,53 → Algo difícil
Patranuelo2	60,69 → Normal
Patranuelo3	59,73 → Algo difícil
Quijote1	74,69 → Algo fácil
Quijote2	73,65 → Algo fácil
Cartas	77,48 → Algo fácil
Zote	66,38 → Normal
Leyenda1	82,57 → Fácil

Leyenda2	76,02 → Algo fácil
Leyenda3	66,16 → Normal
For_Jac	67,67 → Normal
Dama_Err	74,50 → Algo fácil
Niebla	91,56 → Muy fácil
Nada	72,45 → Algo fácil

Sentimientos y tema

Luc1



Patranuel o1	Género	Hombre	Hombre	Hombre	Hombre	Hombre	Hombre
	Edad	46 años	40 años	50 años	48 años	29 años	32 años
Patranuel o2	Género	Hombre	Hombre	Hombre	Hombre	Hombre	Hombre
	Edad	50 años	39 años	55 años	46 años	30 años	31 años
Patranuel o3	Género	Hombre	Hombre	Hombre	Hombre	Hombre	Hombre
	Edad	42 años	50 años	45 años	41 años	40 años	35 años
Quijote1	Género	Hombre	Hombre	Hombre	Hombre	Hombre	Hombre
	Edad	60 años	36 años	40 años	42 años	40 años	44 años
Quijote2	Género	Mujer	Mujer	Hombre	Mujer	Hombre	Hombre
	Edad	40 años	40 años	50 años	36 años	40 años	44 años
Cartas	Género	Hombre	Hombre	Hombre	Hombre	Hombre	Hombre
	Edad	30 años	50 años	35 años	37 años	30 años	40 años
Zote	Género	Hombre	Hombre	Hombre	Hombre	Hombre	Hombre
	Edad	54 años	28 años	35 años	34 años	40 años	40 años
Leyenda1	Género	Hombre	Hombre	Hombre	Hombre	Mujer	Hombre
	Edad	35 años	31 años	30 años	42 años	40 años	33 años

Leyenda2	Género	Hombre	Hombre	Hombre	Hombre	Hombre	Hombre
	Edad	30 años	32 años	40 años	37 años	30 años	33 años
Leyenda3	Género	Hombre	Hombre	Hombre	Hombre	Hombre	Hombre
	Edad	42 años	38 años	40 años	34 años	30 años	33 años
For_Jac	Género	Hombre	Mujer	Hombre	Hombre	Hombre	Mujer
	Edad	47 años	43 años	47 años	40 años	30 años	35 años
Dama_Er	Género	Hombre	Hombre	NS/NC	Hombre	Hombre	Hombre
	Edad	40 años	35 años	35 años	28 años	40 años	43 años
Niebla	Género	Hombre	Hombre	Hombre	Hombre	Hombre	Hombre
	Edad	40 años	39 años	NS/NC	40 años	40 años	45 años
Nada	Género	Mujer	Mujer	Mujer	Hombre	Mujer	Hombre
	Edad	28 años	30 años	35 años	32 años	24 años	28 años

Legibilidad

	Poco Avezado	Poco Avezado	Promedio	Promedio	Experi.	Experi.
Luc1	Fácil	Fácil	Difícil	Medio	Fácil	Fácil

Luc2	Medio	Fácil	Difícil	Medio	Fácil	Fácil
Luc3	Medio	Medio	Fácil	Fácil	Fácil	Fácil
Patranuelo1	Fácil	Fácil	Difícil	Medio	Fácil	Fácil
Patranuelo2	Medio	Difícil	Medio	Medio	Fácil	Medio
Patranuelo3	Medio	Medio	Fácil	Medio	Fácil	Medio
Quijote1	Medio	Fácil	Difícil	Medio	Fácil	Fácil
Quijote2	Difícil	Medio	Medio	Medio	Fácil	Fácil
Cartas	Fácil	Fácil	Fácil	Fácil	Fácil	Fácil
Zote	Muy difícil	Difícil	Difícil	Difícil	Medio	Medio alto
Leyenda1	Medio	Medio	Fácil	Fácil	Fácil	Fácil
Leyenda2	Fácil	Fácil	Fácil	Fácil	Fácil	Fácil
Leyenda3	Fácil	Medio	Fácil	Fácil	Fácil	Fácil
For_Jac	Fácil	Medio	Difícil	Medio	Fácil	Fácil
Dama_Err	Medio	Fácil	Fácil	Fácil	Fácil	Fácil
Niebla	Fácil	Fácil	Fácil	Fácil	Fácil	Fácil
Nada	Fácil	Fácil	Fácil	Fácil	Fácil	Fácil

Sentimientos

	Poco Avezado	Poco Avezado	Promedio	Promedio	Experi.	Experi.
Luc1	Preocupación	Ninguno	Ninguno	Deseo Ambición	Preocupación	Violencia Frustración

Luc2	Confusión Aburrimiento	Venganza	Ninguno	Hastío Cansancio	Preocupación	Despotismo Falsedad
Luc3	NS/NC	NS/NC	Amistad	Honor Fidelidad	Preocupación Honor	Orgullo Amistad
Patranuelo1	Indignación Enfado Tristeza	Traición Inquietud	Duda Enfado	Inquietud Duda	Irritación Inteligencia	Celos Desconfianza
Patranuelo2	NS/NC	NS/NC	Desconfianza	Celos Intriga Pasión	Ingenio Celos Amor	Honor Misterio
Patranuelo3	Infidelidad	NS/NC	Traición Dolor	Infidelidad Curiosidad	Desamor Dolor	Infidelidad Esperanza
Quijote1	Amor Tristeza	Amor Esperanza	Admiración	Amor ideal	Egoísmo	Humildad Idealización
Quijote2	Orgullo Desamor	Honor Furia	Libertad	Valor personal	Resignación	Honra Furia Tristeza
Cartas	NS/NC	Incerti- dumbre	Respeto	Ninguno	Impresión	Resiliencia Tristeza
Zote	Curiosidad	Inutilidad	Orgullo	Descono- cimiento	NS/NC	Ignorancia
Leyenda1	Enfado Miedo	Amor	Valentía Enojo	NS/NC	Miedo	Amor Valentía Arrojo
Leyenda2	Amor	Amor	Amor	Amor Desilusión	Amor Intriga	Desesperanza Locura
Leyenda3	Tristeza	Miedo Amor	Misterio Tristeza	Amor Venganza	Rencor Maldad	Hipocresía Preocupación
For_Jac	Confusión Decepción	Indiferencia	Inquietud	Falso amor	Tristeza	Hastío Soledad
Dama_Err	Rechazo Odio	Odio Chulería	Rechazo Exclusión	Repulsión Amor joven	Odio Inteligencia	Vanidad Hipocresía

Niebla	Enfado Orgullo Arrepentimiento	Ansiedad	Miedo Ansiedad	Voluntad Desesperación	Ira Venganza	Furia Miedo Tristeza Desesperación
Nada	Entusiasmo	Decepción	Nervios Aventura	Inocencia Decepción	Extrañeza	Ambición Decepción

Tema

	Poco Avezado	Poco Avezado	Promedio	Promedio	Experi.	Experi.
Luc1	Poder Religión	NS/NC	Parábola	Recompensa por hacer el bien	Consejo sobre el buen obrar	Consejo sobre el estatus
Luc2	Buenos actos	Portarse bien es bueno	Enseñanza de buenos actos	Obra bien y se te devolverá lo mismo	Consejo sobre el honor	Consejo sobre cumplir la palabra
Luc3	NS/NC	Ayuda a tu superior	Ayuda a los demás por honor	Protección de la honra	Consejo sobre consejos	Consejo sobre el poder del honor
Patranuelo1	Codicia	Infidelidad	Desvelar una infidelidad	Dolor ante la ausencia	Inseguridad en el amor	Lucha entre razón y sentimiento
Patranuelo2	NS/NC	Lío amoroso	Pelea por amor	Defender el amor a través del honor	Duelo por el amor de una dama	Enredo amoroso
Patranuelo3	Amor roto	Infidelidad de las mujeres	Desconfianza de las mujeres	Búsqueda del amor fiel	Amor infiel sin pretexto	Amor como fuerza irracional
Quijote1	Amor	NS/NC	Belleza de la mujer	Amor no correspondido	Cuento sobre la hermosura de una mujer	Historia sobre un amor no correspondido
Quijote2	Belleza	Amor libre	Libertad amorosa	Enfrentamiento por amor	Recuperación de la honra	Defensa del amor libre

					por parte de una mujer acusada	
Cartas	Educación	Estado de la enseñanza	Crítica del estancamiento en la enseñanza	La educación como un estamento	Facilidad de educación en Europa	Crítica a la educación europea que no permite medrar
Zote	NS/NC	Lucha por saber	Incomprensión del latín	Ironía por los falsos sabios	NS/NC	Crítica al despotismo de la Iglesia
Leyenda1	NS/NC	Amor	Humanos contra mitos	Amor como cacería	Amor inconsciente	Amor desesperado y fatal
Leyenda2	Amor	Buscar el amor	Enamoramiento irracional	Amor incontrolable	Búsqueda del amor	Amor como fuerza irrefrenable
Leyenda3	Amor imposible	Celos por amor	Venganza por no correspondencia amorosa	Amor contra las normas	Amor prohibido	Amor no correspondido por aspectos sociales
For_Jac	Amor	Mala conquista	Proceso de cortejo	Ausencia de amor	Casamiento no querido	Aceptación de convencionalismos
Dama_Err	Patriotismo	Vanidad catalana	Diferencia cultural en España	Repulsión de los catalanes en España	Cuestiones de pertenencia nacionalista	Segregación y discriminación catalana
Niebla	Vida y muerte	NS/NC	Conversación con Dios	Debate entre vivir o morir	Discusión entre un creador y su criatura	Enfrentamiento a los ordenes impuestos y el destino

Nada	Viaje	Aventura frustrada	Vida nueva	Inicio de una vida distinta	Llegada de una joven a Barcelona	Ruptura de la expectativas
-------------	-------	--------------------	------------	-----------------------------	----------------------------------	----------------------------